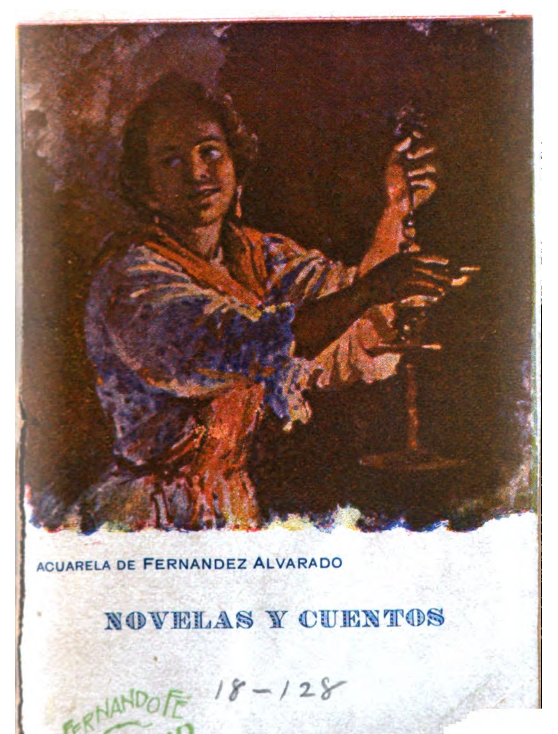

WIDENER
HN QUSM H


VE
RI
TAS
CHRISTO ET ECCLESIÆ
SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·



Ramón A. Urbano

LA CASTAÑERA



ACUARELA DE FERNANDEZ ALVARADO

NOVELAS Y CUENTOS

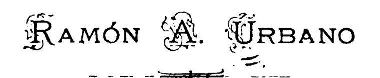
LA CASTAÑERA.

OBRAS DE
RAMÓN A. URBANO

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

	Ptas.
Girones; poesías, con un prólogo de D. Juan Valera. (2.ª edición.)	2
Fortaleza; novela, ilustrada con fotografías del natural. (2.ª edición.) . .	3
Humo; poesías, con ilustraciones de Blanco Coris y García Carreras. (2.ª edición.).	1
Moisés; novela de costumbres modernas, con una portada de Mendez Bringa.	2,50
La Castañera; colección de cuentos, con una portada de Fernández Alvarado.	2
Maravilla; zarzuela en 1 acto y 5 cuadros, con una portada de Núñez. . .	1





LA CASTAÑERA

NOVELAS Y CUENTOS



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1905

Puente-Genil.—Imp. de Baldomero Giménez.

Al eminente poeta

Excelentísimo Señor

Don Patricio Aguirre de Tejada,

Conde de Andino,

en prueba de leal amistad, de ferviente admiración y de perdurable gratitud.

El Autor.

AL QUE LEYERE



AL QUE LEYERE

Una errata de imprenta, que yo he dado en llamar providencial, con no escaso contentamiento de mis amigos, ha levantado astillas en mi conciencia y ha impuesto á mi voluntad el deseo de hacer las manifestaciones públicas que aquí, por anticipado, se contienen.

Y el caso ha sucedido de esta manera: leyendo las primeras capillas de prueba del presente volúmen, encontréme con que el señor cajista había contraído el título del libro, (que és, por cierto, el del primer cuento ó artículo literario de la colección) dejando en Castaña *lo que debió de ser y luego ha sido* Castañera.

La Castaña.... *Así estaba construido el renglón; y, tal cual estaba, lo dejé un largo espacio bajo los puntos de mi pluma, dudando, como combatiente que suspendiera el gládio sobre el vencido, si practicar en aquella palabra la indispensable corrección, ó si respetar la estructura inconsciente de tal epígrafe, de que se desprendía un tufillo satírico, que aún me ofende.*

Si en lo inopinado pudieran coexistir la intención didáctica y el empeño crítico, diría yo que esta reducción, que llamé providencial, de mi título, no solo me flagelaba con su burla, sino que, además, sugeríame reglas de arte, enseñándome á distinguir novelas y cuentos de meros artículos sencillotes é inocentes. Con tamaña lección entendí que había intentado yo una trapacería de tomo y lomo en contra del bendito y respetable público: porque, en realidad de verdad, el hecho de ofrecer un autor novelas y cuentos, donde acaso no haya ni cuentos ni novelas, acusa—según la lo-

cusión vulgar—ni más ni menos que el propósito de dar la castaña, *merecedor de original y sensible castigo.*

¿Novelas y cuentos?... ¿Pero hay novelas en este flaco volúmen?... Yo creo sinceramente que nó; pues aun aceptando la benigna clasificación de las añejas preceptivas que he saludado, en alguna de las cuales se declara formal y sintéticamente que es novela la narración histórica ó fingida de hechos y aventuras interesantes, tendremos que no vivieron los asuntos por mí desarrollados vida real; y que tampoco por ser fingidas, siendo anodinas, pueden interesar á nadie mis narraciones; de lo que se seguirá, por tanto, que ningún trozo literario de los que aquí se coleccionan, debe de ser bautizado, como yo pretendía, con el aparatoso nombre de novela.

Tal vez pudiera yo, batiéndome en retirada, defender la especie de que en mi libro se contienen cuentos: mas si este nuevo género literario exije, no la forma sencillamente anecdótica; no la lla-

neza superficial del estilo mediocre, ¿cómo, cerrando los ojos á este precepto, que manifiestamente se deduce de la importancia actual de toda obra literária en prosa, voy á sostener que los relatos de sucesos insignificantes, aunque imaginativos, cuando no transparentan ni tésis, ni pintura (siquiera sea abocetada) de un estado social, ni ligera, pero acertada, crítica de costumbres, pueden constituir, tampoco, el cuento propiamente dicho?

Dos formas de novela dispútanse la preferencia y el favor de las gentes, en el internacional mercado bibliográfico: es una, la que retrata el modo de ser de las sociedades, influyendo en el propio medio que le presta viabilidad, y desentrañando, por raro privilegio, árduos problemas del moderno vivir. Su forma adjetiva, su estructura es, entonces, respecto del elemento caleotécnico ó substantivo, que en tal novela palpita, lo que la materia idónea respecto al medicamento; lo que el cáuce al arroyo y el vehículo

al efecto transportable. El otro género de novela, que es puramente artístico y pasional, acaso responda más cumplidamente á los fines estéticos de toda concepción literaria: ya en él huelgan los latos discursos especulativos, las disquisiciones filosóficas; empero, sin dejar inactiva la lente que retrata y descubre estados de alma; *sin relegar á segundo término la psicología de los personages, atiende más á la belleza del cuadro; más á la fase estética que al fin analítico ó simbólico.*

El cuento moderno sigue análogas tendencias; se nutre de la misma sávia; pretende vivir la misma vida; pero su carácter diferencial, si establecemos un paralelo entre aquél y la novela, estriba en la escasés de su latitud, en la síntesis de su descripción, en la ligereza de su discurso, en el esbozo, en fin, de su pintura; bien como esos bocetos que realzan, por comparación, la grandeza de los cuadros.

Podemos concluir de todo esto, que

aquí, es decir, en este pequeño libro, no hay novela, aunque yo haya asegurado y prometido lo contrario en la portada; podemos también deducir, que si hay cuentos, son éstos tan sutiles y de vacuidad tan patente, que acaso no merezcan aquella clasificación y apenas si deban de ser leidos por las personas amantes del buen empleo del tiempo. Pero si algún temerário lector habituado á pasar, como sobre áscuas, por encima de prólogos y átrios, *entrara inadvertido en las páginas que subsiguen, no tome, al sentirse defraudado, una fácil venganza de mí, tachando el renglón que ofrece en la portada «novelas y cuentos», y alterando, de igual modo que yo convertí la* Castaña *en* Castañera, *aquellas dos palabras que encadena la conjunción copulativa; sobre cuyas conjuncion y palabras trace. con airada mano. una pareja de rocablos que diga asi; «articulos ramplones».*

Por si acaso. bueno será declarar que. aunque temo tamaño castigo. considé-

rome con derecho á la pena—según la fórmula de los novísimos juristas;—y que pongo á disposición de la pluma justiciera el espacio utilizable de la página respectiva, lo cual, en este caso, equivale á poner resignadamente las espaldas.

EL AUTOR.

LA CASTAÑERA

2



LA CASTAÑERA

I

Corrompieron graciosamente su nombre; y, desde la primera edad de aquella moza retrechera, llamáronla Coralina. Y eso que algunas personas habíanla confirmado, apellidándola piel del diablo, ardilla y revoltosa de siete suelas; porque ella intentaba diabluras, movíase y traía constantemente en revolución al barrio. ¿Festiva?... no la hubo más. ¿Bailadora?... como un trompo. ¿Versátil?... no diré

como una mariposa; mejor, como una veleta.

—Pero, guasona;—le decía su abuela, que era una gitana viejuca, dormilona sin igual, y que hablaba siempre con tono calmoso y desalentado.—¿Pa cuándo vas tú á echá la muela der juicio, mujé?...

Coralina, como le decía el barrio, ó Carolina, como le diremos nosotros alguna que otra vez, soltaba la carcajada, cuando la vieja le reñía con su calma típica; y solía contestar, adoptando una graciosa postura de baile, castañeteando los dedos á compás, como si fuesen crótalos humanos y cantando á media voz, con acento y gracia que tornaban en sonrisa el cachazudo rigor de la vieja:

«Arsa y toma, arsa y toma;
dejosté de volá á la paloma.»

La abuela (Joaquina se llamaba) ejercía diariamente la industria de cambiadora, y era ya conocida en

la capital por su pregón melancólico, en el que invertía mucho más tiempo que otras indutriales de la misma calaña: «niiiña ¿quereis cambiaaá?.., ¡qué güenas cosas yeeevo!...»

Un dia en que, al tornar Joaquina de su trabajo cuotidiano, se encontró á Carolina cantando, con otras dos ó tres mozuelas, y sin candela el anafre, sin fregado el suelo y sin pringue la olla, se sofocó...; pero sofocóse, relativamente: echando maldiciones sin gritos; lanzando anatemas, sobre Coralina, sin descomponer el rostro ni variar el color de la cetrina y arrugada cara.

—¡Várgame un divé, chiquiya! ¿Qué pena é jesta?... ¿No te da á tí lacha de que tu agüela esté aperreá y tú jorgándote?... Mira: por estas que son cruces, que toiticas las telas las voy á jacé mijiya y á dirme por er camino de Antequera pa que te quedes tú y tenga que buscarte er pellizco de pan

de cualquiera jechura. ¿No te dá lacha, mujé? ¿No vés tú lo que jace la *Salivita*, que trae á su casa dos ú tres reales al dia diario? ¿Y Pepa la de la *Chacha*, que se busca un jorná en eso de los limone?... ¿Y Teresica, que tiene ya su mesa y su esquina pa vendé castaña jasá desde mañana mésmo?...

—¡Ea, po se acabó!—dijo, de repente, Coralina ó Carolina, que había escuchado la plática en silencio, aunque con ánimo de interrumpirla con un tango.—Yo también voy á vendé castaña desde mañana mismito; desde mañana. Vengan los menesteres: el mostradó de cuatro patas, el asaó, el anafe, el peso, el farolillo, y media fanega pa tostarla.

—Como que tú te creerá que to eso es la imprusurta de lo defici. ¿Tú estás decedía?... ¿Sí?... Pos tendrá anafe y castaña y faró y silla, y el tiro que me peguen.

—Está bien.

—Po jestará mejó.

II

Y dicho y hecho: la graciosa gitanilla estableció su puesto en la esquina de una calle muy pasagera, y fué la admiración de los transeuntes por su donaire; por la constante sal que salía de su boca cuando hablaba con alguno; por su peinado característico, enmedio del cual brillaba una mariposa de papel multicolor, que parecía temblar sobre aquel negro coco, pero que, en realidad, agitábase en la punta de un espiral de alambre, cuando la castañera afectaba alguno de sus graciosos, típicos movimientos.

Joaquina, desde que su nieta abrió el establecimiento, (como ella decía

chusca pero lánguidamente) apenas si vendía una vara de céfiro ni de muselina: pasábase las horas enteras sentada en el suelo, junto al puesto de la castañera; más que por afán de guardarla, por recrear su espíritu asistiendo al auge del negocio. Como que por allí desfilaban caballeros *por to lo arto*—como repetía la graciosa Carolina—y hasta franchutes de la propia Ingalaterra—como añadía, cambiando los términos, (por cambiar algo) la abuela calmosa y dicharachera si las hubo.

En la otra esquina, en la de enfrente, existía un ámplio almacén de ultramarinos, desde cuyo mostrador divisábase á la castañera, y detrás del cual lanzaba á Coralina toda clase de flechas (léase miradas, suspiros y gestos) un joven hortera rubio y pecoso, narigón y cejijunto, pero tan enamoradizo como flaco. Desde su parapeto gozaba el joven dependien-

te, cuando Coralina, burlándosele en las barbas, sonreía de modo que él juzgaba de buen agüero; y desesperábase, á veces, cuando algún comprador de castañas se situaba delante del puesto y charlaba largo con la castañera. Pero cuando Hipólito—porque este era su nombre—se tiraba de los cabellos y se mordía los sabañones de las manos, era cuando, á espaldas de Joaquina, es decir, cuando la abuela no parecía por el puesto, aproximábase á Coralina un joven morenucho, de facciones menudas, de ojos rasgados y negros, de tufos crecidos y de bozo que asomaba apenas: un mozalbete que vestía chaqueta corta, camisa plegada, faja negra y pantalón de pana color marrón; un gitanillo—pues tal era Frasco—que tenía un poco de herrero y otro poco de chalán; pero que no era ni lo uno ni lo otro, porque si él soñaba con algo no era más que con Coralina y con un trage de luces.

Ni que decir tiene que Joaquina ignoraba el arraigo de aquellos amores, á los cuales se opuso en un principio; y es fijo que si los supiese ni dejara sola á Coralina ni permitiera semejante rompecabeza. Previendo todo esto, había pactado la huérfana con su novio (y hasta ahora no he dicho que Coralina carecía de padres) el más absoluto secreto en aquellos amores honrados.

—Mira, Frasco;—hubo de decirle;—como mi agüela se entere de que mos camelamos, entonces sí que vá á yegá er lobo á la mata. No vengas tanto por el puesto, que me vas á comprometé, chalao: vete de mi vera hasta que no haiga estos tropiezo.

—Pero yo quisiera sabé—le contestaba Frasco, con tono sentido, apoyándose en la esquina, como si desfalleciera, y hablando con los ojos bajos y melancólicos;—yo quisiera sabé por qué é jesa tirria que tu agüela me

tiene. La ha tomao cormigo porque no tengo un calé; ¡como si ella fuera la casa del Lario!

—No, tonto perdío, no; lo que dice mi agüela es que tú no tienes oficio, que se sepa; que eres un mal trabaja; que andas to el dia tomando el só por el Aguarmedina, como un cesante, y que eres pan pa nunca y jambre pa toitas las hora... ¿Entiende?... ¡Y mira que en eso no desajera mucho mi vieja, chavó!

—Deja tú que yo me arreste..., y vás á vé.

—¿Qué voy á vé?...—preguntaba Coralina, lanzando una mirada tierna á Frasco, mientras Hipólito se ponía de cien colores, al sorprender desde la tienda el palique y la mirada.

—Pos como yo me arreste..., voy á quitarle los moños á tu agüela y va á enterarse de que sirvo pa ganar más motas que el gayo.

—No lo creo;—contestaba Coralina, riendo á carcajadas.

Y aconteció que un dia, embebidos Coralina y Frasco en aquella venturosa conversación, llegó de improviso Joaquina y cogió á los tórtolos en pleno arrullo callejero. Frasco *salió de naja*, y Coralina, llena de rubor y aguantando la risa, sufrió el siguiente chubasco, que brotó de labios de la abuela:

—¡Mar fin tenga!... *(Viendo huir á Frasco calle arriba)*: ¡Adió, generá de los vagos!... ¡No te dieran una estiva!... *(Dirijiendo la vista á su nieta y hablando, como de costumbre: pausadamente)* ¿Y tú, pijotiya? ¿Te has propuesto sentá plaza en el ejército de la jambre?

—Cayosté, por San Cayetano, agüela; fué que pasaba...

—¡Que pasaba!... Tú sí que vas á pasá con ese esgalichao.

—Pero si no es lo que usté cree.

—¿No?..—preguntó Joaquina, mientras fijaba la mirada iracunda, hasta

cierto punto, en la castañera.—¿Conque nó? Ese y tú sus entendeis por detrás de mí; pero... ¡anda! que no yorarás mis ducas, sino las tuyas. Seis, las niñas de hoy en dia, como los gorriones: que comen en donde quiera, con tar de que esté en er camino. ¿Te fartarán á tí personas de gracia y de buen cielo, mujé?... ¿No sería mejó que ese chuti, un hombre de bien, trabajaó y que supiera ganá una peseta?

—Muy bien hablado;—exclamó á espaldas de Coralina, una voz ténue y tremulante.

Giró la vieja sobre sus talones y vió á Hipólito, al hortera sensible, que, aprovechando la siesta de su principal, había saltado por encima del mostrador y acercádose al grupo, en cuanto adivinó lo que en él se hablaba.

—Sí, señora;—añadió el enamorado dependiente.—Ese tipo está á todas horas de centinela en la esquina; y á

su nieta de usted no le parece costal de paja, lo cual es un dolor.

«De clavo debía darte»—pensó Coralina. Y agregó el lastimado Hipólito:

—Usté mira por ella, porque le tiene ley; pero á ella le importa un comino que ustéd se oponga á ese noviazgo, lo cual es otro dolor; porque, como usté ha dicho, «puede que haiga una persona decente que esté dispuesta á hacer feliz, muy feliz, á Coralina. (Y recalcó Hipólito estas últimas palabras.)

—¿Qué quiere usté, amiguito?—dijo Joaquina, moviendo la cabeza á compás, como si repitiera un signo afirmativo.

—El dia que menos lo piensen Coralina y su novio,—manifestó Hipólito algo más firme y resuelto—le tiro á Frasco una pesa de kilo.

Torció el hociquito, graciosamente, Coralina, y respondió, á tiempo que guiñaba:

—Me parece á mí que usté le tirará un jamón, para que mos lo comamos.

—Oye tú, cacho é tonta;—exclamó Joaquina, con desusado arranque.—Ten lacha y no defiendas á ese tuno; á ese tuno, que mira á tu agüela *atravesao*, como Berruguita.

Hipólito regresó á la tienda; Coralina echó mano al soplador y abanicó con él la boca del hornillo, mientras cantaba por lo bajo una seguiriya gitana; y Joaquina, dejando caer al suelo los retazos de tela que conducía sobre el hombro, y arrellenándose después en la acera, murmuró con su cachaza de siempre:

—Si la vergüenza fuéa calentura, no te daba á tí ni estemplanza

III

Que á pesar de esta disputa sórdi-

da volvió Frasco al puesto y habló con Coralina, no hay que contarlo; como tampoco, que Hipólito siguió dándose á los diablos porque, cuando más esperanzas cobraba con las miradas de la coquetuela Coralina, presentábase el novio de ésta y veia aquél, entonces, que la castañera estaba más por el gitanillo que por el dependiente. No sé si fueron estas contrariedades,—pues generalmente la flaqueza humana obra á la inversa, y cuando la dignidad impone la retirada, el corazón se atranca y no sale del atolladero—ó si fué el temperamento tozudo de Hipólito, los que determinaron una exajerada persistencia en su amor: lo cierto es que el hortera platónico trocóse en hombre de acción y que combinó á maravilla sus artes para ver de ahuyentar á Frasco, haciendo así más facil la toma del baluarte, sin enemigo que lo impidiera. Y como había visto que

daba excelente resultado el escitar á la abuela en contra de Frasco, repitió Hipólito este medio, en multitud de ocasiones, haciendo el desairado papel de soplón, cada vez que el gitano pelaba una pava con su novia; cuya circunstancia refería el enamorado dependiente á la señora Joaquina, al par que agasajaba con presentes y galanteaba con palabras á la donosa castañera. El machacar en la abuela, junto con la persuasión que la vieja había adquirido de que el hortera estaba ido del caletre por su nietecilla, hizo que Joaquina le echara al molino toda el agua, como dice la vulgar frase hecha; y que no diera reposo á las palabras, ni á los actos, hasta conseguir que Coralina rompiera con el desocupado y ya aburrido gitanuelo. De esto se siguió que á Coralina inspiróle un encono singular el buen Hipólito; y que, ganosa de vengarse de aquel *malange* que le había estor-

bado tan agradables ratos de expansión con el mozalbete adorado, planteara en su mente la manera de aprovechar—si así puede decirse—al entrometido hortera, á quien se proponía fingir, en adelante, una dulce correspondencia, con el solo fin de dar celos y de atraer nuevamente á su inolvidable Frasco.

Y que lo hizo, tal como lo planeó en los misteriosos rincones de su pensamiento, hemos de conocerlo muy pronto. Comenzó Coralina á sonreir más que antes, cuando el hortera le dirijió nuevamente sus ridículos señajos; miróle *timándose*, como se dice en el arroyo, ó con *flirt*, como se dice en los salones; y, por último, hizo concebir la castañera tales esperanzas al joven melancólico, que este ya no tuvo reparo en solicitar de Coralina que, al siguiente domingo, le esperase en la ventana de su casa, toda vez que la preciosa gitani-

lla estaba resuelta á *retirarse del negocio* aquella misma noche, por causa de las bajas que había sufrido la venta del *género tostado.*

«Esto es lo que yo quiero;»—pensó Coralina; y, de seguida, respondió al hortera «que estaba dispuesta á verle el domingo por la noche, á cosa de las nueve; si bien lamentando que el barrio donde se situaba su casa estuviera, á tales horas, tan medroso y obscuro.»

—Con la luz de los ojos de usted, sobrará alumbrado;—dijo Hipólito, recurriendo á uno de los tópicos más vulgares, y sintiendo que el corazón le latía desusadamente.

—No habrá bastante con eso, desajerao: porque si yo no pongo el velón en la puerta, no darasté con mi casa.

—¡El velón!...

—Sí, comparito: osté sigue la calle alante, y en contao que vea una

lú en una puerta, se para en la ventana.... y allí estoy yo.

Hipólito, frotándose las manos, lleno de satisfacción, dió las gracias á Coralina, mientras inundábala con una mirada tierna y emocionante.

Y á las diez de aquella noche levantó Coralina el puesto, acompañada de su abuela; despidióse de los *vecinos*, como llamaba ella á los dependientes y dueños de los comercios inmediatos, y marchóse al barrio con propósitos de volver, por *to santo* del año siguiente, á la misma esquina y con igual industria.

IV

Amaneció uno de esos dias autumnales que parecen de primavera en la zona meridional. Lució Coralina durante él (que era domingo) su fal-

da almidonada y brillante, su pañuelo abigarrado, sus peinecillos de falso coral, sus sortijas de plata en que oficiaban de piedras los reales de á ocho, soldados al anillo por el reverso. Y todo fué verla Frasco, que también vivía por aquellos andurriales, y recaer en la penosa enfermedad de amor que, primeramente, le produjeran las gracias de Coralina. Ésta, que no deseaba otra cosa, dejó llegar al gitanillo y, de nuevo, hablaron los dos, y con más entusiasmo repitiéronse promesas y juramentos.

Lo malo era—según pensaba Coralina—que aquella noche había de buscarla Hipólito y no creía justo seguir dándole esperanzas, cuando, para el soñado efecto de atraer á Frasco, no necesitaba ya ninguna combinación la moza. ¿Qué haría pues?... En primer término, dejar de poner el velón á la puerta: de este modo el hortera naufragaría, sin ver

faro, en el mar obscuro y proceloso que fingían las calles del arrabal cuando faltaba la baratísima y clara luz de la luna. Pero nó; que si dejara de colocar el velón encendido, pudiera ser (y sería) que Hipólito llamara de puerta en puerta, hasta encontrar la casa de su tormento. No hallando Coralina solución pronta, y siendo preciso buscarla, puesto que se acercaba la noche, consultó el caso con una amiga, gitana muy ladina y graciosa que vivía cinco ó seis puertas más abajo.

—¡Pos no te ajogas tú en poca agua, chiquiya!—le dijo.—La cosa é de lo más yana der mundo, gachona! ¿Zabe er comerciante ese en dónde está tu casa?... Pos si no lo zabe, pondré yo er velón con los cuatro mechero jencendío en mi escalón; y cuando er litri yegue le diré, digo: «comparito; eza que osté busca, za muáo» Y listo.

—¡Requetebién!—contestó Coralina, dándose una palmada en el muslo derecho.—¡No sabes tú er favó que me jace: porque Frasco va á vení esta noche á platicá cormigo por la ventana, y si vé al otro, ú el otro lo vé, pué habé una esaborición.

—¿Pero... y tu agüela?...

—Ya me he jartao de mi agüela: si chiya, que le dén sopa; he de jasé mi gusto y san se acabó.

—Está bién.

—Júrame por tu salú, Antoñica, que echarás de aquí al comerciante.

—Descudia, mujé.

—¡Ay! Mira: se me ha quitáo de aquí encima un peso que me ajogaba.

—No seas chalá: te imprometo que se irá loco de contento.

Cuando Coralina volvió á su casa, dijo Antoñica, entre dientes, sin poder ocultar la risa que le retozaba:

—¡A bien que no tengo yo ganas de divertirme esta noche!

Enseguida visitó á dos ó tres mozuelas de buen humor, las cuales acudieron á casa de Antonia, apenas muerta la tarde. Allí, enteradas todas de lo que Coralina había referido á su amiga, conjuráronse contra el hortera, cuya estolidez, abultada por las noticias que Antonia iba suministrando á la femenina asamblea, les hacía reir por anticipado. Antoñica trajo á poco la escoba, sacó una falda, un mantón y un pañuelo viejos; con estas prendas, si así pueden llamarse aquellos andrajos, vistieron las retozonas muchachas el escobón, como aquí se dice, formando con él un gracioso pelele, el cual fué colocado detrás de la ventana, cuyas hojas quedaron entreabiertas. La noche tendió su espesa sombra; y, á hora oportuna, sacó Antoñica el velón á la puerta, con los mecheros encendidos, cuya luz quebrábase en las pulidas pantallas de cobre. En una reja, que

algo más arriba, y al volver la esquina, se hallaba abierta, pelaban la pava Coralina y Frasco.

Hipólito, lleno de dulces esperanzas, con las manos frías, más por la emoción que por el airecillo otoñal, entró en la calle que formaba una pedregosa calzada, en cuya altura divisábase la luz única que turbaba aquel piélago obscuro, al cual se lanzaba temerario. Sonrió, cuando advirtió los resplandores que parecían llamarle. Llegó, por fin, á la casa sobre cuyo escalón ardía aquel velón aurífero, el cual hubiese parecido á Hipólito, si fuese poeta y amase los tiempos clásicos, el lampadario puesto en la entrada de un templo donde se diese culto á Coralina, la diosa morena, pelinegra y egipcia por añadidura. Pero nada de esto columbró el hortera; lo que vió fué la ventana entreabierta y lo que traslució en la penumbra fué un bulto que le esperaba. Y por

extraño espejismo vió en el pele- le á la propia Coralina, adivinándola, más que viéndola, en aquella obscuridad conservada de propósito en el interior.

Aquella situación duró pocos momentos; pues apenas repuesto Hipólito del mutismo á que su emoción le condenaba, dirijió la palabra al pelele, provocando un verdadero coro de risas que explotaron ruidosas y elocuentes. Entonces introdujo, el indignado hortera, su brazo derecho por un hueco de la reja, y cojió por las palmas la escoba, con lo que á poco se desmaya.

Fuese de allí, entonces, más acongojado en su corazón que herido en su amor propio; y, al doblar la esquina, pudo advertir, no obstante las negruras de la noche, que en una ventana sostenían coloquio tiernísimo dos afortunados amantes, en quienes no pudo reconocer, por suerte de to-

dos, ni al venturoso Frasco ni á la gallarda y caprichosa Coralina.

LA ESTÁTUA ORANTE



LA ESTÁTUA ORANTE

(CUENTO FANTÁSTICO)

I

...Casó de nuevo, porque así, con lágrimas en los párpados y súplicas en las palabras, hubo de pedírselo su padre, el viejo conde.

—Sí, hijo mío,—le dijo;—bien es que llores á aquella santa esposa que ha dos años te dejó sin sus caricias; bien que no olvides sus peregrinas gracias y sus encantos; pero ¿cómo, dí, consentirás que tu nombre acabe contigo, sin sucesor varón que le perpetúe y engrandezca?...

Y tanto dió el padre en el hijo, que éste, vencido por las razones que se fundaban en la continuación de su estirpe, decidió, á furto de su pena, casarse de nuevo y procurar á su preclaro nombre descendiente. Fué la elegida, una gentil doncella provenzal de ilustre blasón, á quien la apostura del noble valenciano sedujo, como sedujeron á sus padres el pingüe caudal y los timbres altísimos de aquel futuro conde de Sinarcas y vizconde de Chelvas. Llevadas á efecto estas segundas nupcias del inconsolable viudo, falleció el viejo Conde, bendiciendo á su heredero, y pidiendo al Padre común, enmedio de prolongada agonía, que el nuevo enlace fuese fructífero para la ilustre casa de los Chelvas y los Sinarcas.

Y el joven don Alonso, que así se nombraba el nuevo conde, cayó en una enfermedad del espíritu que llaman melancolía y que doña Sol, su

bella esposa, calificaba, en sus soliloquios, de maleficio.

En vano era que doña Sol prodigase al esposo dulces halagos y tímidos reproches; en vano que, con fingido desdén, curara de atraerle á su camarín: el conde padecía insomnios, que distraía paseando á deshora por las arcáicas galerías de su palacio, ó investigando, á través de la vidriera medioeval, el dulce reflejo de la luna, que plateaba los muros del patio de armas. No era, en puridad, ocupación adecuada para un Sinarcas aquél andar desconcertado por cláustros y salones y aquél perder horas ante el retrato, mal fingido por el bizantinismo imperante, sobre una tabla en que la paleta mintió colores y relieve; pero no parecía sino que aquél don Alonso obedecía á impulso ciego, (y en verdad que era ciego su amor de ultratumba) del cual impulso no aparecía como dueño, sino como humildísimo esclavo.

Amaba doña Sol á su marido, con la intensidad que suele adquirir todo amor imposible: y, á medida que los síntomas de la repulsión y el desvío se manifestaban en el heredero de Sinarcas, iba creciendo en el espíritu de la desdeñada esposa el afán de reducir á aquel indómito rebelde.

Para que el amor imperecedero del conde, hácia su primera mujer, no se extinguiera, había muchos y extraordinarios motivos; pues sobre el recuerdo de la belleza y de la virtud incuestionables de doña Violante, flotaba la memoria de su inagotable caridad, de su dulzura para con los humildes, de su devoción para con los cielos, y de su prodigalidad para con los desheredados de aquella behetría; con más, las cadenas de amor que pusiera, no por industria, sino por aptitudes de su bondad, en el albedrío de aquél nobilísimo y arrogante sucesor del anciano conde de Sinarcas.

II

No bastando al plañidero don Alonso con practicar la devoción del recuerdo y la contemplación del retrato de su nunca olvidada Violante, complacíase en bajar á la cripta, donde esta reposaba con sueño eterno; de todo lo cual dedujeron, doña Sol con pena que le transía el alma, y sus servidores con no sé qué supersticioso temor, que la malaestanza del conde, estaba á punto de acabar en ramo de locura. Y cuando más se aferraron á este supuesto, fué cuando entendieron todos que don Alonso había mandado esculpir en Italia una estátua orante de la gentil señora, su primera mujer, al propósito de colocar la artística obra sobre el basamento de mármoles, cuyo fondo contenía los adorados restos mortales.

La noticia de este nuevo honor funeral, hizo subir de punto el inexplicable celo de doña Sol, que, en aquel instante, vió toda esperanza perdida: era indudable que el original amor del conde había llegado á lo más elevado de su peregrina intensidad, y que el señor de Sinarcas y de Chelvas trataba de dedicar enteramente su vida á la religión de sus recuerdos amorosos. Entonces caviló mucho, y lloró más, la buena dama, y entonces vínosele á las mientes un consejo ridículo, que su dueña le hubo de prestar con ahinco y que ella curó de desechar indignada. Y el consejo de la vieja con brial era el siguiente, si las crónicas en que esta historia se contiene reflejan con fidelidad los acaecimientos y las palabras:

—Haz, señora mia, por valerte de un cierto encantador y alquimista, de quien soy algo parienta, por línea materna, y él te expenderá el se-

creto para desencantar á mi señor, tu marido.

En el horrible naufragio en que luchaba el espíritu de la desventurada condesa, parecía el medio propuesto por la sierva quintañona, el madero á que era conveniente abrazarse; pero doña Sol, católica tan cabal como dama de claro entendimiento, trató de desechar el consejo, más por reputarlo anodino que peligroso.

Pero sucedió que cierto dia llegó al palacio un mensajero de Florencia, trayendo un pergamino miniado y polícromo, donde el escultor Della Mazza anunciaba al conde de Sinarcas y de Chelvas la terminación feliz de la estátua orante, así como su próccsimo envío por una flota comercial que zarparía de la costa tirrena y tocaría en aguas de Valencia, cerca de cuyo puerto levantábase el condado. Describían las letras del pergamino, con hipérboles de artista, el peregri-

no aspecto que la escultura presentaba por todos sus escorzos: contaba que doña Violante aparecía, esculpida en mármol pentélico, con las rodillas en tierra y los ojos elevados al firmamento; con las manos, en que abundaban los cintillos clásicos, unidas en mística postura; y añadían aquellos renglones de escritura gótica y de enrevesadas letras iniciales, que el todo de la estátua había causado la admiración de la colonia artística.

Pidió el mensajero albricias al conde, y éste se las concedió fabulosas; partióse el conductor de aquella buena nueva, y el de Sinarcas, al anuncio que el pergamino le hacía, sintió su desvarío trocado en una dulce sensación de bienestar; porque á su fantasía no parecíale sino que, en vez de un mármol, tornaba la mujer amada por el corazón. Solo conservó el conde frialdad y despego para la infor-

tunada doña Sol, de quien opinaba, injustamente,que había usurpado el lugar de la primera esposa.

Mandó don Alonso engalanar el palacio, desempolvar sus régios tapices, bruñir las oxidadas armas de sus ricas panoplias, abrillantar sus condales coronas votivas, alimentar con óleos perfumados los mil vídrios de lámparas y lucernas; y la condesa, fuera de sí, adelantándose á otras épocas en lo de pensar que el fin justifica los medios, resolvió acudir á Sinibaldo, al mago alquimista de quien tanto le hablara su dueña. Era preciso hallar la medicina natural ó maleficiosa, endemoniada ó angélica, para aquel estado de alma del señor de Sinarcas y de Chelvas. Encaminóse, pues, la condesa, disfrazada con negro brial y tupido rebozo, seguida de la flacucha dueña y escoltada á distancia por confianzudo page, al tugurio que en uno de los arrabales va-

lencianos ocupaba el sábio pariente de aquella bruja con tocas y rostrillo.

III

Penetrar doña Sol en aquella pieza húmeda y de enrarecida atmósfera y sentir supersticioso miedo, que le heló la sangre, fueron actos simultáneos: pero, animada un poco por el tranquilo acento de la vieja, adelantó algunos pasos y observó el menaje del aposento, que era en extremo curioso. Decoraban las paredes esqueletos humanos y enormes reptiles que parecían vivos, pero que, en realidad, estaban rellenos de sutiles filamentos vegetales. Pendían del sucio y primitivo artesonado ampollas de vidrio empolvadas y llenas de filtros; haces de hierbas secas y rugosas. Sobre un tablero mugriento, que ocupa-

ba uno de los ángulos de la estancia, y que se sostenía empotrado en el muro, distinguíanse numerosos frascos de cristal y de arcilla, crisoles ennegrecidos por el fuego, ánforas conteniendo originales preparados químicos. Ardía junto á uno de los ahumados rincones del laboratorio un hornillo sobre el cual brillaba candente retorta, en cuyo fondo murmuraba el hervor de las substancias un lenguaje solo comprensible para el viejo y asmático Sinibaldo, quien se ocupaba en ensayar el soñado elixir de la juventud perdurable. Aquel anciano parecía también ahumado, como las demás cosas del laboratorio: vestía un túnico de lana con ancha manga perdida, y ceñía á su cuello una gruesa cadena de oro, obtenido por medio de la piedra filosofal, por él lograda ciento de veces. Tenía Sinibaldo los ojos pequeños y brillantes, la tez pálida y rugosa, la cabelle-

ra y la barba hirsutas y luengas; era desmirriado de cuerpo y flaco de manos, cuyas uñas corvas y ennegrecidas parecían más bien de un ave de rapiña que de un humano sér. Al llegar junto á aquel anciano la gentil y pálida condesa, recordábase á la rosa y al cardo silvestre.

Aquel hombre, que tenía mucho de sábio, tenía también algo de caballero, por lo que ofreció un sitial á la dama; y ésta, á poco, refirió á Sinibaldo sus cuitas y confesóle sus ánsias de obtener el medio de curar el arrebato del conde.

—¡Original me parece el encanto de vuestro esposo y dueño!—exclamó pensativo el mago, alquimista ó lo que fuese.—¿No exajerarán los celos el caso?... Yo sé que los celos son veneno para el que no existe triaca, calentura para la cual no sé destilar ni componer febrífugos. Vea yo la verdad por mis propios ojos y juzgue de

ella libremente: tal vez así encuentre el remedio.

—¿Y cómo veríais al paciente sin que él se percatase de ello?...—preguntó indecisa la buena condesa.

—¿Cómo?..... —interrogó sonriente aquel sábio, que, como tal, era petulante. Y sin añadir palabra se levantó penosamente y descolgó una ampolla de vidrio que contenía una substancia líquida, azul y transparente. Enseguida, pretendió asesorarse de la pureza química del compuesto, haciendo de éste un rápido análisis cualitativo, por cuya virtud separó los principios que constituían el contenido de la ampolla. Después sonrió satisfecho y verificó la operación de síntesis, constituyendo los cuerpos descompuestos por el análisis.

Á poco, combinadas las substancias que habían sido separadas, alcanzó una redoma vacía, en cuyo fondo

vertió agua clara y fresca; y, sobre ésta, decantó cinco gotas del líquido de la ampolla, no sin murmurar un conjuro en lengua inaudita. El contenido de la redoma adquirió un tinte de ópalo sumamente visible; aplicó, entonces, Sinibaldo los chiquitines y escrutadores ojos á la boca del continente, y después de observar con fijeza la superficie del agua compuesta, sonrió.

—Es cierto;—dijo.—Asomad vuestros ojos, señora, á este espejo mágico que refleja lo presente invisible y donde pudiera yo retrotraer el pasado y representar lo porvenir.

—¡Ah!—exclamó temblorosa doña Sol, reprimiendo un grito, al fijar su mirada tímida en el líquido cristal opalino. Retratábase allí la cámara del conde y éste aparecía sentado en su cátedra gótica, delante de una mesa que cubría rico paño oriental. Sobre el tablero veíase un cofrecillo, de

plata, repujado, cuya tapa caía hacia atrás enteramente abierta. Del fondo de aquel artístico objeto iba extrayendo el conde don Alonso, con visible emoción, prendas de amor que besaba una á una y pérgaminos que leía mientras brotaba de sus ojos un torrente de tiernas lágrimas. La condesa apartó las pupilas y el sábio fijó las suyas nuevamente: leía el pergamino, mientras lo leía el conde, y sonreía; siempre sonreía.

Luego retiró Sinibaldo la redoma, hizo tomar asiento, de nuevo, á la celosa dama, y dijo, en tono solemne:

—¡Válaos Dios, señora, y qué infortunada os engendró vuestro padre; pero, al propio tiempo, qué venturosa por haberme hallado! Todo el encanto de vuestro señor desaparecerá. Creedme.

—¡Pedidme por ello cuanto os plazca!—exclamó la condesa, con voz poco firme, pero con ademan resuelto.

—Todo el oro que trae vuestra escarcela.

—¡Ah!... Sabeis...

—Para mí es todo transparente.—Esto lo dijo Sinibaldo con una sonrisa y con un tono intencional, que provocaron el rubor en las mejillas de la espiritual condesa.

—Tomad el oro,—repuso doña Sol, vaciando sobre el bazar cuantas monedas hinchaban su limosnera.

»Ese oro se multiplicará en mi retorta»; pensó el viejo, y comenzó á guardar las monedas en los descosidos forros de su túnico talar.

—Ahora bien;—habló el mago, adoptando una postura académica.—La esposa que tanto llora el buen conde, fuéle infiel.

—¿Qué decís? ¡Oh, repetidlo!

—Amó á un trovador de Tolosa que supo rendirla: citóle ella una noche, en que don Alfonso dormía, y en un apartado rincón del palacio se unieron en lazo impuro.

—¿Será cierto, Dios de Dios?...

—Tan cierto, como que existe entre los átomos una fuerza atractiva recíproca.—Y añadió, dando no poca importancia á estas palabras: «si el conde sabe que su primera mujer perdió el decoro, que deshonró sus timbres, que le mintió afecto, no solo dejará de pensar en ella, sino que odiará y maldecirá su nombre.»

—¡Oh! El medio es terrible, pero decisivo, y, sobre todo, justo;—murmuró la condesa, como si hablara consigo misma. Y á poco preguntó: «¿pero qué pruebas?...»

—Terminantes: el pergamino por ella escrito, en que señalaba al cantor la hora de la soñada cita.

—¡Ese gráfio!...—exclamó la condesa irguiéndose.

—Sé dónde está. Un pastor asesinó al poeta y encontróle el pergamino sobre el pecho. Yo sabré comprar esa prueba; conozco á quien la guarda.

—Os la pagaré con largueza.

—Mañana estará en mi poder, y pasado en el vuestro.

—Mucho confiáis.

—Nada hay para mí imposible;—contestó soberbiamente el adivino.

Después de esto salieron de allí la dama y su dueña, con quienes se reunió el page, que aguardaba en el estrecho soportal de la casa de Sinibaldo.

IV

La dueña, que no dejaba de ganar su parte en el negocio, fué la encargada de llevar, al dia siguiente, el famoso pergamino, que era en todo igual, por el estilo y por la letra, á aquellas otras epístolas amorosas guardadas y leidas religiosamente por el conde. Constituía la misiva

aquella una prueba asaz concluyente del adulterio de doña Violante; y ocurríasele pen ar, con regocijo, á doña Sol, que en cuanto el señor de Sinarcas pasara los ojos por aquel escrito, habría de tornar en indignación lo que era entonces amor excelso. Y como urgía la aplicación del reactivo, la condesa puso por obra su propósito de seguida y traspasó cruelmente el corazón del esposo con la noticia de su deshonra y con la exibición del documento eficaz. Entonces fué cuando don Alonso lloró convencido; entonces cuando sintió envenenada el alma y trastornado el cerebro. El ídolo caía á sus piés roto en pedazos: el recuerdo de la muerta no era ya para él remembranza dulcísima del amor primero; era conjuro que despertaba la idea de su baldón y de su mancilla. La tremenda conmoción era superior á la resistencia de aquel temperamento; y, sobre todo, la transición era in-

soportable por lo brusca. El conde de Sinarcas cayó como herido de muerte, presa de intensa calentura y de espantable desvarío: era inminente un acceso de locura, que habría de hacer ineficaz, para las ulteriores aspiraciones de doña Sol, la delación realizada por ella.

Todos los servidores de palacio velaron aquella noche; y que tambien permanecieron en vela doña Sol y su dueña, huelga decirlo. Mas lo que no huelga relatar es el diálogo que sostuvieron, en voz muy queda, la condesa y su fámula. Esta, que, como dueña, era charlatana por demás, no pudo sigilar un detalle que sabía y que juzgaba conveniente al concepto de sábio que debía de merecer su pariente el alquimista. «Señora:—dijo á la dama, que la escuchaba atónita.—Si no tuviese yo otras pruebas, con estas me bastara para saber que Sinibaldo es admirable brujo: ¡Jesucris-

to me valga! ¿Has visto ese pergamino donde luce la escritura indubitada de tu rival? ¿Has apreciado el efecto mágico producido en tu esposo por la *supuesta* infidelidad de su mujer primera?... Ya ví que alzaste los ojos cuando dije que era supuesta la infidelidad; y, en puridad, lo es, señora mía: Sinibaldo inventó esa historia y diótela como cierta para que, justamente indignada por ella, supieras comunicar la misma indignación á tu señor. Leyendo de corrido Sinibaldo y aprendiendo modo de escribir y letra de los pergaminos que tu esposo leía y besaba, cuando hubo de reflejarlo por arte mágica en la redoma acidulada, pudo imitar, é imitó mi pariente, la epístola falsa dirijida al imaginario trovador; de donde, las mentiras de un sábio, han sido medicina para que tu marido aborrezca hoy lo que ayer amaba.»

No es para descrito el efecto mo-

ral que este descubrimiento produjo en doña Sol, cuyo honrado y cándido espíritu hubiese rechazado el empleo de la impostura, aun cuando ésta le ofreciese bienestar y salud. Retorcióse las manos, mesóse los rubios cabellos, abominó del brujo y de su dueña, y, lo que és más: abominó de sí misma. Un impulso mandábale acudir al lecho del febril conde de Sinarcas, á quien debería contar la verdad para reivindicar al punto la buena memoria de la esposa ultrajada; pero el temor de que, con aquella reivindicación, fueran mayores el amor del conde por Violante y la desesperación de sí misma por el nuevo desvío del esposo, detúvola en su escaño donde se abismaba en mil contradictorios pensamientos. El remordimiento, como fantasma espantable, se alzaba en la conciencia de doña Sol arguyéndole rigurosamente y estrechándola á cumplir con su cristiano

deber. Entonces la abatida condesa concibió una idea: la de bajar al panteón del palacio y solicitar perdón del Señor, orando por el descanso eterno de la ofendida y santa mujer, tan sin piedad calumniada.

Todo parecía dormir á aquella hora en el viejo y artístico palacio: el señor de Sinarcas, abatido por la fiebre, semejaba reposar en su lecho, que velaban pesadas cortinas de seda recamada de oro. Los servidores humillaban somnolientos la cerviz hacia delante, en sus asientos, próximos á la estancia del amo. Era de madrugada: las lámparas chisporroteaban faltas de combustible; el ábrego cantaba sus roncas baladas y la luna parecía evitar el inclemente hielo, cuando se le veía envolviéndose en tupido albornoz de nubes obscuras. La condesa, pálida, arrastrando señorialmente su blanco ropage sobre el pavimento de las medrosas crugías, des-

trenzado el blondo cabello, pasaba incierta y descendió tremulante por la escalera, cuyo barandal de mármol enriquecían todos los alardes del estilo germánico. Más que una mujer, parecia una estátua.

En tanto el conde despertaba de su letargo, en el cual vía pasar, como en un kaleidoscopio, todos los colores del prisma de su juventud: ya el esmeralda de las esperanzas primeras, ora el rojo que recordaba la sangre vertida por él en campos de infieles: ya el azul-purísimo de unos ojos que le mintieron fidelidad, ó bien el nevado matiz de las cumbres pirenáicas, cerca de las cuales contrajo sus primeras nupcias engañosas. La nieve aquella vióla, por último, amontonada á sus piés en un bloque parecido al mármol; luego empezó á licuarse parcialmente aquel montón nítido, como si quisiera buscar, por su solo impulso, una forma determinada, y,

á poco, observó don Alonso, por influjo del fenómeno psíquico, que el cuerpo nevado habíase convertido en la estátua orante de la infiel esposa primera.

Despertó el conde, é irguióse rápidamente: tenía desenvuelta la cabellera, brillantes los ojos, cuyas órbitas eran profundas y violáceas. Saltó del lecho con presteza, frunciendo los labios en una sonrisa que parecía más bien muda amenaza. Nadie se dió cuenta de aquel despertar, que la fatalidad hizo coincidir con el arrepentimiento y con la decisión penitente de doña Sol.

Vacilante por el estrago que operaba en su sangre la calentura y en su cerebro el sueño, abandonó su cámara el señor de Sinarcas y de Chelvas, que más bien parecía un cadaver levantado al conjuro de un poder misterioso. Abalanzóse el conde á una de las ricas panoplias que engalanaban

el cláustro principal, cuyos muros tapizados se envolvían en una semiobscuridad medrosa; arrancó, nerviosamente, de la rodela cincelada, una de sus pesadas mazas de guerra; y como un iluminado; sin percatarse del frio que el pavimento comunicaba á su planta desnuda, siguió, como sonámbulo, la emprendida marcha, y descendió al panteón en que creía hallar, por virtud de su trastornado ensueño, la estátua de doña Violante. Así como en el recinto de su corazón había derrocado el ídolo, pretendía romper, como un iconoclasta, en pedazos mil, la estátua que juzgaba venida ya del país del arte y que, en su desvarío, creía haber erigido por su mano sobre la urna que guardaba las cenizas de la infiel.

Doña Sol rezaba, puesta de hinojos, ante el recóndito sepulcro de la que, después de muerta, fué su rival. No tenía precedentes la angustia de la

condesa, cuyas lágrimas; hijas del remordimiento, surcaban la faz lívida, como surcaban el aire, con invisible giro, las oraciones solicitando misericordia. Tenía doña Sol unidas las manos, elevadas al infinito las pupilas: permanecía de hinojos, dando la espalda á la entrada de la cripta; y por la blancura de su brial y la palidez de su semblante, como también por su actitud inmoble, parecía más que nunca una estátua de piedra.

El conde penetró en el fúnebre, misterioso recinto, y divisó en la penumbra á aquella figura orante: demudóse aún más su rostro, y levantando en las manos vacilantes el arma de guerra, dejóla caer fieramente sobre la humana escultura. Oyéronse, al punto, un grito agudo, desgarrador, y una carcajada espantable; é imperiosa ráfaga de viento, penetrando por calada ojiva, mató la llama titilante de un lucerno, envolvien-

do, entonces, las sombras con sus crespones, la terrible grandeza de aquel drama, que perpetuaron la conceja y el romance.

EL NIÑO DE SAN ANTONIO



EL NIÑO DE SAN ANTONIO

I

—Sengáñate, Juana: á la niña no la matrimoniamos en este puebro, tan y mientras los culitribi sean tan encojío y los artista tan desijente.

—¡Mia que er pero que le van á poné!...

—Que es hija mía y tuya: es decí, gitana hasta las cacha.

—¡Mar fin tenga!... ¿Y qué quié decír gitano?...

—La gracia é Dios por toitas cuatro puntas.

—Lo mejó der biscocho: er reyeno.

—Pero, ¿qué quedrán estos escarrilaos der pesqui?...

—Princesas é jerarquía.

—Cursilonas con pelendengues farsos, desde la caera al seno,

—¡Una niña que tiene, pa cuando yo y tú fartemos, dos güertas y una casa!...

—Y deja tú las güerta y vete ar físico de la cara: unos ojos que quitan er sentío...,

—Como los tuyos, charrán, cuando me camelate.

—Ya jace pascuas. Tampoco los tenías tú de breca, sino de paloma zurita.

—Vete, lavacara.

—Cáyate, arfajó ráncio.

—¿Entavía t'acuerdas de aquella epóca?

—Entavía rebuye,

II

Desarrollábase el diálogo anterior en una pieza que tanto tenía de zaguán como de cocina, pues si era el primer departamento que se hallaba al entrar de la calle, no dejaba de presentar, en su fondo, una ancha campana por donde salían los humos que la leña producía, al quemarse debajo de ella. Delante del rescoldo que mantenían algunos troncos candentes; sentados en grandes sillones de pino y eneas, charlaban los dos vejetes, en la forma que ya hemos oido y apuntado, cuando las entreabiertas hojas de la puerta principal se doblaron hacia dentro, con ímpetu, y apareció, más que penetró, una mujer alta, morena, con ojos que relucían como dos azabaches que rodearan manojos de pestañas

complicadas y frondosas. Peinaba el cabello negrísimo hacia atrás, y solo en medio de la frente lucía un caracol de pelo, que oficiaba de adorno insustituible. La nariz de Anica, (pues no se llamaba de otra manera aquella real moza) era fina y correcta; la boca, de labios sensuales y algo rasgados; los dientes, muy blancos, pequeñines y parejos. En las menudas orejas de Anica, titilaban dos zarcillos grandes, combinados con plata y diamantes finos; y al cuello mórbido, que se descubría hasta el hoyuelo de la garganta, ceñíase una ancha felpa de terciopelo negro. No mentaremos ni los peinecillos de carey que abundaban en el cabello ensortijado de la joven (que apenas frisaba en los veinte años) ni las tumbagas de plata y de oro que adornaban los dedos bien formados, aunque cetrinos, de sus manos; ni diremos palabra del pañuelo multicolor que velaba el bus-

to, del delantal que abrazaba sus caderas y su regazo; fórjese cada cual el dibujo que le venga en gana y no olvide, al componer la figura, que se trataba de un cuerpo superior, por su hermosura, á la cabeza.

Ya hemos contado que Ana apareció en el zaguán; pero no hemos dicho cuánta inquietud y cuánto azoramiento reveló al penetrar de súbito y jadeante, al cerrar cuidadosamente la puerta y al sentarse como desfallecida. Verla de tal suerte Juana y Pacorro, sus padres, y echarse estos á sudar, aunque pasaban entonces por lo más crudo del otoño, fué rápido y visible efecto.

—¡Maresita mía!...

—¡San Cayetano!...

—¿Qué jeso?...

—¿Qué traes?...

—¡Un niño!:—contestó rotundamente Anica, echándose á la espalda el grueso pañolón y dejando al descu-

bierto una preciosa figura de angel, más que de niño, con ojazos que parecían mirar fijamente, con una sonrisa que producía, en los carrillos carmíneos del infante, dos hoyuelos encantadores.

—¡Josuú!...—exclamó la señá Juana, cruzando las manos en señal de extraordinario regocijo.

—Guapo es el chaval;—murmuró estupefacto el viejo.

Anica, repuesta de la carrera en pelo que había seguido y tranquila porque se veía en salvo, dijo:

—Mare: y este niño, ni comè ni bebe; por ese lao nos va á salí por una copla.

—¿Eh?...—preguntó Pacorro, inclinándose para examinar mejor al muchacho.

—¡Pos si es verdá!...—exclamó Juana, sonriente.—¡Pos si es un niño de barro!...

—No, madre, es de maera.

—¡Caya; ahora sí que lo diquelo bien: es un santirulico de los que salen en los pasos!...

—Es...., el niño de san Antonio.

—Ajajá;—añadió Juana, produciendo una palmada con ambas manos.—El chavea que tiene san Antonio de *Paula*, asina, (y levantó la diestra á la altura de la frente, en actitud cómica) clavao con un hierro que le entra.... ¡ay, no quieo pensarlo!...—Y haciendo una transición sumamente curiosa, púsose en jarras y aumentó lo siguiente á su discurso: «¡pero, arrastrá, ¿dónde has *afanao* ese niño santo?... ¿En la parroquia?.... ¿Sí? ¡Ay, marecita mía!... ¡Cuando lo echen de meno!... ¡Pero qué pícara!...

—Güeno; vamos á ve:—habló Pacorro.—Eso del robo del niño ¿se pué sabé qué entitula, jinojo?...

—Callosté, padre, y no dé osté esos gritos; que parece que le están robando arguna gallina der corrá ó argún

duro del borso. ¿Osté no sabe que las mozas, cuando no tienen novio, le quitan á san Antonio el niño, y no se lo devuerven hasta que el santo les busca un serranito que venga á platicá con ellas por la ventana?

—Ahora caigo;—respondió Pacorro, sacudiendo sus dedos pulgar é índice, que sonaban como un látigo.—Mi agüela compró, cuando mocita, un san Antonio de barro; lo metió en un cajón, lo echó ar pozo; á los cuatro años lo sacó, por que ya iba á matrimoniarse, y ¿qué diréis que se volvió la imánge?...

—Una sonaja.

—Un malacó.

—No; lo que se volvió, con el remojón y el morde de la caja, fué... un ladriyo.

III

Al siguiente dia de este suceso, participó el sacristán al párroco, todo despavorido y balbuciente, que al tau-

maturgo bendito, que se veneraba de antíguo en aquél templo de Valterrajas, faltábale el gracioso y divino infante, que era alegría y encanto de los feligreses. Hacía muchos años que la broma sacrílega no se había repetido; pues el viejo cura solo recordaba que, *in illo tempore,* como él decía, la hija del albéitar, que era tuerta y coja, se atrevió á secuestrar al niño de san Antonio, aunque infructuosamente; pues al santo no le fué fácil operar el milagro de que hallara novio una joven, tan sobrada de alifafes como falta de pecúnia. Entendía, pues, el buen cura, que el avanzar de los tiempos y la difusión de claridad que el siglo traía consigo (pues el párroco era, á su modo, progresista) habrían cohonestado la vulgar costumbre que reputaba eficáz, para los fines de hallar novio, el secuestro del niño Dios; quien tenía, según su parecer, más adecuado trono en la pal-

ma derecha del paduano santísimo, que en el arca de cualquier soltera desdeñada y pretensiosa.

Y como transcurrieran cuatro ó cinco dias y el niño no fuese devuelto, ni su escondrijo hallado, decidió el clérigo formalizar la denuncia oportuna ante la autoridad más próxima. No había en Valterrajas otro funcionario del poder jurídico civil que el juez de paz, á quien supo encontrar el diligente sacerdote en su molino de acéite; y por cierto que halló á su señoría llenito de grasa y de alpechín hasta los topes.

—¿Qué viento trae á su mercé por el molino?

—¡Ay, apreciable señor Tinoco;— respondió con tono de pesadumbre el rector de la parroquia.—Vengo en demanda de estricta justicia.

—Pos como sea de mil reales para abajo, pia su mercé por esa boca.

—No se trata de una demanda civil,

sino criminal: ¡han robado la iglesia!

—¡Repollo!...—exclamó el juez molinero, dejando caer la vara de fresno con que iba arreando al borriquillo, que prestaba su fuerza motriz á la muela.

—Sí, señor: una mano desconocida ha arrancado de poder de san Antonio el precioso niño Jesús y se lo ha llevado sin decir oste ni moste.

—¿Y qué más?—preguntó el señor Tinoco, creyendo que el niño encabezaba la lista de muchos otros objetos, también hurtados.

—No han robado más;—contestó serenamente el sacerdote.—¿Le parece á usté poco?

—¡Carambi!... —arguyó el juez—Yo me creí otra cosa; pero, asina y tó, es negocio del juez de instrucción del partido. ¡Digo! A no ser que su mercé quiera denunciar el extravío á la guardia civil.

—¡Hombre, no había pensado en ello!

—El comendante del puesto es ese cabo que vino el jueves: ya lleva aquí tres dias mi hombre, y rabia y muerde por encontrar una hechoría en que lucirse.

—Dice usté bien, señor Tinoco· ¡Y muy listo y para el caso que me parece el tal cabo!

—Pus andosté, que se enfría.

—Sí, iré; pero lo que es ahora, señor Tinoco, ó me presta usted una borriquilla y un mozo que regrese con ella, ó llego al pueblo para que me envuelvan en sábanas de vino.

—Eso y más le prestará la justicia al clero. ¡Eh! ¡Tú!... Celipe: tráele el muleto nuevo á su mercé y echa con él palante.

IV

Que el cabo Molina tenía grandes deseos de contraer méritos, por medio de servicios escepcionales, era tan

verdad; como que, á más de Molina, llamábanle *Ojillos*, por mal nombre. Y que este apodo tenía su origen en la jactancia del cabo, cuando aseguraba que no había hembra que le resistiese si él le echaba *los ojillos*, también era cierto de toda certeza. Tomó, pues, Molina con verdadero empeño el encargo de perseguir á la ladrona (por que debía de ser una mujer la responsable de aquel hurto) tanto más cuanto que su curiosidad habíase despertado afanosa de conocer á la hembra, que, de tal manera, pedía novio á los cielos por conducto de sus más acreditados y milagrosos intermediarios.

In continenti, como escriben los actuarios que u an todavía pluma de ave, inquirió el cabo cuántas y cuáles eran las solteronas del pueblo; después combinó un plan de ataque, que dió maldito resultado; y á la semana estaba Molina rendido y con las es-

peranzas perdias, puesto que no había encontrado medio de conocer el paradero de la valiosa efigie, ni menos la mano que la arrebatara del lugar sagrado.

Pasaba un dia, el marcial y guapote Molina, por la calle en que habitaba la salada y hermosa Anita, á quien vislumbró con asombro, el tal cabo, asomada á la reja. ¡Y allí cayó un militar vencido! Ver á la arrogante gitana y prendarse de ella el comandante del puesto de Valterrajas fué obra, por lo rápida, inexplicable. Echó sus *ojillos* tiernos Molina á la mozuela; pero, sin él saberlo, puso en la mirada una expresión contraria á sus sentimientos; pues, ya fuese porque el bicornio le diera feróz caracter, ya porque apareciese el militar cejijuntoé impertinente con su extraña fijeza, sintióse desfallecer Anica y no desfalleció de amores, sino de terror hacia el que llaman, por antonomásia,

benemérito instituto. Lo cierto fué que Anita metióse dentro, más muerta que viva; que comunicó á sus padres el temor de que aquél salvaje sospechara de ella, y que el miedo de los viejos y de la moza creció no poco cuando, á través de las rendijas, observaron ellos al cabo Molina muy parado y atuzándose varonilmente el bigote en la esquina más próxima de la calle.

Partió poco después Molina y comenzó á investigar el origen, prendas personales, y *filiación*, como él decía, de la buena moza; y no importándole un ardite su condición étnica, toda vez que compensábanlas con creces la hermosura rebosante y la dote presumible de tal doncella, concibió el firme propósito de atacar la fortaleza por derecho, sin dar paz á las armas, ó sea á los *ojillos* tiernos y á las promesas dulces. Pero ¿cómo y cuándo iba á ejercitar sus invencibles artes galantes, si la casa de Anica es-

taba siempre cerrada á piedra y lodo, sin dejar resquicio por donde meter la cara? A todo esto, subía de punto el terror de la acomodada familia jitana, que ya pensaba en realizar alguna gestión de soborno, cerca del cabo, ó algún modo llano de devolver el niño á la parroquia; y en esta situación, el uno deseando y los otros temiendo, pasáronse dos ó tres dias, hasta que, al fin, adoptó Molina la determinación que sabrá quien siga leyendo el cuento.

V

A cosa de las catorce de la tarde, como ahora se dice, y en ocasión de hallarse Pacorro, su mujer y su incomparable Anica sentados en consulta, delante del hogar, oyéronse dos golpes decisivos, propinados por alguien en la cara exterior de la puer-

ta, que correspondía á la vía pública. Levantóse la hermosa gitana, entreabrió la reja, por cuyos hierros sacó el rostro cuanto pudo, y, volviéndo al lado de sus padres, más muerta que viva, pálida, sin poder articular apenas las palabras, dijo á media voz, mientras colocaba las palmas de sus manos á derecha é izquierda de las mejillas, casi sobre las diminutas y adornadas orejas:

—¡Uy, maresita de mi arma!...¡Er cabo!...

—¿Er cabo?...—preguntó quedamente, y enronqueciendo un tanto, el apurado Pacorro.

—¡Vírgen de la Soleá!....—exclamó Juana. Y por decir algo, preguntó en voz alta, con ánimos de que la oyera el importuno visitante: «quién és?»

—Gente de paz;—contestó, desde fuera, el cabo Molina.

Los padres y la hija estaban turulatos, sin saber qué partido tomar; pero

Anica, que tenía alientos para todo y que comprendía la necesidad de resolver la situación, se adelantó á la puerta, desechó la aldaba, puso de par en par las hoja , y dijo, con su natural decisión:

—Aelante.

El cabo miró un momento á Anica, y turbóse ante su hermosura. Dicho sea en verdad, no tuvo tranquilidad, entonces, para echarle los *ojillos* que eran en las batallas de amor sus bombas de *melinita*. Penetró Molina en el zaguán, cocina ó lo que fuese, y recibiéronle Pacorro y su esposa de pié, temblorosos, mudos. Ana, que estaba pálida, sufría también igual mutismo que sus padres. Por el pronto, tampoco supo abordar la conversación el atortolado militar; de lo cual se siguió una escena graciosísima, pues aquello parecía lo que, de buena gana, hubiese llamado Pacorro «la procesión del silencio.»

Por fin habló el cabo, después de tomar asiento en un sillón, en lo cual le imitaron los padres, pero no la moza.

—Bueno: pues... ustedes no sospecharán el objeto que me trae.

—Por la gloria de toitos mis defuntos que nó;—respondió Juana, poniendo la mano derecha sobre el pecho, en señal de que decía la verdad monda y lironda.

—¿Ni esta niña?—agregó Molina, tratando de serenarse.—¿Ni esta niña presume á lo que viene aquí el dicente?

—Ni jota;—contestó Anica, procurando sonreir, aunque no estaba para sonrisas.

En tanto Pacorro dirijía con la imaginación una porción de maldiciones al cabo, cuya turbación parecíale más bien frescura y mala sangre.

—¿Con que es de veras que Anita no sabe ni jota de lo que yo traigo?...

—volvió á interrogar el cabo, que no sabía glosar el tema de otro modo.— ¡Pues mire usté que escapársele esa liebre á una cazadora que tiene una escopeta de dos cañones por ojos!...

Como este chiste no fué reido, por que los oyentes tomaban por sorna, lo que no era otra cosa que falta de aptitudes orales y de tranquilidad de ánimo, el cabo Molina se dijo para su capote: (á pesar de que aquel dia no lo llevaba) «á esta gente no le resulto; á la segunda, salgo de naja».

Medió una pausa, angustiosa para todos; mas otra vez rompió el silencio Molina, de esta suerte:

—Bueno: pues aquí estamos todos como si nos hubiese caido la helá de la caña. Y eso es porque yo—lo reconozco—soy un atrevido y ustedes están ahora mismo deseando que yo me ponga en la corriente de la calle. ¿Verdad que sí?—preguntó, dirijiéndose á los tres oyentes, quienes dieron la ca-

llada por respuesta.—En fin,—añadió; —comenzada la batalla, hay que darle remate, ya sea venciendo al enemigo ó retirándose con las menos bajas posibles. ¿Verdad?...—dijo nuevamente, mirando con extrañeza á su cariacontecido auditorio.

—Tó eso está mu retebién;—habló Pacorro, con acento semicompungido.—Pero lo que yo le pido asté, señor mio, por las catorse mir vírgenes del armanaque, y por los clavos der divino Cordero, es que mos mate de una vez, si la cosa ha de ser de muerte; porque la capilla ¡camará! la capilla es más peó que el garrote.

El cabo se levantó de su asiento, y dijo:

—¿Garrote?... ¿Capilla?... Aquí no puede haber más garrote que el que usté saque para darme lo que merezco, por haberme atrevido á querer á esa prenda; y capilla, ¡ojalá que la haya!... pero que sea engalaná con cirios y cortinas para la boda.

—¿Qué?... —preguntó Pacorro, irguiéndose.

—¿Cómo?...—balbuceó la vieja, estupefacta.

—¡Josú!... —exclamó bajito, muy bajo, la hermosa Anica, mordiéndose los labios y recobrando, como por encanto, su buen color y su calma.

El aspecto de la visita cambió, por entero, desde aquél instante: el cabo Molina, desembarazado ya por la complacencia que empezaba á retratarse en los semblantes, platicó más y explicó mejor sus excelentes intenciones; Ana, perdido el temor, vió de súbito en el militar una porción de atractivos que hasta entonces no viera; y remojada que fué la alegría con un vinillo añejo, que el matrimonio *cañí* guardaba para las grandes solemnidades, quedó formalizado el noviazgo de Molina y de la admirable doncella, quienes aquella noche pelaron la pava, *con todas las de*

la ley, en la reja que adornaban las plantas trepadoras.

VI

El epílogo de esta verídica historia se reduce á lo que sigue: es decir, á la restitución del niño de san Antonio y á otros particulares que narraremos por encima, para no hacer más pesado ni prolijo el cuento.

Cuando devolvió Anica el precioso niño á los brazos de san Antonio, fué vista por el monaguillo, quien refirió el caso al sacristán, de cuyos lábios oyólo también el cura. Y hablando incidentalmente el párroco, con el cabo, cuéntase que aquél hubo de decir á este:

—Señor Molina: ya ha sido devuelto á esta iglesia el divino infante que nos hurtaron.

—¡Hombre!...—parece que exclamó el comandante del puesto.—¿Y se sabe quién?... Porque todavía pueden buscársele las cosquillas al ladrón.

—Ya se las buscará usted;—dijo el sacerdote, bromeando con el cabo.—Quien se llevó el niño, (y tal vez no lo ignore usted ya) fué Anica, su *futura.*

—¿Eh?....—dijo Molina, sin poder reprimir su asombro; porque nada de ello sabía.

—Pero como la moza—continuó el párroco—ha obtenido de san Antonio el señalado favor de depararle á usted por amante...., ¡claro! ha decidido restituir las cosas á su lugar...., y aquí no ha pasado nada.

Molina, que era un tunante y un fresco de siete suelas, sonrió pícaramente, balanceó la cabeza y dijo, á poco, adoptándo un acento de falsa expontaneidad y un fingimiento, que no pasaron desapercibidos para el sacerdote:

—Guárdeme usté el secreto, señor cura. Yo..., ¿estamos?... yo (y recalcaba el *yo*) me hice novio de Anica, para eso: para que devolviera la imágen á la iglesia.

El párroco, que era muy ladino, sonrió significativamente; guiñó un ojo, dió una palmada en el hombro al militar, y le habló al oido estas palabras:

—Molina; guárdeme usté el secreto: *esa*..., ¿estamos?... *esa* es grilla.

—¿Cómo grilla? ¿Entonces crée usté que ese niño no ha venido por mí?

—*Ese*, nó; pero otro, es fácil.

Soltaron, ambos, la carcajada al unísono: el cura, porque le salía de dentro; el guardia, porque, finjiendo aquella risa, disimulaba mejor su turbación. Y como no ocurriera otra cosa, digna de referirse..., allí se acabó mi largo y pesado cuento.

LA VIUDITA



LA VIUDITA

I

En la regocijada corte de aquél rey que consideró el vulgo ganado, con bebedizos y hechicerías, por el hábil y funesto conde-duque de Olivares, vegetaba un caballero hidalgo á quien llamaban Don Francisco de Villegas, y del que refiérense curiosos desplantes, famosas ocurrencias, y, más que nada, rasgos característicos que le acreditan de bufón y de poeta, aunque bajo este último aspecto no figure en ninguna de las ricas antologías de tan fecundo período.

El hecho de haber florecido, por decirlo así, aquel personaje cómico en el reinado de Felipe IV.; y la circunstancia de reunir á su nombre el apellido Villegas, que obstentó, también, el imponderable satírico Don Francisco de Quevedo, fueron culpa indudable de que se atribuyeran á éste algunos hechos de nuestro personaje, hasta el punto de que se formára, con ello, en la imaginación popular, un concepto equivocado y gratuito sobre aquél gran poeta, á quien las gentes incultas profesan veneración más por supuestas hazañas histriónicas que por patentes méritos literários. De aquí que, algunas empresas en que el Villegas de nuestro cuento desempeñaba el papel de figurón, á modo de los graciosos de las comedias de su época, atribuyéralas el populacho, con otras apócrifas relaciones, al linajudo poeta amigo del primer valido del rey; llegándose á

arraigar en la imaginación insensata del pueblo la idea de un Quevedo que tiene más parecido con nuestro extravagante Villegas, que á pintar vamos, que con el admirable, famoso prisionero de la torre de Juan Abad.

Y dichas estas palabras, á guisa de prólogo, que aquí viene á lo que viene, habremos de entrar en el laberinto de la novelesca referencia, diciéndo algo más, con relación á nuestro héroe, si tal nombre merece quien vivía solo para la intriga fácil y para la chacota perpétua.

Don Francisco de Villegas, hidalgo de estirpe ilustre y amigo entrañable del famoso don Baltasar de Zúñiga, era hombre acomodado y de edad que más le aproximaba á la vejez que á la juventud, ya que frisaba nuestro personaje en los cincuenta y cinco años, con un pico de meses que, tal vez, se acercara á la doce-

na. Cual se ha dicho, era nuestro caballero muy amigo de la burla; y tan dado fué á cierta procacidad disfrazada de forma cortés, que en palacio estuvo á punto, muchas veces, de ser tratado, por las personas á quienes fustigara, con procedimientos de rigor, que evitó el miedo de caer en el enojo de Olivares y de Zúñiga, de cuyos magnates era protegido, el tal don Francisco de Villegas, puesto que en no pocas ocasiones cometieron aquellos á este el entretenimiento y diversión de su magestad, cerca de cuya real persona solía ejercer el oficio honorario de bufón, á fuerza de habilidades verbales que provocaban la hilaridad del austriaco.

Empieza este cuento en el punto en que don Francisco de Villegas hallábase, un dia, sentado en una de las elegantes estancias de su vivienda, después de haber consumido abundante colación de huevos pasados por agua

y leche con mantecadas; (pues cuidábase á manera de fraile).

Ocupaba Villegas un ámplio sillón de vaqueta: víasele asentado en él delante de una mesa de nogal, que tenía chambrana de acero, y acababa de rebañar los resíduos de la confitura de Astorga, cuando se le presentó, como por encanto, el lindo don Cárlos de Azúa, joven elegante y de agraciado rostro, á quien tenía Villegas más por ahijado que por su amigo; en virtud á lo cual, hallaba aquél francas la entrada y la salida, á cualquier tiempo, en la morada del original personage, su padrino.

Á punto que apareció don Cárlos en el dintel de la pieza, apreció don Francisco el mal humor que el impetuoso joven traía metido en el ánimo; por lo que, sin aguardar á que el visitante hablase palabra, dijo Villegas:

—¡Cariacontecido viene el futuro barón de Montalva!

Á lo que el de Azúa replicó, luego que echó sobre la mesa su chambergo de larga y rizada pluma, y así que se repantigó desalentado en claveteada silla de repujado cuero.

—Malamente condúcese conmigo la fortuna; ha tiempo que con ella vengo debatiéndo en batalla singular, y vencido lloro.

—¡Doña Laura!...

—Sí, amigo del alma, sí; doña Laura; esa encantadora mujer, que unas veces me sonríe y otras me mira torvamente; que unos dias me habla de esperanzas dulcísimas y, otros, de realidades desdeñosas, como si placiera á su ánimo echar torrentes de hiel sobre los labios en que puso un restrego de miel hiblea.

—Díjete que no te fiaras della; que es, como mujer, versátil, y, como viuda joven, entendida en desesperar y en dar esperanzas; pero no parece sino que el alma se aficiona al amor

que más le hiere, y por ello tú vives sin vida, descorazonándote de puro temer que no lleguen á tus labios muchas de las unturas de miel, que sabe esa picaruela tornar en acíbar. ¡Ay, Cárlos! Ríete de todo, y del amor también, como yo me río más por industria que por estoicismo.

—Tú vives en chacota perdurable, porque te salen de dentro esos impulsos de mirarlo todo por encima, sin ahondar en amores ni en otros afectos del corazón. Pero distinta condición es la mía; que traje el alma templada para el sentimiento.

—Me place que así te conozcas y me conozcas; pero si de tanto amor tienés hambre ¿por qué no rendiste á muchas de las damas de estado honesto que te lisonjean y persiguen con la vista? ¿Te fué más grato encaminar tus pensamientos á esa viuda coqueta y sin alma?

—¡Francisco!..... --exclamó don Cár-

los, poniendo torvo el semblante é irguiéndose sobre su asiento.

Á esta exclamación del mancebo enamorado, respondió el de Villegas con una fuerte carcajada; y agregó luego:

—Ya quieres defender á quien tanto te hiere y mortifica. ¡Ay, Cárlos!... Véote perdido. La viudita doña Laura háte ganado con la maña de sus desvíos, que no es rasgo natural, sino artificio; y ya no tengo duda de que has muerto *per sécula.*

—¿Cómo?...

—Quiero decir, que has caído. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... exclamó el de Villegas, finjiéndo el más cómico y ruidoso de los llantos.

—Deja las chanzas, hombre; déjalas hoy, siquiera, pues estoy para naufragar en un jarro de agua. Sabes ya cuántos son los cortejos de doña Laura.

—Ciento y un pico.

—Sabes que á todos esos miserables pegajosos despídelos la viudita con eficaces desvíos.

—Mezclados con alguna que otra mirada de barbo agonizante.

—Pero no sabes que yo, el amante que se creía más-próximo á la victoria, estoy á punto de ser vencido por el viejo y repulsivo don Lope.

—¿Por Ladrón de Guevara?... ¿Por ese imbécil, que tiene postizo el copete y sin mellas la bengala?

—¡¡Luego su cabello..!!

—No solo es falso por la parte de encima, sino que las guedejas llévalas pintadas, luengos años ha.

—¡Oh viejo impertinente!...

—Verás: ese don Lope era enemigo de Quevedo; ¿y sabes lo que dijo dél nuestro poeta?

«Conozco yo á un caballero
que entinta el cabello en vano;
y por no parecer cano
quiere parecer tintero.»

—¿Y súpolo don Lope?..,

—Y lleváronselo, del sofocón, los diablos; y *tintero* le decían en la corte, y si se apagó este rumor fué por la bondad del tiempo, que es el corrector de las burlas á quienes, poco á poco, va desgastando con otras actualidades.

—Pues *tintero* le han de llamar otra vez;—dijo Carlos, dejando caer su mano derecha sobre el tablero de la mesa de nogal.—Y si no abandona el asedio de la gentil doña Laura, sin copete he de dejarle y sin tinta roja has de ver el tintero de sus venas.

—¡Linda metáfora!..—exclamó riendo el festivo don Francisco de Villegas.

II

Que debieron ser pintados, al comienzo del diálogo, tanto Villegas co-

mo Azúa, sábelo el que esto narra; pero como lo que debió hacerse y no se hizo puede, á veces, remediarse ejecutándolo en la primera ocasión, digo yo ahora que formaban contraste don Francisco y don Carlos; pues si aquél lindaba en la vejez, éste frisaba en plena juventud; y si el primero era largo de nariz, medroso de párpados y un tantico distraido de las pupilas, ó bizco si se quiere, el segundo tenía muy grandes y azules los ojos y era de facciones varonilmente bellas. Con añadir á todo esto que Villegas vestía siempre un trage de terciopelo negro; que ni se ocupaba mucho de rizar el mostacho ni de ahuecar el copete; y que, por el contrario, olía á ricas esencias de Oriente la cabellera blonda de Azúa y que sus vestidos, desde el ferreruelo á la calza y desde la gola á los guantes, eran de exquisito gusto y de finísimas y desarrugadas telas, se podrá formar con-

cepto de cómo eran y parecían aquellos dos buenos amigos.

Y ya que hablamos de caras y de ropas, hablemos algo del asunto que trata de perpetuar esta mal zurcida narración de verídicos sucesos.

Doña Laura de Acebedo, ó la *viudita*, como era en toda y por toda la villa y corte llamada, perdió á su marido tres años hacía. Contábase entonces, y las crónicas han traido esta especie á nuestros tiempos, que el marido de doña Laura fué un cascarrabias insoportable, á quien no pudo vencer su cónyuge ni con mimos ni con enojos; por lo que doña Laura pasó seis tristísimos años de matrimonio, que le dejaron escarmentada contra Himeneo. Pero como su hermosura fuese tal y tan sugestiva, que oficiara de miel para los hidalgos, que la perseguían y cortejaban como moscas, trató de vengar en los hombres la mala vida á que su esposo la con-

denara, y dióse á coquetear con sus amadores, del modo más hábil y cruel que pensarse puede; de lo que se siguió, que todos los galanteadores adquirieron esperanzas, pero que ninguno vió cerca la realidad. Este procedimiento no podía ser eficaz y perdurable de consuno; por lo que, descubriendo el tiempo la hilaza se descompuso el tejido, y cada cual de los cortejos levantó el asedio, mientras se ufanaba la viudita por haber tenido en danza á tantos linajudos caballeros, engañados con lo que ella reputaba habilidad y los desdeñados llamaban perfidia.

No alcanzó á todos, sin embargo, la decepción: el viejo y almibarado don Lope y el arrogante y lindo don Carlos continuaron en su amoroso empeño; y como gustase, doña Laura, de jugar á la pelota con aquellos dos galanes, de bien distintas prendas y circunstancias, dejóles llegar más

adelante y les hizo concebir mayores esperanzas que las, hasta entonces, inspiradas á aquella su corte fugitiva. Este dualismo acabó en ódio, que se acrecentó mucho en Azúa, (precisamente el dia en que le vimos platicando con Villegas) á causa de haber dicho la viudita á don Carlos, con una aparente formalidad que heló la sangre en las venas del galán impetuoso, que estaba ella muy desengañada y temerosa de los jóvenes, ya que el hombre de quien enviudó y que le amargó la vida fué de cortos años; circunstancia por la cual hallábase, en principio, dispuesta á preferir la mano y el nombre que don Lope le ofrecía. Mas por otra parte, no dejaba de mentar á don Carlos, cuando la requería y agasajaba el viejo, á fin de que éste ardiese en celos y en cuidados ante la posible victoria de aquél.

Cariacontecido llegó á ponerse don

Lope y maldiciente y procáz don Carlos; siendo milagro de algún santo, hasta ahora desconocido, que ambos rivales no se tentasen la tizona cierta vez que, al entrar uno y salir otro de la casa de doña Laura, se toparon en el zaguán.

Comprendiendo, la muy linda coqueta, que las cosas podían llegar á punto desagradable, determinó levantar el campo y marcharse á pasar breve temporada con una parienta, que vivía vida tranquila en Vicálvaro; y como decidiese ocultar esta decisión á los dos amantes, ganosa de que ambos se encontraran improvisadamente el nido sin ave, combinó de modo secreto su traslación al pueblo inmediato, segura del feliz éxito de su escapatoria. Pero don Lope tenía por suya á la dueña de doña Laura y Villegas, el protector de Carlos, era uña y carne de un viejecillo hidalgo que hacía en la casa de

doña Laura, oficios de intendente; por lo cual ambos rivales tuvieron confidencialmente noticia del proyectado viaje y cada cual pensó, respecto de él, como le convino.

Don Lope, antes reflexivo y mesurado, habíase vuelto, con el afan de poseer á doña Laura, determinado y audáz; y como á estas aptitudes nuevas de su carácter se unía el deseo de hallar fin á aquella situación, desventajosa para el rival más viejo, intentó don Lope comprometer imprudentemente la reputación de la viudita, al propósito de que ésta se le rindiese sin ambajes. Concibió, pues, la idea de adelantarse al camino, por donde había de pasar doña Laura, en dirección á Vicálvaro, y una vez en lugar apartado, detener por la fuerza, ayudado de gente valerosa, á la hermosa fugitiva, raptándola en toda regla, llevándosela en grupas de un buen caballo y ofreciéndola, de se-

guida, por compensación de aquel ultraje, la mano de esposo. Así se combinaron los sucesos en el cerebro romántico de don Lope; pero más adelante conoceremos las correcciones que, á tan atractivo cuadro de venturas, habían de oponer la fatalidad y las circunstancias.

III

De acuerdo con rufianes y espadachines; tomando precauciones sin cuento y realizando preparativos de locomoción y de boca, partió secretamente don Lope *tintero*, cierta noche, no muy clara, en unión de su improvisada ronda de malhechores, cómplices de aquella tentativa galante. Dirijiéronse por el camino de Vicálvaro, contentos los servidores ante la perspectiva de una remune-

ración píngüe; y embebido en pensamientos óptimos el trastornado Ladrón de Guevara, que juzgaba muy cerca la dulce y ambicionada victoria. Caminaban todos entre innumerables, cómicas preocupaciones; pues apenas oían el cencerro de los ganados que opuestamente se acercaban, ó divisaban el débil resplandor de los faroles de algún carromato, corríanse á los lados del camino real y, agazapados habilidosamente, aguardaban á que el imaginario peligro desapareciese. Uno de los convoyes con quienes se cruzaron y que, á la insignificante claridad de las estrellas, pudo descubrir don Lope, llamóles la atención; ya que se componía de una vieja carroza tirada por dos mulos impetuosos y seguida por un escudero ó criado que cabalgaba junto á la portezuela. ¡Cómo se hubiese tirado de la postiza crencha, el buen don Lope *tintero*, si supiese que en aquel

vehículo viajaba la parienta de la viudita, cuya achacosa y buena dama, soliviantada un tanto por las noticias que su sobrina le diera, respectivas al asedio amoroso en que estaba constituída, había decidido acudir prestamente á amparar á Laura con sus consejos y con su vigilancia! Y digo que se mesara los cabellos, por que habiendo de salir de Madrid la viudita, á la siguiente mañana, era claro que la llegada de la buena tía habría de suspender tal viaje. Véase, pues, cómo los inesperados sucesos iban poniendo las cosas mal para el pretensioso y frenético don Lope Ladrón de Guevara. Pero como nada de esto podía penetrar el enamoradizo hidalgo, natural era que siguiese su camino hasta llegar á un lugar donde la arboleda le ocultara á las miradas de las gentes.

No son para descritas la sorpresa y la alegría de Laura, luego que vió

metérsele por las puertas, en las tempranas horas del dia, á la buena doña Beatriz de Acebedo. Amábala mucho la gentil sobrina y si no vivía en su compañía era porque la afición de la viudita hacia la pompa y el bullicio cortesanos, constituía un extremo opuesto á los gustos de su linajuda parienta, para quien no existía mayor agasajo que la frugalidad en la mesa, la tranquilidad en las costumbres y el ambiente de llaneza y confianza que impera en las pequeñas poblaciones, amén de sus aires salutíferos y de su práctico acomodo en el vestir modesto y calzar holgado.

Rienda suelta estaban dando, la sobrina y la tia, á las caricias verbales y á los besos estrepitosos; desempolvando, apenas, los criados la caja del coche, cuando penetraron en casa de doña Laura, azorados y presurosos, echando fuego por los ojos y con

alas en los pies, el gracioso don Francisco de Villegas y su joven amigo el futuro barón de Montalva. Denotaban este tropel y este atrevimiento, que algo muy imperioso llevaba á los dos camaradas á casa de la viudita; pues si la forma de anunciarse no parecía de perlas, la hora tampoco era la marcada, para visitar, en los cánones de la villa y corte. ¿Qué había acaecido, pues, para que así faltasen á rudimentarias conveniencias aquellos hidalgos?....

Había sucedido, según refirieron, ambos caballeros, quitándose las palabras de la boca, interrumpiéndose frecuentemente y queriendo ser, cada cual, el primero en dar la noticia, que un cierto rufián, criado un tiempo de la casa de Villegas, supo, por algunos camaradas de su hampa, la trama que estaba urdiendo don Lope; y, ganoso de tomar algunas doblas por la confidencia, acercóse á don Francisco y

le descubrió el atrevido proyecto, con lujo de detalles y á tiempo que ya había partido don Lope con su gente. A impedir, pues, que doña Laura se pusiese en camino, ó á lograr que fuese escoltada por los visitantes, se dirijió la inesperada presencia de Azúa y de Villegas en casa de la viudita; y solo se calmó el ánimo excitado de Carlos, cuando vió que la suerte había tomado cartas en el asunto, impidiéndo el viaje de Laura con la llegada de su tia, sobre lo cual hizo graciosos epigramas el de Villegas, vaciando el costal de los chistes, por cuya virtud se regocijaron todos de lo lindo.

No impidieron, sin embargo, estas naturales expansiones, que don Carlos execrara la conducta de don Lope y que anunciara para él un duro, ejemplar castigo, cuya perspectiva trocó, un punto, en terror la jovialidad de las damas; pero como dijese

doña Beatriz, durante la conversación sucesiva, que nada debía de hacerse, sino dar gracias al Altísimo por su venida; y que, después de una hora, volverían á Vicálvaro sus criados y su carroza, pensó don Francisco en la más original venganza que pensarse puede; por lo que guiñó un ojo á su joven amigo, y, levantándose para que él también se levantára, dió por terminada la visita, no sin pedir á doña Laura que llamase al anciano hidalgo, que la servía de administrador y mayordomo, pues necesitaba llevarle consigo para cierto negocio de que más tarde le hablaría. Hízolo, cual se le pedía, la de Acebedo; y luego que compareció el hidalgote, que respondía á la gracia de don Lisardo, fuéronse los caballeros y quedaron solas doña Laura y doña Beatriz.

IV

Si los capítulos de esta breve historia llevasen título, según la añeja usanza, podríamos llamar así al presente: «del interesante diálogo que sostuvieron la prudente doña Beatriz y la arrepentida coquetuela, su sobrina» Con efecto: así que los hidalgos se partieron, hablaron la viudita y su tia lo siguiente, entre mojaduras de bizcocho y sorbos de chocolate:

—Viendo estoy, cara sobrina, que el peligro era mayor de lo que tú encarecías; pero tengo para mí que estas aficiones de galanes no se producen sin un coquetear tan constante como reprobado. Ya tenía yo noticias de que andaba revuelta la corte con tus ojos y con tus sonrisas; y doy gracias al cielo por que me trajo en

buen hora para poner reparo en estos inconvenientes. Tu padre, mi hermano, que goce del Señor, ènseñóte otros manejos tan honestos como urbanos; pues no es preciso unir la ligereza á la cortesanía; y mejor se hace bien quista la dama recatándose, que provocando. Tus desahogos han sido, sin duda alguna, compensadores de la mala vida que te ofreció tu esposo y dueño, durante un lustro y parte de otro; pero, bien veo que te has expuesto á un sério peligro, de que ha sido Dios servido librarte, para que te corrijas dese pecadillo del coqueteo.

Pronunció esta homilia doña Beatriz, juntando la severidad con la dulzura; dando, á veces, á las palabras una entonación cómica, producida por los sendos trozos de bizcocho que al engullir le ocupaban la boca; pero tan ridículo efecto no fué óbice para que doña Laura, conmovida por el

oportuno regaño, llorase y conviniera en lo abominable de su conducta, de la cual parecía arrepentirse. Y, entonces, estrechada por doña Beatriz para que dijese cuál fué el propósito que persiguiera con el empleo de tan funesta coquetería, declaró solemnemente, la viudita, lo que sigue:

—¡Ay, tia Beatriz, ay, tia!... Soy muy desgraciada; (y después de esto lloró un poco; y luego que secó las lágrimas é hizo esfuerzos para reponerse, prosiguió). Á la muerte de mi marido, decidí en lo más íntimo de mi secreto conservarme, por siempre, en estado de viuda. ¡Tal fué el sedimento amargo que quedó en mi alma, después de apurar el caliz de aquella mi desdichada coyunda! Los hombres parecíanme mónstruos; sus miradas, de basilisco; sus palabras, veneno. ¡He de vengarme, en todos, de aquél que me hizo bien desdichada!—pensé.—Y siguiendo esta páuta, no respondí á

mirada varonil en cuya respuesta no mintiera, con el lenguaje mudo de los ojos, esperanzas que presto me cuidaba de desvanecer. ¡Así he vivido: sembrando promesas ilusorias, por doquiera, y arrebatándolas luego con el desvío! Pero...—¡ay, tia Beatriz de mi corazón!—en este peligroso juego de carteta ha salido mi naipe contrario. Yo quería evitar á todo trance el peligro, mas.... la apostura de don Carlos ha podido más que mi propósito... ¡y le amo!... ¡Ay, tia!... ¡Le amo!..

Lloró, otro poquito, la coqueta penitente, y doña Beatriz agregó á las dichas nuevas razones que no nos importan; como no nos interesa, tampoco, el saber que Laura dejó llena su jícara y á medio romper su bollo, y que, por el contrario, rebañó su taza doña Beatriz, comiéndose, además, una apetitosa raja de carne de membrillo.

Entre tanto; quiero decir, mientras se consumían las palabras y los dul-

ces en casa de la viudita, preparaba el chispeante don Francisco de Villegas su atrevida aventura. Huelga manifestar, conociendo el temperamento de Carlos, que éste abordó á Villegas en cuanto salieron de casa de la viudita, intimándole á que le revelase su propósito; mas el festivo caballero quiso platicar, primeramente, con los criados de doña Beatriz, al objeto de saber cuándo y á qué hora regresarían á Vicálvaro. Evacuado este asunto, volvieron á encontrarse en la calle, Villegas, Carlos y el mayordomo de Laura; y, casi al mismo tiempo, preguntaron el segundo y el tercero:

—¿Puedes ya decirme qué proyecto es ese, que me comunicaste primero con un guiño, y, luego, con media frase?

—¿Podré saber—interrogó don Lisardo—en qué pueden servir mis escasas fuerzas á voacedes?

—Contestar á dos á un tiempo—habló Villegas—es exponerse á no satisfacer á ninguno; pero, venturosamente, con una razón hay aquí para entrambos. Sabed, pués, que he decidido utilizar la vuelta de los criados de doña Beatriz; que nos habremos de ocultar en la carroza yo y Cárlos; y, otrosí, que don Lisardo cabalgará delante del coche, en el alazán que trae uno de los servidores de la de Acebedo.

Carlos abría cada ojo tamaño, y don Lisardo escuchaba, estupefacto, aquello que no comprendía; pero Villegas continuó así:

—Yendo vos delante, y siendo, como sois, conocido por intendente de doña Laura, creerá don Lope que en el coche viaja vuestra señora; y á este punto saldremos nosotros del carromato y la farsa resultará mejor que las de nuestro amigo don Pedro Calderón de la Barca.

—¡Vitor!... —exclamó gozosamente el joven Azúa.—Debieras tú componer comedias, porque sabes idearlas.

—Y hasta representarlas sabría, como Lope de Rueda, el batihoja;—agregó Villegas con petulancia fingida.—Y como viera que don Lisardo palidecía, añadió:—¿Qué pasa, intendente..? ¿Teneis temor?...

—¡Ay!..—respondió, suspirando débilmente, el flacucho hidalgote.—Bien sabedes que mi salud está más quebrantada que mis años y que, por ello, no valgo para contiendas ni peligros.

—¡Ahí es nada!—alegó don Francisco de Villegas.—Vos haceis de reclamo y nosotros de cazadores. ¡Ni haya miedo, señor Lisardo! Todo esto es pura broma y jolgorio puro. ¡Ya vereis cómo rie don Lope!...

—¡Reir!... —exclamó irónicamente don Cárlos.—¡Ha de cruzar su tizona con la mía!...

—¡Por Dios!—dijo el mayordomo,

juntando las manos en actitud suplicante.

*
* *

Platicando estas y otras palabras, todas sobre el mismo tema, vinieron á dar los tres personages en el camino que va por el Este de Madrid; y así que llegaron á la puerta del merendero del *Toledano*, tomaron asiento en unos bancos de ladrillo, que llaman postes, y que corrían á todo el largo de la fachada de la susodicha venta ó lo que fuese. Allí, impacientes Villegas y Azúa, y azorado el intendente, aguardaron á que apareciesen la carroza y los servidores de doña Beatriz, lo cual acaeció no muy tarde; y en cuanto vieron llegar el vehículo, como á un tiro de mosquete, comenzó don Francisco á hacer señas y mo-

vimientos, ya con el sombrero, ya con la otra mano que tenía libre.

Detuvo, en esto, su marcha el carricoche y asaltáronlo Villegas y Azúa, no sin obligar al criado, que marchaba ginete en el alazán, á que se apease y cediese á don Lisardo la cabalgadura, sobre la cual montó de mala gana el preocupado y tímido mayordomo. Los criados de doña Beatriz, que eran tres, ó sean dos cocheros y un batidor, celebraron la aventura que se preparaba, luego que la conocieron: como gentes de buen humor y jóvenes, por ende, rabiaban por divertir el ócio y trataban de hacer méritos para la propina. Y así que todo estuvo dispuesto, como era de desear, reanudó su marcha el convoy por el camino de ruedas que conducía á Vicálvaro.

V

La escena culminante no se hizo aguardar largo espacio; pues á media hora de marcha divisó don Lope el carruaje, que regresaba de Madrid, y reconoció prontamente á don Lisardo, quien, de propósito, iba quedándose un poco rezagado, para buscar parapeto detrás de la caja de la carroza, caso de moverse la de San Quintín. Uno y otro bandos se apercibiéron á la defensa; y cuando el coche distaba poco menos de diez piés del raptor audacísimo, éste se adelantó, con su gente á la espalda (que se componía de seis ú ocho varones, algunos de mala catadura) y dijo, con tono imperativo y retumbante:

—De aquí no ha de pasar ninguno, sin la voluntad mia. ¡Apéense los hombres! ¡Presto sea!...

Esto lo habló el bravo don Lope Ladrón de Guevara, plantado en medio de la senda, con el chambergo echado hacia atrás y la diestra en el pomo de la tizona, como con amenaza de sacarla al aire. En aquel instante, por su arrogancia y por su atrevimiento, tenía puntos de semejanza, tanto en el aspecto que podemos llamar artístico, como en la alucinación que le arrastraba á tamaño desafuero, con el asombroso carácter pintado, en su obra inmortal, por el génio de Cervantes Saavedra.

Suspensos quedaron los de una y otra partes; pero, en tanto, se dirijió don Lope á una de las portezuelas, cuya llave torció con mano segura, convidando galantemente, con el sombrero en la mano, y con la mirada reverente, á que descendiese la supuesta dama, y á que, en aquel agreste paraje, le escuchase; pero bien pronto conoció don Lope su engaño, pues

el interior del coche, no diré vació, vomitó dos caballeros armados de luengas y brillantes espadas, que hicieron retroceder á los criados del raptor, para quien la sorpresa no fué, por cierto, estímulo que le enervara hasta el extremo de dejar la tizona en el cinto.

—¡Ah, perros!...—murmuró Ladrón de Guevara, todo soberbio y corrido.

—¡En guardia!—gritó don Carlos.

—¡Buscábais señoras y os salen espadas;—dijo festivamente don Francisco.

—¡Soy perdido!...—exclamó don Lope, echando venablos por los ojos y observando, de soslayo, el retraimiento de su gente.

En esto comenzaron á reñir Azúa y *tintero*, con pánico por parte del mayordomo, que no sabía si meter la espuela á su caballo; y Villegas, que no podía terciar en la contienda, por que no era caballeroso ayudar á Carlos

mostró su fulgente toledana al grupo de los servidores del viejo, y dijo así, echándolo á chacota:

—Si hay quien quiera probar desto, acuda y se le proveerá.

A este punto, vino un suceso inesperado á resolver aquel penoso incidente: caminaba, desde Canillejas hacia la Corte, una ronda del Santo Oficio; y, en cuanto fué divisada por las partes beligerantes, escabulléronse unos y otros con el mayor disimulo, sin que hubiera que lamentar chichón ni tajo, ya que Azúa y Ladrón de Guevara eran excelentes esgrimidores y no se habían podido tocar ni al pelo de la ropa. Parece inútil contar de la manera cómo se pusieron en fuga los contendientes: los más adelantados en hacerlo, fueron los criados de Ladrón de Guevara y el apocado Lisardo; los otros huyeron con más dignidad, si cabe dignidad en la huida; y cuando pasaron los esbirros por el teatro de

aquella hazaña cómica, no hallaron ni rastro, puesto que los que viajaban en la carroza torcieron hacia el Sur, como se vá al pueblo de Vallecas, y desaparecieron de las miradas inquisitoriales á galope de los caballos.

VI

Bien pudiéramos llamar «epílogo» á esta nueva sección del cuento; ya que en ella vamos á referir cosas que lo ultiman, alguna de las cuales ya la habrá traslucido el lector, con su natural perspicacia.

En un dia de los que sucedieron á la aventura romántica de don Lope, apalabráronse las bodas de Carlos y de Laura, pendientes solo de la real licencia. Esta nueva maravilló sobremanera á cuantos entendían que el corazón de una coqueta era plaza

inexpugnable. Y ahora habremos de convenir en que tal enlace es el hecho del epílogo previsto por los lectores del cuento. Mas, ahora, díganos, los mismos lectores, si adivinaban lo que sigue. Puesta la mano sobre el pecho dirán, sin duda, que jamás fuéles dado aventurarse en tamaña hipótesis; y, sin embargo, es cierta la noticia, de todo en todo.

Hemos de decir, pués, que á poco del iniciado proyecto matrimonial concertóse otra boda, menos esperada que la del galán y la viudita. Lean y asómbrense: ¡don Lope Ladrón de Guevara y doña Beatriz de Acebedo, se hicieron promesa mútua, proyectando celebrar sus bodas, para la época de las nieves, en la iglesia mayor de la alegre y pequeña villa de Vicálvaro!....

GALLO EN CAZUELA



GALLO EN CAZUELA

La tía *Primores* lloraba inconsolable á aquellá hora: se mesaba los cabellos, dando al traste con el reliado coco que por la mañana se hiciera; abofeteábase, en un impulso de original coraje; frotábase la nariz con los dedos pulgar é índice, al objeto deliberado de llamarse calor y sangre á aquel apéndice de carne apretada, que ensanchábase ridículamente sobre los agujeros, por donde salía y entraba en gran cantidad el aire de la res-

piración. El vocabulario de la tía *Primores*, que era muy pintoresco, y, algunas veces, poco límpio, lucía aquella tarde su extraordinaria riqueza de palabras, combinadas en maldiciones que tenían tanto de espeluznantes como de risibles. ¿Y qué le pasaba á la tía *Primores*, á la jitana vieja del barrio, á la que había logrado rellenar de duros más de un calcetín con su diario, peligroso comercio de ropas de difuntos y efectos heterogéneos, sin pareja los unos, menoscabados los otros, oxidados los más y todos cubiertos de una corteza no muy bien oliente, pero que un anticuario se hubiese atrevido á llamar *pátina*?...

Pues... á la pobre tia *Primores* le ocurría una *esgracia más grande que la muerte é Riego*, según ella decía: habíanle hurtado los bienes muebles que á continuación se detallan: una horma, dos tumbagas de similor, la

llave de un reloj de pared, una pistola de chispa, dos agujetas con mariposas en tembleque, un velón del propio Lucena, dos chinelas de pana y un pañolillo de crespón. ¡Er diluvio!...—como ella decía.

¿Sospechas?... ¡La mar de sospechas! Ella le *acomulaba* el robo (quería decir, le imputaba) á Frasquito, á la *Cateta*, al *Zorrito*, á *Primito*, al *Jaro*, á la *Corta* y á *Pepa la colorá*: siete prójimos desahogados y sin un segundo de lacha.

—¡Pero hija!—llegó á decirle *Pepa la colorá*, plantándosele en jarras delante del baratillo.—¿Conque osté dice que yo he sío la manilarga?... ¡Josú! ¡Osté se ha figurao que tiene el *Basá de Alonso!*... ¿Pa qué quiero yo esas agonías?... ¡Er demonio é la vieja!

—Güeno—contestaba la tía *Primores*, poniéndose roja por la ira, ronca por la indignación.—Pos al que

haiga sío, premita nuestro Pare Jesú Nasareno que se le junda er tobillo de la pata de este lao y que se le pongan los ojos como dos faroliyos de la feria. Andando pa trás vea yo ar tuno que me ha dejao sin tumbagas y sin velón: que le nasca un güevo de pava en la punta de las narices pa que tos los recoberos le pasen la mano y le tiren.

—Oigasté, seña *Primores*—dijo *la Colorá*;—después de tó, si osté quiere sabé quién es el atrevío, no hay ná más fáci en el globo.

—¿Los guindillas?... ¡Malas puñalás le peguen!

—Nó, señora.

—¿Los cevile?... Déjame: cuando veo uno me paece que me he purgao.

—Tampoco son los ceviles: es el tío *Parrales*.

—¿El agüelo de la *Castaña*?...

—El mesmo.

—Ese es un viejo marrullero que saca las perras con jonjana, pero que ni jace ni chanela maldita la cosa.

—Callosté; pos si está sembrao: ¡pos si le ha quitao ar *Canelita* el vicio del aguardiente, con una hechuría que le aconsejó á su mujer!

—¿Sí?...

—Asinita mesmo. Andosté: pillosté el mantón y echosté pa lante, que yo tengo mi aquel en que esto se deslíe, pa que no se diga que yo...

—Güeno: pos vamos á dí; pero si resurta camama, te arranco er moño.

—Aelante.

*
* *

En un breve y derruído patio, que decoran algunas macetas de geráneos y de albahaca; sentado en una

silla muy basta y desvencijada, cuyas patas traseras clávanse en el pavimento y cuyo respaldo se apoya en el viejo muro, hállase el tío *Parrales*, el gitano marrullero, de cabello cano y escasísimo, de patillas cortas y grises. Al entrar *la Colorá* y la tía *Primores*, entreabre los ojos, que tenía en dulce duerme-vela, y dice, con su voz aguardentosa y su picarezca gracia:

—¿Qué buscan el terrá y el levante por esta casa?...

—Asté, sagraecío: aquí, la tía *Primores*, que se vá á poner tábira de darle á los lloros...

—¡Mar fin tenga la tía *Primores!* ¿Ha tenío argún niño?

—No seasté guasón, hombre; lo que me ha pasao es más grande que eso.

—¡Comare!... ¿Más grande que tené un niño á los noventa años?

—Vamos á ver: ó hay formaliá ó se ha rematao.

—Ea, pues que la haiga. ¡Mira, *Castañilla*, tráeme el escobón, que me voy á poné en postura de rey de bastos!

—¡De copas quisiera!

—Vaya si quedría!...

*
* *

—¿De moo que usté chanela que esas prendas y alarjas se las ha *limpiao* arguno de esos siete que usté mienta?

—Cabales.

—Pos mirosté, tía *Primores*; ni el *Corpas* es capaz de sacar al hechor; por estas que son cruces. Pero el hijo de mi mare... va á dar un gorpe de salero; y si es mentira, que me cuerguen en Natera. Mirosté, tía *Primores*; osté se deja ya de picar cebolleta, pa que sus sacais no sufran; se echa osté á dormí como una presona que está libre de paslóticas

y de tó cuanto incomoa la salú. Enseguiita me trae un gallo, ¿lo oye usté bien, serrana?... un gallo. Y el gallo, como es su oficio, cantará.

—En el arroz, será donde cantará el animalito.

—No eche osté á groma estas cosas, que son mu serias, tía *Primores*. Y si es mentira que yo descubro al ladrón con un gallo, que mala puñalá me peguen que me jagan polvo. ¿Tié osté más que probá, alma mía? Venga el gallo, el gallo...

—¡Por vía del gallo! Pos mañana vendrá. Pero mirosté lo que jace, tío *Parrales*; porque á la hija del *Chucho*, que soy yo, no hay quien se la coma por sopa.

—A najarse y á callá, so esconfiá de mis ojos. Con un gallo na más descubro yo quien ha robao los orjetos de fantesía del establecimiento de osté, vurgo el baratillo de la *Primores*.

*
* *

—¿A ver? ¡Animalito! ¡Miosté que traerlo con las patas pa el cielo y la cabeza pa bajo! Ea; echelosté al suelo. Ajajá. ¡Güena planta! Paece un gobernaó andando. Mu bien. Ahora, que entren el *Primito*, la *Catata*, Frasquito el *Jaro*, el *Zorrito*, la *Corta* y la *Colorá*. Aelante, cabayeros y damas de la listocslásia. Chipén. Asentarse en el suelo ú donde queráis, que aquí no hay más que una silla, y esta es pa mí. Ea; señores: pos ya sabeis de lo que se trata: tós siete estais manchaos por el deo de la malicia, y yo con este gallo voy á dejá límpio á toitico el que sea inocente. Mia tú, *Jaro;* ríete de la pupa de tu mare, que de mí no te pitorreas tú, chavó. Y como iba

diciendo: cojo este gallo, lo meto entre estas dos cazuelas, y tapao por arriba y por abajo lo pongo sobre esta maceta güerta del revés, drentro de aquel cuarto oscuro. ¡Mardito gallo cómo aletea! ¿A que me rompe las cazuelas el mu cursi? Ahora van entrando uno á uno los sospechosos y ponen la mano asina, encimita del revés de la cazuela: y en cuanto que toque el gachó que le ha robao las prendas á la señá *Primores*, el gallo jace *quiquiriquí* y sa rematao el juicio orá. Con que: vayan colando. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete...

—¿Osté vé, tío *Parrales*, como el gallo no ha dicho esta boca es mía?

—Haiga silencio: el gallo no canta hasta que llega la madrugá, ó hasta que va á llové; y aquí no vamos á pedir peras al ormo.

—¿Qué?...

—Pero vamos á vé: tó el que sea

inocente del robo, habrá puesto la mano en la cazuela con *descuidio*, y se habrá llenao de tizne; pero el ladrón no habrá acercao la parma por temó de que el gallo lo delate: de modo y manera, que aquer que tenga la mano sin jumo é pé, ese es el charrán. Ea: vengan las manos parriba. ¡Uy!... Seis negras. ¿Y tú, *Zorrito*, por qué no enseñas la mano?... ¡Ah, ladrón: tú has limpiao el Basá de la tía *Primores!*... ¡Mirar cómo juye! ¡Si tengo más gracia y más pesqui que el juez de primera istancia del distrito! ¡Olé! ¡Ah, señá *Primores*: el gallo es de este cura! Pero la convío asté pa que lo pruebe, er primer dia de Pascua del año primero del siglo que viene!...

BOQUERONES CON VERGÜENZA



BOQUERONES CON VERGÜENZA

I

Geromo era, como suele decirse, un hombre cabal; en todo el Palo no se encontraba pescador de carácter más entero, de más fina gracia y de más sana intención. Cuando decía: «esto ha de ser», por allí metía la cabeza, como si hubiera nacido en las tierras que baña el Ebro; cuando asistía á las fiestas dominguerus del barrio, formadas por las mozuelas llenas de flores que, sentadas en medio de la calle cantaban coplas y de-

cían agudezas, él amenizaba la reunión con sus dichos, siempre acertados, ó con sus narraciones que tenían por base, ordinariamente, el famoso combate del Callao, al cual asistió y en el que recibiera graves heridas, por las que obtuvo una cruz pensionada ¡con diez reales nada ménos! Pero si en todo lo dicho sobresalía, no se quedaba Geromo atrás en punto á buen fondo: puede decirse que la rectitud era el móvil de todos sus actos; en cualquier caso de duda reflexionaba á qué carta debía jugar y se inclinaba siempre del lado de lo justo.

En la capital era también conocidísimo el tal Geromo: las criadas no le temían cuando, después del característico siseo, le llamaban para que les vendiese el pescado que transportaba en los cenachos clásicos y que anunciaba con el pregón de rúbrica. Ya sabían las domésticas que Gero-

mo no se sofocaba cuando le ofrecían poco dinero por sus plateados peces; lo más que á Geromo se le ocurría, si la pequeña oferta le encendía la sangre, era decir alguna agudeza de buena ley, como por ejemplo:

—Niña, límpiate, que estás de güevo.

Y si después de extraordinario regateo solo le compraban media libra de boquerones, exclamaba, alguna vez, con verdadera gracia:

—¡Ze conoce que la zeñorita tiene hoy convidao!...

II

Geromo tenía una hermana, Rosario, mujer alta y fornida: con un hoyo en la barba capaz de volver loco á todos los hombres del mundo; con unos ojos negros que se clavaban en el alma, y con un *jarabe de pico* que no era

posible encontrar miel de mejor gusto. Varios admiradores de Rosario andaban que se las pelaban por ella: la perseguían, la echaban imaginarias flores, sintetizadas en los requiebros más gallardos; y Rosarillo no hacía caso de nada de esto, porque sus ambiciones le llevaban más allá; porque no aspiraba á que la tuviesen *muertecita de jambre y apaleá;* y porque ambicionaba lograr un *cabayero* que la tuviera con parneses y vestida de nuevo á todas horas.

Geromo, en dos ó tres ocasiones, le dijo á su hermana:

—Mira, Rosario; tú á mí no me pesas; eres pa mí la Virgen der Carmen, y yo te mantengo con satifazión, porque es mi ley: pero como estos paraíso no puén durá toa la vía, ¿porqué no vas tú pensando en er mañana, que es mu negro? Ya sabes cómo er Cuco anda etrás é tí; que hasta la coló de la cara ze le ha puesto como la

zera de las velas. Er Cuco es un hombre apañao; y, con la barca que tiene, pué mantenerte con dezenzia y será güeno pa tí, si tú lo quiés con fatigas.

Rosario se desentendía de todo esto, porque pensaba en otros planes, que no se atrevía á comunicar á su hermano, conociendo bien su rectitud.

—Oye,—le dijo Geromo otro día á Rosario.—¿Sabe que er Cuco me ha dao hoy dos vazo je vino, y ha estao cormigo como un pan de fló, y me ha contao un cuento?

—¿Qué cuento?

—Pos me ha dicho, dize: «Mira, Geromo; á Rosario la quiero yo como á las niñas de mis ojos: ya se lo he mandao á dezí con mi hermaniyo, el domingo pasao, que le regalé dó jentones. Pero, ó tu hermana ze jaze la tonta, ó yo soy er bruto más animá de toa la playa y de toa la costa y de

toitico er mundo terráqueo. Tú zabe que yo no estoy sin camisa, y tó lo que yo tengo va á sé pa Rosario, si eya quiere. Ayé, en la fiesta de la Coquina, donde estaba Rosario más bonita que un copo lleno, le dirté una groma... y me paeze que se puso de má larate. Dime por tu salú: ¿es que Rosario me mira con jachare, ú es que quié que yo me jinque de roíya, ú qué?...» Yo le he respondío—añadió Geromo—que ayá tú y que ayá ér... y que ayá los dos; pero.... ¿tú quiés dezirme lo que piensas? ¿Tú busca argún generá de marina, ó un escribano reá?... Jabla. ¿Hay en tó er Palo un hombre más trabajaó ni mejor acomodao que er Cuco?...

Rosario bajó los ojos, y dijo:

—¡Que malas puñalá me peguen si yo quiero ar Cuco!... Donde no esté un señorito con monises, que me compre mantones de Manila, llenito de bordao de pico á pico, que no me yamen á mí, ¡so asaura!

Y así diciendo levantóse; y cantando á media voz una copla, se fué á la playa.

Sintió Geromo como si se le hubiese caído el techo sobre la cabeza. Atortolado, perplejo, no supo qué contestar á Rosario, á quien quería con todo su corazón. Abstraído en mil ideas, á cual más tristes, veía imaginariamente á su hermana revestida con los oropeles de la deshonra y lanzaba melancólicos suspiros. Su instinto honrado rechazaba aquellas ideas que Rosario le había expuesto y que, hasta entonces, no había podido descubrir el pobre pescador.

Y pasó algún tiempo; las grescas se sucedían en la casa, porque Rosario hacía alardes de sus tristes propósitos, y Geromo trataba de imponer ruda y enérgicamente la tendencia moral, que era la base de su caracter.

III

Rosario, libre ya de las intemperancias del sol, presentaba su cutis blanqueado por los cuidados y por los afeites. El busto escultural, envuelto en el chinesco pañolón de seda roja, bordado de flores y de pajarracos blancos como la nieve, incitaba á cuantos fijaban sus ojos en aquellas soberbias líneas. Los menudos pies, trocada la ruda zapatilla de badana por el lascivo calzado de charol con escote bajo, iban pisando por las calles los corazones de los hombres que se rendían. Ya había conseguido Rosario su propósito; ya había escalado el cielo que soñara. Lo que no había logrado era reducir á Geromo; éste continuó en sus playas sacando, lleno de sudor, los inagotables frutos

del mar; vendiendo por las calles, con los pies desnudos, los brillantes peces de fingida plata; comiendo el pan de la honradez, mil veces más grato que los ricos manjares de la deshonra. Y de noche, cuando la luna argentaba las olas y el aura cálida besaba la frente, Geromo hallaba mullido lecho junto á la barca llena de redes y levas; aguardaba tranquilo las penosas tareas de la pesca y se dormía escuchando las misteriosas barcarolas que entonaba el tranquilo Mediterráneo.

IV

Mas un dia cruzaba por cierta calle el pescador, balanceando los redondos cenachos que pendían de sus brazos robustos, á tiempo que, por el otro extremo de la vía, llegaba Rosa-

rio luciendo la belleza admirable de su cuerpo y el rumbo de sus adornos.

Oyó la hembra el triste dejo de la voz de su hermano, de aquella voz que semejaba pregón y canto; reconoció á Geromo y por un impulso instintivo se ocultó en el zaguán de una casa, como un culpado que se sustrajera á la proximidad de su juez. Comparó en un instante de remordimientos y de angustías la pobreza de las ropas de Geromo y la explendidez del mantón que la envolvía; y sin percatarse del peligro á que iba á exponerse, llamó con el ademán al pescador desde el escalón de la puerta, que no parecía en aquellos momentos sino pedestal de una famosa escultura de la hembra del mediodia.

Geromo acudió al llamamiento sin darse cuenta de quién lo hacía y colocó pausadamente los cenachos en

la acera, fijando entonces su mirada en Rosario y pensando, con la rapidez propia del cerebro meridional: «¡La pícara está más hermosa que nunca!»

—¡Geromo!...—balbuceó Rosario.

—El mismo;—contestó con altivez el pescador.

—¡Geromo!...—repitió la hermosa mujer. Y añadió, después de reponerse:—¿Por qué has de vivir tú como los perros y yo como las personas?... Esto no puede ser; pa tí hay pan en mi mesa y cama en mi cuarto. ¡Yo quiero que descanses, que vivas, que goces!...

Las mejillas de Geromo se tornaron rojas; y luego, mirando de arriba abajo á su hermana, lanzó un rugido, inclinóse para recoger las cuerdas de los cenachos, suspendió la carga con ligereza y dijo:

—Que te perdone la Virgen del Carmen, zi quiere... ¡que lo que es yo!...

Después giró, para volver la espal-

da á su interlocutora; reanudó su marcha, alejóse; y al llegar á la esquina de aquella ancha calle, lanzó este pregón, que hizo reir á muchos y llorar á la desgraciada Rosario:

—¡Boquerones y pescaíyas con vergüenza!

EL HIJO DEL TANO



EL HIJO DEL TANO

I

Se agrupó mucha gente, mucha; que tanto causa bullicio una fiesta, como un acontecimiento triste lo causa. Y el Tano estaba allí, tendido sobre el pavimento de la calle, pálido, inerte, teniendo por sudario la burda camiseta de mallorquín azul, horriblemente matizada por la sangre que formaba una charca bajo el cuerpo sin vida. Los curiosos esforzábanse por estirar su talla, con ánimos de ver más y mejor el tristísimo cuadro, por enci-

ma de las cabezas que se agitaban en primera fila; y los guardias-civiles, graves y sembrando el temor, amenazaban con sus fusiles á los hombres y á las mujeres que iban poco á poco estrechando el círculo formado en derredor de la víctima. De pronto se oyeron lastimeros quejidos, lloriqueos motivados por aguda pena, sollozos que sonaban cual rugidos de leona. Separáronse, como por arte mágico, algunos espectadores, y dejaron calle á una mujer que caminaba con paso acelerado y forjando los gritos de dolor que dieron aviso de su proximidad. Entró en el lugar de la escena, miró al cadáver, alzó luego los ojos arriba, mesó sus cabellos negros; y arrojándose sobre el muerto le besó, le estrechó; llamóle con los nombres más dulces, y en aquel arrebato de pasión y de dolores, de energías y de blanduras, tuvo alientos para retar al matador de su esposo, recorriendo

con mirada de loca el ruedo de gentes, y apretando los puños con varonil guapeza. Los guardias arrancaron de allí á la pobre viuda, que tenazmente pretendía continuar al lado del cuerpo yacente. Todas las mujeres del barrio lloràban á lágrima caudalosa, mientras los hombres reprimían el lloro por no parecer doncellucas tiernas. Vino el juzgado y persiguieron al agresor, al valiente, al temible *Borreguero,* autor de fechorías análogas, mal purgadas en los correccionales donde viviera muy á su gusto.

¿Pero sabeis por qué fué toda la gresca? Por una pícara palabra que se le escapó al desdichado Tano, á tiempo que ajustaba cuentas con el *Borreguero.* Este trataba de arrimar el áscua á la sardina, como se dice vulgarmente, y como puede decirse aquí con propiedad, puesto que las cuentas aquellas procedían de la venta de unas arrobas de sardinas que compra-

ra el Tano á su matador. Hubo de decir el vendedor, durante el regateo, que el comprador era muy *payo*; cuya palabreja no se entiende en su verdadera acepción por ciertas gentes, sino que, entre ellas, significa tanto como *logrero* ó *rufián*. Y le cayó tan hondo al invulnerable Borreguero aquel dictado, que se quedó dándole vueltas y más vueltas en el bombo de las obsesiones, y decidió, por último, lavar la supuesta ofensa en un lago de sangre. Buscó al Tano, previa libación de mosto alcohólico; díjole que tenía que platicar con él; se lo llevó poco más arriba, y empeñóse en convidarle á unas copas, con generosidad vestida de amenaza. El Tano conoció en los ojos del Borreguero el volcán que le ardía en el corazón; y, más prudente que cobarde, trató de evadir el compromiso y la contienda. Entonces aprovechó la ocasión el Borreguero y dijo así:

—Es verdad: el vino es pa los hombres.

—¿Y qué?...—preguntó el Tano, con alguna inquietud.

—Que tú ni eres hombre, ni ná.

Enseguida echó mano á la faja y sacó un cuchillo envainado en oxidada funda de hojalata, la cual arrojó lejos de sí con presteza. Retrocedió entonces el Tano, y, palideciéndo de ira, armóse también de un hierro, con mano segura y fuerte......

........¡Si apenas se apercibió nadie de aquello!... ¡Si fué, topar los contendientes, vacilar y caer el Tano, huir el Borreguero; todo en un brevísimo espacio de segundos.......

II

El pobrecito Rafael, el hijo del Tano, tenía cuando esto diez años y unos meses. ¡Pobre niño!... ¡Y tan juiciosito! Trabajaba en la fábrica de hila-

dos, y parecía un hombre por lo formal é industrioso. Las malas noticias corren con rapidéz extraordinaria; y hay quien revienta, según la expresión vulgar, por soltar la nueva desagradable á quien le puede hacer más daño: por ello, el pobrecito Rafael supo, enseguida, que habían matado á su padre.

En el primer momento, parecióle aquella noticia una terrible broma que le daban, sin piedad ni miramientos: sintió, entonces, como si una mano de nieve le agarrara el corazón para detener sus palpitaciones; luego, tembló convulsamente, castañeteó su dentadura, y no pudo llorar; pudo, solo, gritar como un ser falto de lágrimas, pero sobrado de energías. Paralizóse un poco el trabajo, y hubo quien trajo un jarro de agua al angelito, que salió después del establecimiento fabril y se dirijió á su casa en vertiginosa carrera. A todo esto no se sabía dón-

de andaba el criminal; agitábase la policía registrando y oliendo por cuantas guaridas hay sospechosas; pero... el infame homicida *no era habido*, según la fórmula arcáica de los auxiliares de la justicia.

La viuda se multiplicó; fué á llorar delante de su excelencia el gobernador de la provincia; vió al juez, al fiscal, y, en fin, dió tanta voltereta, que logró sembrar fama de mujer enérgica y de esposa amante. Dicen que al Borreguero lograron aprehenderle en el camino de Fuengirola, tres dias después de acaecido el hecho; yo no sé si fué allí; lo que sé es que le echaron mano y que le redujeron á prisión, y que compareció luego ante el tribunal, y que fué sentenciado como correspondía al delito y á la reincidencia. ¡Pero no cesó por esto el desconsuelo de la mujer del Tano! Por que decía la pobre: «el Borreguero es hombre joven; podrá cumplir la pena,

volverá de presidio.... ¡y yo veré de nuevo pasearse, libremente, por las calles, al hombre que me ha robado una existencia tan querida!»

Hubo, sin embargo, que conformarse; pero la mujer del Tano no dió nunca pruebas de conformidad. Era una mujer tenaz y constante, y no podía olvidar su desgracia, á pesar de que el tiempo trataba de aminorarle la pena: hablaba frecuentemente del horrendo crímen, refrescando en su memoria, y en la de Rafaelito, que la escuchaba atónito, los detalles sangrientos de la escena. Hacía patente con sus discursos la impunidad del Borreguero, demostrando que la reclusión es, para ciertos hombres, brevísimo castigo, y deduciendo que el hecho cometido por el homicida quedaba, según su entender, sin corrección adecuada.

—¡Ya no verás más á tu padre, hijo de mi alma!—decía la esposa del Ta-

no.—¡Pero, en cambio, verás constantemente al miserable que nos dejó sin él!

Esta idea cayó en lo profundo del corazón de Rafaelito, é hizo cavilar á su infantil cerebro, hasta sugerirle un terrible propósito para el porvenir.

III

El tiempo rodó mil veces su áureo carro por el mundo; creció Rafael, hasta convertirse en un hombre formal y grave; la viuda envejeció pronto, al influjo de una pena y una preocupación constantes. Cumplió el Borreguero la corrección impuesta, con beneficio de no pocos indultos, y volvió á su tierra rechoncho y nada arrepentido. Divirtió su libertad con fiestas y visitó á sus antíguos camaradas,

haciendo alardes, aún, de su perjudicial matonismo.

María, la esposa del Tano, ignoraba el temido regreso; pero Rafael lo sabía y andaba sombrío y preocupado.

Una noche volvía por el puente, con dirección á su casa; venía de hablar con una mujer hermosa, que endulzaba sus penas con un amor puro y desinteresado. En sentido opuesto caminaban tres hombres, cojidos del brazo: tres adoradores impuros de Baco; tres seres procaces y peligrosos. Aquella funesta trinidad cerró el paso á Rafael, con ademanes provocativos.

El joven atribuyó aquella broma á impertinencias de borrachos, é intentó eludir la cuestión, olvidando los insultos que profería, con más descaro que los otros, el beodo que marchaba en el centro. Pero, fijándose en la faz del hombre provocativo, y reconociéndole á la luz vacilante del farol inmediato, sintió Rafael afluir

toda la sangre á su cabeza; recordó á su padre, y, lleno de varoniles ánsias de reivindicación, clavó su cuchillo en el torax de aquel infame; y huyendo con el arma ensangrentada en la mano, se entregó, por sí mismo, á la autoridad, representada por vigorosos y rudos agentes, que ataron con crueldad su brazo vengador....

CRISTOBALILLO EL SERRANO



CRISTOBALILLO EL SERRANO

I

Ni más acá del año 32, ni más allá del 31, merodeaba por esos campos de aceitunos y alcornoques, la famosa partida de bandoleros capitaneada por el audaz, y no por ello sanguinario mozalbete que llamaban Cristobalillo el Serrano.

Érase el tal Cristobal un muchacho joven, como de veintidos años; delgado, moreno, de ojos negros y ardientes, de labios sensuales; cariredondo y vellosillo; con la barba deprimida

por un hoyo y con la nariz correcta y proporcionada. Vestía pantalón de terciopelo, abrochado con cien armillas de plata filigranada; ceñía poláinas de cuero labrado, que remataban, por arriba, en largo fleco de badanas; asomaba por su escotado chaleco de terciopelo, floreado de seda, una pechera cuajada de pliegues y cañoncillos; y, por último, cubría sus hombros, y le prestaba típico, andaluz carácter, un marsellés, cuajado de caireles, cuyas mangas estrechas cerraban, por las bocas, con ocho primorosas armillas cordobesas. Tapaba Cristobal su abundoso cabello negro, con un pañuelo, muy pintoresco, de tercianela; el cual pañuelo servía como de marco á su frente y pasaba por debajo de las orejas, yendo á ser artísticamente recojido y atado sobre la nuca.

Mirado Cristobal desde el cuello hacia arriba, parecía, con aquél to-

cado, unas veces mujer varonil, y, otras, amadamado varón; pero no bien colocaba Cristobal sobre cabeza y pañuelo su breve y característico sombrero calañés, que era negro, con ancho borde y copa de cono truncado, ya parecía lo que era en realidad de verdad: un mancebo andaluz, de la serranía; de los que, en nuestros tiempos, han sido popularizados por el cromo y por la leyenda.

Fué el *caballear*, por aquellos años del décimo nono síglo, largo resabio que nos quedó de la vida independiente de guerrilleros: acabado el acechar recóndito por entre breñas; extinguida la lucha patriótica contra el ejército de Bonaparte, tuvo necesidad el espíritu belicoso de las gentes que vivían vida montaráz en el riñón de las sierras, de encontrar momento de nuevos peligros, instantes en que ejercitar el arrojo; y, por

una de esas degeneraciones tan frecuentes en la obra humana, acabó en bandolerismo romántico, por la época en que sucede nuestro cuento, lo que, en momentos de ominosa invasión extranjera, comenzára en saludable militarismo patriótico.

Fruto de aquel ejemplo pernicioso, que atraía con sus relumbrones de leyenda y con sus cuentos de fabulosos provechos, fué la empresa de Cristobalillo el Serrano, salteador de caminos audacísimo y valiente, cuyo atrevimiento parecía impropio de su corta edad. Vagaba Cristobal por la serranía de Ronda y, en sus vertientes, en sus grutas, en sus arriscadas sendas, en todos aquellos parajes donde la naturaleza prodigó decoración abrupta y sinuosa, estableció el teatro de sus escandalosos hechos, que alguna vez merecieran el nombre de hazañas. Diez ó doce curtidos hombres de la serranía, gentes

de pelo en pecho, que aterraban con su catadura, prestaban obediencia á aquel joven apuesto y temerario, que parecía haber reasumido en su sér las arrogancias del ternejal andaluz y el espíritu aventurero que á los españoles nos es propio: y que sentíase impulsado por el afán punible de poseer cuantiosa y sonante fortuna, por industrias del saqueo y de la violencia. Esta era, en pocas palabras expuesta, la psicología de Cristobal, á quien respetaban sus secuaces, amparaban los venteros, temían los caminantes y deseaban las hembras que, en románticos sueños, soñaban con una criatura escepcional, con un varón gallardo y valiente.

Cristobal hízose *caballista*, como se decía en aquella época y como debiera recojer la Academia, para aumentar el léxico, por evidente culpa de dos vejetes rondeños que se oponían á los amores del muchacho con una

gentil sobrina de aquellos, que eran tutores y curadores *ad bonam* de la chica. Tal vez parezca la noticia de esta oposición tutelar, un tópico de cuento á la antígua usanza; pero que ello es cierto, pregónanlo los amojamados coetáneos de Cristobal, de cuyos labios he oído la narración, que estampo en estas páginas «para memoria de lo futuro»

Era frecuente, en otras edades, ver salir despechados, en busca de posición y aventuras, á aquellos amantes sin fortuna ni mayorazgo que merecían, por el grave pecado de su pobreza, una ruda batalla de parte de la familia de la doncella enamorada. El desdén de los parientes espoleaba á los amantes y llevábales á la fuga, á la desesperación, al suicidio. Unas veces, partía la amada en grupas del corcel de su galán; otras, enfermaban de melancolía los amantes; y, otras, acababan con las desdichas inhuma-

nas de su corazon, poniendo punto final en su propia vida, á favor de los tósigos más *acreditados* y eficaces.

Pero también, á las veces, partíase el amador á la guerra, si la había, ó á Indias (que era la Meca de nuestros perdidos) jurando, ante todo, volver con auge y nombre que ofrecer á la tierna doncella, ó perecer en la empresa y la demanda, si le era adversa la fortuna.

Cristobalillo, así que se vió separado de su adorada Teresa, á quien zambulleron en un convento de recoletas; cuando entendió la dificultad de vencer la pertinaz oposición de los tutores de su amada, desesperóse y partió; pero no á la guerra, por que no la había; ni allende el mar, por que pensó, con buen acuerdo, que él no servía para intendencias ni comercios; sino á la sierra, á los caminos, á *caballear,* á ser capitán de una partida de hombres bravos que

le ayudasen á tomar la hacienda del prójimo, como tantos otros la habían tomado, haciéndose célebres de pasada y cargándose de méritos con que recomendarse á la historia.

Hacían, entonces, las consejas de bandidos en los cerebros exaltados y en el espíritu aventurero del pueblo andaluz, el mismo estrago que los libros de caballerías operaran, tiempo atrás, en la índole hidalga de los caballeros castellanos, cuya psicología pintó, con inmortales pinceladas, un español hijo del siglo XVI: el más grande de los ingenios de Europa. Entonces, es decir, en el primer tercio de la última centuria, era villanía, que las gentes repugnaban, el hurto doméstico, el robo vulgar dentro del recinto de las capitales; pero, por contra, era indisculpable hazaña, cuyo relato entretenía la velada de invierno, el saltear caminos, siempre que á la arrogancia del bandi-

do, con respecto á los hombres asaltados, acompañasen la generosidad y ceremonia con las damas sorprendidas; y siempre, también, que el capitán «robara á los ricos y socorriera, de paso, á los pobres». Tales eran las reglas susbtanciales que constituían el estatuto del bandidaje, convertido en milicia y fortalecido por la protección de las gentes serranas, que curaban de ser, antes amigos de los salteadores, que coadyuvantes de las compañías de escopeteros, sus perseguidores legales.

Y era tan frecuente, entonces, el asalto de cualquier convoy de viajeros, que las gentes entraban en los vehículos, diciendo lo que el famoso francés de que habla nuestro inmortal *Fígaro*, en su célebre artículo intitulado *La diligencia*: «¿tendremos ladrones?»

* * *

Luego que Cristobalillo se echó al campo, sentó plaza de hombre de provecho; pues no dejó caravana, ni diligencia, ni silla de postas á que él no metiese mano; y es fama que hubo de extralimitarse no poco y que sembró el terror hasta el punto de hacer que se retrajeran las gentes y que suspendiesen sus viajes por la serranía, en previsión de un encuentro con la partida del *Serrano.*

Tal relieve adquirió la persona del novel caballista, que el gobierno de Madrid no se paró en pelillos y mandó pregonar la cabeza de aquél, encargando al jefe político de Málaga que redoblara la persecucion de tan *temible foragido,* con lo cual vióse obligado Cristobal á disolver su compa-

ñía y á estrañarse á Portugal, hábilmente disfrazado de ropas y de nombre.

No bien desapareció del campo la partida de Cristobal, renació la confianza entre los viajeros; con lo que volvieron á rodar por los tortuosos caminos reales las cargadas diligencias, y á recorrer las récuas los senderos que, entre maleza y peñascos, se abrían á la comunicación sobre faldas de montes y laderas de arroyos que despeñaban sus caudales. La vida normal resucitaba en aquellos contornos y la serranía tomaba, otra vez, su bello aspecto de animación, como sér que, después de letargo prolongado, se pone en actividad y canta y rie con el regocijo del vivir.

II

Era la noche fría y tempestuosa: los relámpagos que, separados por breves intervalos relucían, aterraban con su claridad de infierno y anunciaban, con la intensidad de sus fulgores, el rotundo estrépito de la tormenta. Los truenos fingían, á veces, una terrible escala cromática ascendente, que produjeran martillos formidables sobre roncas, gigantes cuerdas tensionadas en el espacio; y, otras, semejaban la caida de un haz de tablones inconmensurables que rebotaran desde el cielo al abismo. El aire mujía como béstia feróz encadenada; la lluvia deshacíase en gruesas perlas de nieve que se desgranaban sobre los cristales, como amenazando á su fragilidad, y como retando á

los mortales que se guarecían de la tempestad pavorosa dentro de los cálidos hogares. Despeñábanse los rios con doble caudal de agua; envolvíase la sierra en tupidos velos negrísimos, rasgados solo por el instantáneo fulgurar siniestro de la electricidad acumulada en el vacío, y la noche inspiraba pavor con las terribles escenas de su drama tempestuoso y emocionante.

La venta de la *Parra* (llamada así por la que sombreaba su entrada principal) estaba cerrada á piedra y lodo: el portón que daba acceso á las dependencias habitables y al tinado trasero, tenía echada la loba por el interior. La puerta del corral y las hojas de las ventanas no presentaban ni un resquicio; la vivienda parecía vestida de todas armas en defensa de aquel ataque temible de la enojada naturaleza; mas ninguno de aquellos detalles hubiese aparecido al al-

cance de otras miradas que no fuesen las nuestras, toda vez que las negruras de la noche lo pintaban todo de sombras y refundían en la suya todas las tonalidades.

Filtrando nosotros nuestra vista por el espesor de los muros, que conmovían los irritados vendabales, hubiésemos podido apreciar la decoración interior de la venta, sumamente iluminada por los rojizos fulgores de la leña, que se retorcía entre llamas bajo la ámplia campana del hogar. Un portalón extenso y cuadrilongo, que se hallaba como primera crujía de la vivienda, veíase ocupado por toscas sillas y taburetes de pino, y por varias mesas de las que se utilizan para el juego de dómino. En el ángulo de la izquierda, como se entra, aparecía el fogón ya descrito; sobre el cual abríase con sus líneas de pirámide sin vértices la chimenea, que parecía avara del humo blanco y ascendente.

En el extremo opuesto, ó, lo que es lo mismo, á la derecha de la estancia, figuraban un mostradorcillo pintarrajeado de verde; y, detrás del mismo, y adosada á la pared, una pobre anaquelería cuyos huecos se hallaban totalmente llenos de botellas panzonas las unas, estrechas las otras, y, casi todas, llenas de líquidos que parecían, pero que estaban lejos de ser, aguardientes de Faraján y de Yunquera y vinos de Montilla y de Sanlucar.

De algunos soportes de palo, embutidos en la tosca pared, pendían allá y acullá ronzales, colleras y jáquimas; y sobre un borriquete de pino, que ocupaba cierto ángulo de la habitación, destacábase una silla de montar, deteriorada y pobre.

Esta pieza hacía, pues, oficios de cocina, sala de descanso, guadarnés y taberna. Allí cambiaba el tiro la diligencia de Ronda, tres veces por se-

mana, y allí aguardaban los viajeros y tomaban cualquier cosa de comer beber ó *arder*; por que el alcohol que servía en su venta el tio Zafra, ponía á las gentes echando chispas.

La noche en que me ocupo no había diligencia: hasta el siguiente dia no se aguardaba el coche de viajeros, y, dada la mala cara del tiempo, habían decidido el tio Zafra y su preciosa hija Remedios, cerrar el establecimiento y ponerse junto á la lumbre, cargados ambos de manta y pañolón, respectivamente.

Remedios y el tio Zafra, ella con su mantón de alfombra y su pañolico á la cabeza y él con su capote de monte, su pañuelo anudado en la cervíz y su gorra bordeada de pelo, ocupaban dos sillas de eneas delante del fuego, que atizaba cachazudamente el marrullero Zafra, al par que procuraba calentar las manos yertas y reanimar con chupadas, ruidosas como

besos, el cigarro que humeaba entre sus lábios.

Si yo tuviese habilidad para hacer bocetos, pintaría con una *mancha* estas dos figuras antitéticas: Zafra era de cincuenta y tres años; de piel curtida, de ojos chiquitines, de cejas espesísimas y grises, como las patillas que delante de las grandes orejas se extendían frondosas, aunque anchas por abajo y estrechas por su nacimiento. Tenía la boca sumida, por falta de dientes, y hablaba con parsimonia, silbando un poco las escasas y desfiguradas eses que intercalaba en su lenguaje. Remedios era lo que llamamos aquí (en Andalucía) una mujer *de ole:* con ojos negros y rasgados, cara de color trigueño, nariz cortilla, pero no deforme; boca pequeña de lábios delgados, en uno de los cuales (en el superior, por más señas) mostraba un lunar, de relieve, muy cercano á la carmínea aber-

tura que era marco de dientes blanquísimos y pequeños. Dos grandes mechones de pelo negro, rizados naturalmente, salían por los bordes del pañuelo que abrigaba su cabeza; y dos manos morenas y redondas, con dedos gruesos por su primera falange y afilados por sus yemas, surgían bajo la pesadumbre del pañolón, con que el soberano busto defendíase de la temperatura glacial de aquella noche.

—¿Qué te paece la tormentiya?—preguntó el tio Zafra á la serrana gentil.

—¡Uy, Dios mío! ¡Qué jartasón de invierno!

—¡Y que el agua no trae malicia!... Arrepara tú en lo que gorpea en er patio. ¡Estará *Pichilín* goteando!

—¡Aa!—exclamó Remedios, mostrándo, rápidamente, la más preciosa lengua que ha salido de boca femenina. Y añadió:—¡Como que no estará él metío en su casilla!....

—Pero el animalito....

—¡Que se muera!

—No, muchacha, no seas churri pa la querencia de los tuyos, mujé. Lo mejón sería traérmolo aquí pa que se calentara; ¡digo! si no ha *merao* ya; porque no gruñe.

—Como esta noche no entre debajo é techao er *Pichilín*, vasté á pasarla en vela, padre.

—¿Y qué vamo á jacé, mozuela?

—Pos métalosté, si le da gana.

—Eso que sí, ¡probetiyo!

Levantóse de su asiento el tio Zafra y se dirijió á la puerta que daba acceso al patio. Descorrió el cerrojo, que chirriaba con lamentos de falta de aceite, y, entreabriendo, las hojas, silbó de manera particular. A este tiempo brilló un relámpago en el espacio y Remedios tapóse el rostro con las manos, exclamando:

—¡Josú!...

El perro, *Pichilín*, temblando de

frio y sacudiendo el agua que le había caído encima, penetró en la estancia: el tio Zafra cerró la puerta del patio, y detonó, entonces, el más formidable y pavoroso de los truenos.

—¡Santa Bárbara!...—murmuró la joven.

—¡¡Carambo!!—dijo Zafra.

Y el perro, como no sabía decir nada, huyó con el rabo entre piernas hacia un rincón inmediato al hogar, y allí mismo hizo la rosca, metiéndo el hocico por entre las patas y cerrando los ojos.

*
* *

La energía del tiempo fué enervándose, gradualmente, desde aquella hora: la tormenta alejóse y la lluvia torrencial decreció un tanto. El viento, no obstante, continuó silbando por

entre las asperezas de la serranía, como génio incansable en sus furores.

Media hora iba pasada, desde el horrible trueno, que coincidió con la entrada de *Pichilín*, cuando, adormilado Zafra y pensativa Remedios, escuchóse un golpe producido en la puerta. Padre é hija irguieron la cabeza: *Pichilín* levantóse súbitamente y comenzó á ladrar.

—¿Quién anda ahí?—preguntó, con voz soñolienta, el ventero.

Nadie respondió. El can siguió ladrando, y, ya cerca de la puerta, comenzó á olfatear por las rendijas. Zafra llamó al perro y le intimó al silencio, con un puntapié que obligó al animal á apartarse hacia el mostrador de la taberna, gruñendo protestas incomprensibles.

—Soy yo, Tobalo, abrid;—dijo, precipitadamente desde fuera, una voz varonil, de timbre simpático y enérgico.

—¿Tobalillo?...—interrogó, lleno de asombro, el vejete.

—¡Él!...—exclamó Remedios, avanzando decididamente hacia la puerta y despojándose del pañuelo de la cabeza, para aparecer, sin duda, más bella ante el inesperado personaje. Levantó el garflo que sujetaba la aldaba; dejó caer ésta á todo su largo, y, de seguida, penetró en la venta Cristobal, á quien ya conocemos nosotros.

—¡María Zantízima!...—dijo el tio Zafra, mostrando una viva satisfacción, y estrechando en sus brazos á Cristobal.

—¡Tobalillo!...—exclamó Remedios, sonriendo afablemente, mientras cerraba la puerta. Y cuando terminó esta operación, se acercó al simpático muchacho y le tendió la mano.

—¡Remedios, mujé:—dijo Cristobal, recreándose en la preciosa chica. Y agregó:—En tó este tiempo se ha

vuelto rosa er capullo. ¡Várgame Dió!...

Diciendo estas palabras, desembarazóse Cristobal del pesado capote de montaña que, como ámplia dalmática, cubría sus hombros. El capote chorreaba agua; y el traje corto, ó sea la chaquetilla, el pantalón, el chaleco, la faja, los botines, la canana; todo ello estaba empapado, como si Cristobal hubiese tenido que atravesar á nado por un rio.

—¡Dios mio, cómo vienes, hijo de mi arma!—dijo Remedios, cruzando las manos.—Sa menesté que te quites la ropa, y que se seque junto á la candela.

—Ezo;—ratificó Zafra.—Y si quiés, te pones tan y mientras unos zajones y te lia jen mi manta; por que si nó, te vá á entrá er zarape, niño.

—Dejarlo;—contestó Cristobal, haciendo un movimiento de indiferencia con los hombros.—Manque me

muera ¿qué? tar dia hizo un año.

—¿Y por qué te has de morir tú,—preguntó Remedios,—si tienes por delante una vía má jermosa que la lú?...

—Yo nasí empecatao...., y ná me ha de salir derecho; yo no tengo más que yeles y negruras; perseguío, pregonao, sin cielo, sin vía, sin ná....

Los tres personajes, que habían tomado asiento cerca de la lumbre, observaron, después de estas palabras, un momento de mutismo; pero, á poco, repitió Zafra, agitando la cabeza pausadamente hacia delante:

—¡Pregonao!....

Y Remedios, con voz triste, dijo también:

—¡Perseguío!...

Pichilín juzgó oportuno tomar parte en la escena, y se aproximó á Tobalo, á quien olfateó: luego se incorporó de un salto y colocó las manos sobre el joven proscripto.

Entonces el ventero dió un manota-

zo al can, haciéndole apartarse de allí, y dijo estas palabras:

—Tobalo: naide se hubiera figurao, hijo de mi arma, que tú vinieras de repente á meterte en la mesma boca der lobo. Mia, chavó; la cosa está que arde: el *Zurdillo* y el *Penene* siguen con sus cuadrillas, pero no jacen ni un negosio, por mor de los miqueletes. ¡Hay por aquí un sargento!... ¡Mar toro lo remonte!... Es un león, es un lobo, e ... un trabucaso que le peguen. Tú estas pregonao y dan por tu cabeza diez mir riales de veyón; con que ¡Jesú!.. no quiero pensá zi te pescaran. Zaben que estás en Portugá, pero asperan que vengas por aquí arguna ve, porque no orvían tu atrevimiento y tu zentraña, que son castiza. ¡Pero, Tobalo; es un mal compromiso que tú venga por la sierra á pasearte cuando tó esto está encendío de tropa de montaña! ¿Por qué no te has esperao por ayí con los luso?...

—¡Cuando él ha roto el destierro!... —añadió Remedios.

—Tú dices bien;—apresuróse á contestar Cristobalillo.—¡Cuando yo he venío!.. ¡Ay!—continuó, lanzando un suspiro que más parecía sorda y original amenaza.—Ya tú sabes, y tú también, que á Teresa la metieron con las monja esos charranes de sus tutore; que lo que quieren es perderla y aburrirla.

Al oir el nombre de la mujer amada por Cristobal, conmovóise visiblemente Remedios. Y el *Serrano* prosiguió de este modo: «Yo huí á Portugá, más bien por que cesaran los tormento de la inocente, que por la amenaza del gobierno contra mi partia: el peligro me importa una papa; y pa asustarme á mí se ha menesté una cosa mu grande der cielo; por que las der cochino mundo me paecen esto: una salivilla. (Y escupió con cierto donaire.) Pero Teresa, que me quiere

más que á sus ojos azules; que no vive sin mí, buscó la manera de que fueran y vinieran cartas de Portugá á Ronda; y yo he sabío de ella y ella de mí, burlando á medio mundo; que er gorrión está viendo la escopeta y come en el sembrao y se escapa por aquí y por allá: custión de pesqui. Pos... iba diciendo que ella me lo contaba á mí tó, y que yó se lo decía tó á *mi Teresa*; (Remedios hubiera querido confundir, con el pensamiento, á Teresa y á Tobalo.) Bueno: pues va y me entera de que sus tios han apañao el matrimonio con un primo suyo de Granada, con un hombre á quien ni ella ni sus tios conocen, pero que tiene algunos parneses y una madre paralítica, con quien se trata de sepultar á mi novia. ¡Por vía er cielo!...

—¡Qué te parese!...—exclamó Zafra, dirijiéndose á su hija.

—Qué me ha de paresé: que casamiento y mortaja der cielo baja; y

que argo se habrá prestao la niña cuando la ofrecen.

Volvió el cuerpo, Cristobal, hacia Remedios y le respondió, mal conteniendo su enojo:

—¡Oye, oye!... ¡Pues dí tú que sabes las cosas de este mundo perro! Quien se presta es er tio ¿sabes tú? que eya no quiere más que á este desgrasiao que se ha de morir de rábia.

—Mala muerte é jesa, gachó.

—Peor es la vía.

—Lo que es peó—terció el ventero—es meté la pata cuando se está platicando de coza que conviene sabé y que las cuenta una presona como Tobalo. Con que: sigue pa que mos enteremos de la hechoría der tutó y de la tutora, y aquí me tiés á mí, que, viejo y tó, soy capá de dí á Ronda y traerte á la educanda en cuesta.

—No es menesté: voy yo por ella.

—¿Tú?...

—¡Caramba, dijo el obispo tirando er

monete!—Y con estas graciosas palabras, arrojó Zafra su gorra al suelo.

—Sí, á traérmela, á quitarla de aquellos padecere y á que sea mía hasta la fin der mundo;—añadió Tobalo, con simpático arranque.

—Antes no quiso; habló Remedios, con tono reticente.

—Es la pura;—contestó Cristobal, sonriendo benévolamente; por que no ignoraba la interior desesperación de la ventera. Y dijo luego:—No quiso entonces, por que se resestía á lo que no era bien visto ni decente: soñaba con ser mía por er caminito derecho; pero ahora, cuando teme el sacrificio, llama á quien la salve..., y ese é jer cuento.

—Te vás á comprometé de lo lindo; dijo Remedios.

—Y que la hazaña no tiene aguante: figúrate que pasao mañana es er dia del casorio y que yo debo de llegar á Ronda mañana mismo.

—Pos anda, hijo, y que el Señó de la Caña te libre;—respondió Remedios, ocultando su contrariedad.

Después de este diálogo, acordaron nuestros personajes retirarse á dormir, razonando el tio Zafra la conveniencia de esta decisión, puesto que, con ella, se lograría que Cristobal dejara secar sus vestidos; Remedios podría despertarse de mañana, ya que irían por ella para transportarla en jamugas á Setenil y él se prepararía á las fatigas de la labor diaria, harto de descanso.

—¿Se va la niña?...—interrogó Cristobal.

—Sí, hombre: he tenío que avizarle á mi hermana pa que la quite de esta perdición.

—¿Qué perdición?

—Pos... el zargento de tropa, Pailla; que es más enamorao que guiñapo y donde ve una moza no la píe: la toma.

—Se le dá un jachazo;—dijo el *Serrano*,

—Ó una puñalá;—añadió Remedios, contrayendo el semblante.

—¿Pero te ha dicho argo ese verdugo?—preguntó Cristobal á la joven.

—¡Si no me ha visto!

—Jace ocho dias que anda por estos andurriales y corre que vuela por ver á Remediyo; pero yo lo he orfateao las dos veces que me ha jecho visita, y rim-ram: le he corrío er cerrojo á la paloma.

—Eso; me ha tenío presa. ¡Como si yo!... Yo sería de quien quisiera;—habló Remedios, provocando con los ojos á Cristobal,—pero de ese mal nacío que tiene cara de sayón, (si no me engañó la raja de puerta por donde lo vide) ¡anque me hiciera tira ji cacho! ¡Habrá tio asqueroso!...

—No le jace;—repuso Cristobal.—Tu padre obra bien con quitarte de aquí: no hay ladrón donde farta que robar.

—La esperencia es mare de toita

la cencia;—agregó sentenciosamente el ventero.

—Lo mesmito me da á mi p'atrás que p'alante;—añadió Remedios. Y luego se fué á su cuarto, cuya puerta estaba próxima á la chimenea; y Zafra y Tobalo extendieron un jergón en el suelo y se acostaron; lo cual no expresa que los tres durmiesen; pues Remedios pasó la noche entre celos y resquemores, y, Cristobal, entre zozobras y recuerdos.

Zafra roncaba, á poco, de un modo aterrador.

¡Ah! El perro dormía también..., pero no roncaba.

III

Era muy de mañana, cuando *el Serrano* dejó el lecho y se acomodó sus ropas, ya secas. Continuó el tio Zafra duerme que duerme, pero Remedios,

cuyo insomnio se había prolongado durante la noche entera, juzgó prudente abandonar la alcoba, después de cubrir su cuerpo gentil con prendas de abrigo, de peinar sus cabellos con verdadera gracia y de poner en su rostro los sencillos afeites que lo avaloraban.

No se veía ni jota, porque el sol aparecía mucho más tarde; así pues, no dejó de sacar Remedios el candil encendido. Cristobal la vió llegar toda bañada en reflejos anaranjados; surgía magnífica, deslumbradora: sus ojos brillaban como estrellas; sus dientes, como la nieve de los picachos cuando el sol lanza sobre ellos su mirada explendorosa. Sonrió la hija de Zafra de manera significativa, y dijo, á media voz, cuando se percató de que aún dormía su padre:

—Buenos dias, Tobalo.

—Dios te lo dé buenos, mujé.

—Toavía está mi padre en el otro

mundo. Le pasa con el sueño lo mismo que con la borrachera. ¡Como lo piye!...

Remedios llegó al ángulo de la estancia donde se hallaba el mostrador; colgó el candil de una alcayata que sobresalía en el muro fronterizo; luego extrajo una botella del seno del mostrador; colocó junto á ella dos copitas labradas y toscas y habló de esta suerte:

—Oye, Tobalo: vamo ja tomá la mañana con *este*, que es de Cuevas.

—¿Aguardiente?

—Canela fina.

—¿Y eso de arriba, qué es?—preguntó sonriente Cristobal, señalando á los licores que se mostraban en los vidrios de la anaquelería.

—Eso es... veneno puro: esto, gloria; —respondió Remedios.

—Pos vamos allá, niña.

La heredera de Zafra llenó las dos copas y el *Serrano* levantó la suya y dijo:

—¡Vaya por tu salú y la mia; y que mar tiro le peguen á quien te quiera malamente!

Bebieron Cristobal y Remedios, y ésta arguyó lo que sigue á continuación:

—Me paece á mí, que solo una personiya me quiere mal en el mundo.

—¿Quién es?...

—Una.

—Su nombre.

—Cristobal.

—¡Yo!... ¡No te has levantao tú con mucha guasita, serrana!

—Pregúntale á tu concencia.

—Ya le pregunto.

—¿Y qué te dice?...

—No dice «esta boca es mia».

—Eso será otra cosa.

—¿Er qué?

—Que no tendrás concencia.

Sonrió Cristobal, é inclinó la cabeza hacia el hombro derecho, poniendo los labios, un instante, en forma de

hocico. Quería decir con estos movimientos, lo siguiente: «puede que yo no tenga concencia»; «¡quién sabe!»

Entretanto volvió á llenar Remedios las copas y dijo, poniéndo una de ellas en manos de Tobalillo:

—Vaya esa *por Teresita.*

—¡Y que la apuraré con remuchísimo gusto!—respondió Cristobal, mientras relampagueaban los ojos de la ventera.

—Pa lo que farta, besa el pié de la copilla.

—Echa más jarabe y verás.

Remedios volvió á llenar la copa de Tobalo y éste la apuró con deleite, besando luego el dorso de la circunferencia cristalina, que se ensanchaba en el extremo inferior del sencillo continente.

—Has besao la copa—dijo con ronco acento Remedios—con la figuración de que besabas á esa mujer que te espera.

—Verdá: cerré los ojos y la vide en lo oscuro.

—Pues tó eso es una infamia más grande que negar á la *Vigen.*

—¿Infamia?

—Sí; acuérdate, Tobalo; ya que no te diga palabras tu concencia, pregúntale á tu memoria. ¿Qué me dijiste á mí, charrán, una noche clara y fresca y suave, como no he vuelto á ver ninguna, por que aquella locura fué cosa de una vez? ¿Qué me juraste?

—¡Psch!....—respondió Tobalo, subiendo los hombros.

—No; recuérdalo, hombre, recuérdalo;—agregó Remedios, animada por el impulso del alcohol, que, poco á poco, se le subía á lo alto.—Fué aquella noche en que te perseguían y en que mi padre te amparó, por que sabía lo que á mí me halagaba tu arrimo. Yo te quería...., como te quiero; y te lo dije, por que la mujer debe de tener los mismos derechos que el hom-

bre cuando se enamora; pero tú, que aquella noche te atortolaste á mi vera, por que no aguardabas mi arresto, me dijiste..., lo que olvidabas á poco: «que también sentías por mí un apego grande, y un afán parecío á la sed y al hambre y al ánsia de aire cuando se pasa por el fuego.» ¿Te acuerdas?

—Aquello fué una locura, chiquilla; aquello fué... cosa del momento. Pero ni tú has nacío para mí ni yo para tí he nacío, mujé. Hay cosas en tu cuerpo, sonrisas en tu boca, relámpagos en tus ojos que tiran de mí algunas veces; pero... no quiero engañarte, Remedios: mi alma, mi corazón, mi via, son de aquella pobre que sufre, que sufre por mí; de aquella que me quitan, que me esconden, que me roban.

—Eso, eso es lo que te cautiva y te llama: lo defici, lo aventurao, lo imposible: hasta que venzas, estás tú

metío en una confusión mu grande y no tienes ni pensamiento ni entrañas má que pa aquello que está alto y que no has podío alcanzar.

—Será eso que tú dices: pero ello es lo cierto que Teresa ha de ser mía y yo he de ser suyo, por encima de tutores y vigilantes y conventos y demonios. Por estas. (Y Cristobal puso dos dedos en cruz y besólos.)

Ante la decisiva respuesta de Cristobal, sintió Remedios como si le restregaran un trozo de hielo por el corazón: se conmovió con una original sensación de frío y púsose extremadamente pálida. Pero su espíritu padeció, en aquel instante, gravísimo despecho y lo que empezó en escalofrío acabó en ira; por lo cual, con voz reconcentrada, y dando un fuerte golpe sobre el tablero del mostrador con la botella que empuñaba, dijo así Remedios:

—¡Pos maldita sea la hora en que

te conocí y maldita la mujer que me roba lo mío y maldito el corazón que tiene hiel para una y jalea para otra! Que tengas mal fin; y que permita la Madre del Cordero divino, que te rajen como á un paño y que te devoren los cuervos en esos tajos: ¡ladrón!

Esta última palabra, dicha con entonación fuerte y acompañada de un golpe de botella, que hizo romperse el cristal en briznas innumerables, despertó al tio Zafra y dejó estupefacto á Cristobal.

Remedios huyó hacia el interior del cuarto; y el ventero, después de bostezar ruidosamente y de estirar sus miembros, dijo:

—¿Zigue la tormenta?

—¡Qué ha de seguir!—contestó el *Serrano*, reponiéndose prontamente de la insignificante turbación que había soportado su espíritu.

—¿Es trempano?

—La claridad se mete ya por las rendijas.

—Abriremos. Apaga tú, Cristobal.

El ventero se dirijió á la puerta y la abrió. Tobalo dió un soplo al candil, de cuya pavesa brotó una espiral de humo que se retorció en el aire. Las hojas, abiertas de par en par, pusieron de manifiesto una mañana expléndida: la calma había sucedido á la tempestad allí fuera; pero dentro de la casa brillaba el rayo y se desencadenaba la peor de las tempestades. El frio, no obstante, era intenso; por lo que Zafra y Cristobal salieron fuera bien reliados. Vió entonces el ventero, con dolor, que la parra que se alzaba delante de la puerta había sufrido no poco quebranto con el vendabal, y que si bien no había podido arrastrar el viento muchas hojas, porque en aquella estación no las había, era lo cierto que los troncos de vid y el armazón de madera, por donde trepaban estos, aparecían muy desvencijados y maltrechos. Ambos ami-

gos, Zafra y Tobalo, acudieron de seguida á reponer la parra torcida, clavándole clavos, enderezando los postes y colgando de nuevo los sarmientos caidos; y hallándose en esta operación vióse ascender por la cuesta á un hombre que montaba sobre un borriquillo y que llevaba en la mano el ronzal de un mulo sin ginete, que detras caminaba.

—Tobalo;—dijo el ventero.—Métete adrento y no juegues; que por aquí eres conocío y tan y mientras te endirgas á Ronda no hay pa qué te vean y se arme la de Dió jes Cristo.

—Muy bien pensao: pero no hay que tener tanto susto; que si no es en esta barqueta, será en la que se fleta.

—Calla, hombre; Dios dice: «guárdate, que yo te guardaré» Pero... ¡ó yo estoy rematao der pesqui ó ese que llega es Bastián! Sí, hombre sí; no te escuenda; que ese que llega es

mi sobrino, el hijo de mi hermana, que viene por Remedios pa llevársela á Setení, antes de que la endique Pailla.

—¡Ah! ¡Se va Remedios!...—exclamó Cristobal, experimentando relativa satisfacción con la idea de aquel viaje, de que tenía noticias, pero que había olvidado.

Poco después llegó Bastián, que era un muchachote fornido y de cara que enrojecieron el sol y los aires. Tenía rubio el pelo y clarísimas las pupilas. Vestía con pantalón de paño burdo, abierto desde la rodilla hasta el borde, que no tendría más longitud que unos catorce centímetros, desde la rótula. Calzaba borceguíes de cuero, toscamente herrados por la suela, y cubría su atlético torso una gruesa chaqueta de lana con coderas en las mangas y adornos en la espalda, recortados en paño negro. A la cabeza llevaba un pañuelo de los de *tomate y*

huevo, anudado atrás, y sobre él un sombrero de copa cónica sin punta, pero de alas anchas, forradas por debajo con pana, que adornaba también el ruedo del borde.

El mulo que Bastián conducía del diestro, iba preparado con unas buenas y blandas jamugas, cuyo espaldar era de madera y aparecía ligeramente inclinado hacia atrás formando un catrecillo con los brazos, que, por contra, se inclinaban hacia el lado opuesto. Una bien henchida almohada, con su forro blanco, constituía el asiento que soportaba el lomo de la caballería.

Cuando cesaron los sencillos y campestres cumplimientos entre Bastián, Zafra y Tobalo, apareció Remedios, quien pareció haber sido llamada con campanillas. Y lo extraño era que Remedios venía ya preparada para la marcha, pues conducía un lío de ropa, traía puesto el récio mantón y

atado el vistoso pañuelo de cabeza, que oficiaba de marco de una faz preciosa, cuyos ojos brillaban como el sol después de la lluvia; porque de lágrimas era evidente que la hubo en aquellos ojos.

—¡Jinojiya!..—exclamó Zafra, viendo á su hija tan peripuesta.—¿Tan pronto te va ja di? ¡Pos no tenía tú ganas de najarte! Entonces ¿por qué decías, ayer mesmito, que no te gustaba largarte de mi vera y que si jué y que si vino?...

—Lo que se ha de hacer luego, ahora;—contestó Remedios, tratando de disimular su enojo.

—Está bien; aspérate á que Bastián tome un bocao.

—¡Qué bocao ni qué calabaza!...—respondió el sobrino.—Asinica mesmo como traigo el estógamo me lo yevo pa Setení: no quieo ni agua.

—Pues... ¡largo!—dijo Remedios, acercándose á su padre para acari-

ciarle. Luego abandonó la mano fría, en correspondencia á la que tendíale el *Serrano*, quien se la estrechó diciéndole:

—Que llegues bien, niña.

—Gracias; — respondió secamente Remedios. Y se dirijió al muleto de las jamugas, delante del cual se había arrodillado, como si fuera á hacer oración, el fornido Bastián.

Pero es claro que el sobrino de Zafra no iba á rezar postrado delante de un cuadrúpedo; y que si abatió de hinojos su cuerpo fué solamente por ofrecer, con su rodilla derecha, un escalón á la graciosa Remedios su prima. Ésta, efectivamente, posó el pié izquierdo en el humano peldaño, se asió de las correas que sujetaban la silla, y, con donaire nunca visto, ocupó las jamugas y arregló su falda, que le descubría por un lado la torneada pierna, calzada con media blanquísima y zapato que sujetaba negra cinta al tobillo.

Cristobal, cruzado de brazos, algo cabizbajo y puesto sobre el escalón de la puerta, presenciaba todo esto; y el tio Zafra, con los ojos húmedos, hacía recomendaciones á su hija y á su conductor, cuando las caballerías, á una voz de Bastián, arrancaron de allí pau adamente.

El tio Zafra no abandonó la antepuerta hasta que, en un recodo del camino, se ocultaron los viajeros. Entonces entró en la venta, murmurando:

—Asina: «si quiés tener paloma, líbrala der gavilán».

IV

No mucho tiempo necesitó el dueño de la venta de la Parra para poner en seco sus ojos y en quietud su espíritu. Bastó una buena copa del de Cuevas, un impulso de su podero-

sa voluntad y un restregón sobre los párpados, para que se consumara tal obra de normalidad. Y así que estuvo Zafra en disposición de ocuparse en negocios agenos, dijo á su huesped:

—Oye, Tobalo: pa lograr tó lo que tú traes metío en er chirumen, dende la tierra de los luso, sa menesté más pruencia que er gayo. Es decí: que lo primerito que debes de jacé es arrancarte el traje corto y ponerte una ropa de campesino de la sierra; por que, chiquiyo; con eso jalamare ji armiya, va tú pregonando el rumbo de Cristoba el Serrano y entregando er pasaporte á los escopeteros que andan que beben los vientos por atrapá á un cabayista.

—Esa es la fija;—respondió Cristobal-—Y ya se me había á mí puesto la mesma idea en lo alto de la frente; pero hay cosas que necesita uno pa hacerlas, oirlas de otro; conque: pa luego es tarde.

Respondiendo de esta suerte, empezó Tobalo á apartar de su cuerpo el marsellés y los calzones, el ceñidor y la canana, las poláinas y el chaleco floreado; y Zafra le hizo penetrar en una de las habitaciones interiores, donde colgó las típicas prendas y facilitóle otras de su uso, más modestas y apropósito; con las que Tobalillo transformóse de medio á medio, no pareciéndo ya lo que en un principio.

Y como empezara el tragín del dia; ora entrando arrieros á apurar una copa, cosarios á dar pienso á sus caballerías, y traginantes á disfrutar un cuarto de hora de respiro, para continuar luego su marcha, aconsejó el ventero á Cristobal que se acostase en el pajar, hasta que llegara la diligencia real, donde podría trasladarse á Ronda, disfrazado, como estaba; escapando así del peligro de ser capturado por el sargento Padilla, que te-

nía la peor sangre y la más mala intención del mundo.

Estos hechos, y otros que se dirán oportunamente, acaecían en la venta, en tanto que Remedios, conducida en muleto y jamugas, se daba al diablo por los caminos, cavilando en los desdenes de Tobalo y aumentándoseles, por ello, el despecho y el afán de revancha. Iba callada, pensativa; de vez en cuando enrojecíasele el rostro, ó escapaba de la red de sus pestañas una gota de llanto, que escaldaba la mejilla: también suspiraba, á veces, como si experimentara nostalgias indefinibles.

Bastián, que profesaba vergonzante, solapado culto á su prima, íbala estudiando y no se atrevía á romper el mutismo de la gallarda ventera; mas cuando, al cabo de una hora de camino, dirijió la palabra á Remedios, solo recibió una respuesta inconsciente y fría.

Habríase explicado aquél *estado de alma*, como ahora se dice, quien supiera el arraigo que había logrado en el pensamiento de Remedios la idea de poseer á Cristóbal: aquél culto tenía tradición; aquella ilusión había tomado cuerpo á medida que la fama propagara, revistiéndolas con ropajes legendarios, las arrogancias de Cristobal. Por otra parte, la ausencia del hombre amado y su caida en desgracia no fueron suficientes á amortiguar el culto que Remedios consagrara al simpático aventurero: más bien le hicieron crecer; y en cuanto á la existencia de una rival, solo había servido para arrastrar más el alma de Remedios al amor intenso, por el camino de los celos punzantes.

Sin saber por qué; por una de esas esperanzas inexplicables, del optimismo, habíase prometido Remedios que Cristobal acabaría rendido en sus brazos; él mismo le había formulado

tan dulces promesas, en una venturosa noche. Además, constaba á Remedios que su padre veía con gusto la inclinacíón de ella hacia el valiente muchacho y tales auspicios labraron en su pecho una grata confianza. ¡Y había subido tan alto para despeñarse en el más obscuro abismo de esquivez y de desprecio!... Por que era indudable que Cristobal alentaba solo para el amor de Teresa, lo cual probábalo suficientemente la temeridad del joven desterrado, al regresar sin miedo al lugar donde había fulminado contra él la justicia de los hombre, una sentencia terrible.

El desdén, que suele aumentar la pasión, suele también concitar al odio irreconciliable cuando hiere al amor propio; por esto, la hija de Zafra había visto convertirse en sed de venganza su anterior afán de amorosa correspondencia. Con la fantasía, que es lienzo invisible donde se pintan to-

dos los cuadros, iba componiendo Remedios la série infinita de sus venganzas: de tal modo gustaba, ya el regocijo de ver apuñalado por ella á su desdeñoso amante; ya la aprehensión del mismo por los temibles golillas que le buscaban; pero ningún castigo satisfacía tanto á su pensamiento y á su instinto de mujer vengativa, como la justicia realizada por la propia mano.

Dos leguas de mal camino, resbalando por el lodo que formara la lluvia de la noche anterior y vadeando tal cual arroyuelo, llevaban andadas ya las caballerías de Bastián, cuando apareció junto al camino la venta de *Polo*, encaramada en una cuestecilla, próxima á Cañete la Real. En la casa entraron Remedios y su primo al objeto de dar un pienso y de proporcionar algún descanso á los cuadrúpedos; y los viajeros merendaron allí y departieron con el dueño de la venta, José

Polo, que se jactaba de tener gran amistad con el tio Zafra, su compañero de oficio.

Dos horas después salían de la venta, sobre sus caballerías, Remedios y Bastián, decididos á recorrer de un tirón la distancia que mediaba entre aquel casarón y el pueblo de Setenil; pero es punto que no debemos olvidar el siguiente: que la hija de Zafra no se dió paz en lo de comentar *in mente* el desprecio de que Cristobal la hiciera objeto, y que al proseguir la marcha siguió ensimismada en aquella obsesión. que tan preocupado tenía á su fornido y prudente primo.

Abstraída caminaba Remedios, y cuidadoso Bastián, ante la alarmante, silenciosa actitud de su parienta, cuando se destacaron á lo largo de la fangosa senda, como á cien pasos de ellos, cuatro militares que llevaban sus escopetas colgadas del hombro. Eran tres soldados que caminaban ba-

jo las órdenes del temible sargento Padilla. Venían de Cuevas del Becerro y llevaban las polainas salpicadas de barro, como prueba de que habían andado bastante y de que los caminos estaban más blandos que corazón de viuda.

Remedios conoció, desde lejos, al guapote y atrevido sargento; ocurriéndosele pensar cuán ineficaz suele ser, á veces, la prudencia; pues precisamente la casualidad poníala al alcance de aquél de quien trataban de apartarla. Entonces fué cuando Remedios rompió su mutismo, para decir:

—Oye, Bastianico: aquel que viene allí, con aquellos tres, es el lobo á quien mi padre teme.

—¿Y se comerá á las jembras crúas?—preguntó, con sorna, Bastián.

—Eso digo yo;—repuso la ventera.—Lo que es á mí se me queda el corazón en holgura. ¿Qué poder va á tené

ese tio en las palabras pa quien no quiera rendírsele?

—Pos ya ves si hablan de sus malhechorías.

—Cosas serán de ver: por mí, que llegue.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando ya tropezaban con Padilla y sus subordinados.

—Güenas taldes;—dijo Bastián,tratando de seguir adelante.

—Buenas nos las dé Dios;—respondió Padilla;—y buenas tienen que ser, al tanto de haber tenido este encuentro. ¡Uyuyuy!.. ¡Vaya una moza barí!... (É hizo un guiño con el ojo derecho.)

Sonrió amargamente Remedios, y Bastián se dió al diablo; pero no logró continuar la marcha, porque el sargento destacó á sus soldados, que hicieron detenerse á las caballerías; lo que alarmó visiblemente á la moza.

—¡No haya cuidado!—dijo sériamente el sargento.—Nosotros esta-

mos aquí para la seguridad de la sierra y no ha de pasar ningún cristiano que no sufra la inquisitiva. Vamos á ver, niña: ¿su gracia cómo es...?

—Remedios Zafra, para servir á Dios y á usté.

Suspiró cómicamente el sargento, y dijo, repitiendo el guiño picarezco:

—Ojalá fuera cierto lo segundo, morena.

*
* *

Pero antes de continuar el interrogatorio, quiero enmendar el yerro que he cometido, dejando de presentar el sargento á mis lectores. Yo hago lo que él: interrumpo la marcha..... del diálogo y digo que Padilla era regular de estatura y más bien delgado que otra cosa. Pasaba ya de los cuarenta y tenía la voz bronca.

Sus ojos eran chicos; pero de una viveza extraordinaria: antes hablaba con ellos que con la lengua. Usaba bigote y mosca; y dos mechones de negros cabellos que le caían sobre las orejas, bordeándolas, escondíanse por detrás de las mismas á usanza de aquellos años.

Ceñía el sargento un gran sable, que él, humorísticamente, llamaba *charrasco*; unas polainas que le subían sobre las rodillas; un casaquín, con pequeños faldones y vivos verdes, y un chacó de regular altura. El cuello del fraculín era muy alto y las mangas sumamente estrechas y largas. Tanto el sargento como sus leales mostraban caido el barboquejo del morrión, lo cual dábales aspecto marcial.

Un récio y largo capote, cuyo vuelo plegábase á la espalda, sujeto por una correilla, formada con la misma tela, prestaba calor á los valientes escopeteros que vagaban de contínuo

por la serranía, desafiando nieves y vendabales.

*
* *

—Y... vamos á ver:—añadió Padilla, tratando de ponerse tan sério como requería la solemnidad del interrogatorio.—Este zagal ¿quién es, cómo se llama y en dónde vive?....

—Me llamo Bastián Peluca, por mi padre, y Zafra por mi madre; y yo y ella vivimos en Setenil, pa lo que usté guste mandar.

—¿Peluca....., Peluca?.....—preguntó el sargento, guiñando el ojo izquierdo, para advertir á sus soldados de que estaba dándole largas á la detención, con el fin de tener delante á la hermosísima Remedios.—Hombre; yo conocí á un Peluca que era físico en mi regimiento, el año 26; y que tenía

una hija soberana, pero no tanto como esta niña. ¡Uy!... (Otro guiño).

—Güeno: ¿podemos seguil?...—preguntó, algo amostazado, Bastián.

—¡Hombre! — respondió Padilla.— Como seguir, libre está el camino; pero... con lo que resta pa el pueblo llegaréis de noche, y..., en fin, que si sale algún bandido, será una lástima; porque esta niña.... ¡ay!.... (Y al *ay* acompañó otro cerrar y abrir del ojo derecho, con subida de la correspondiente mejilla). Y luego..., que he tenido una *confidencia* (ya se usaba este vocablo entre los perseguidores de criminales) al respecto de haberse presentado por aquí el *Serrano*. ¡Y como yo coja al angelito ese..., me hago subteniente en menos que se dice *chau!* Y, en fin; que no dejo desamparada á una real moza como esta, y que yo y mi gente vamos á escoltarla un buen trecho; y así que á mí me parezca, siguen ustedes para Setenil y nos-

otros para Arriate, donde *per-nor-taremos*. (Y recalcó esta última palabra, desfigurando su segunda sílaba).

—Ni yo ni este—habló Remedios—necesitamos compaña; que somos hijos de la sierra y la conocemos bastante pa que nos juegue ninguna partía.

—De desagradecidos está el mundo lleno:—contestó vivamente Padilla—pero—agregó—mi deber es amparar á todos los que viajan y yo ahora mismo me voy al lado de usté, prenda, aunque me ponga usté esa carita de juez avinagrado.

—¿Y qué necesiá tiene su mercé de incomoarse en venil,—preguntó de mal talante Bastián—si nosotros vamos tranquilo, ala que ala, sin temor ni cosa que lo parezca?

—¡Mira por dónde sale éste!—contestó el sargento, forjando un guiño. —A silencio han tocao, chaval. Aquí no hay más que una buena voluntad,

despreciada por la falta de conocimiento. Conque: adelante con los faroles, y mejor va un caminante con gente de armas que sólo. ¿Verdá, salero?...

—Jonjana pura;—contestó Remedios, despreciativamente.

Algunas nuevas instancias del sargento y no pocas escusas de los primos mediaron, hasta que se decidió el asunto tal como Padilla lo había propuesto; por lo que se pusieron todos en marcha, mostrándo Bastián su disgusto de manera ostensible. Pero el gran Padilla no se encogió por esto, pues dijo, con el mayor desahogo del mundo:

—Oye, Peluca: préstame tu caballería y anda tú un poco en el coche de San Francisco.

—Es que...—respondió Bastián, conteniéndose, mal de su grado. Mas Remedios, temerosa de algún peligro, habló, así para conjurarlo:

—Eso está muy en su lugar, Bastianico; y es mi gusto que el señor sargento, ya que nos hace esta gracia, vaya caballero: de manera que apéate y dále el animal, como es debío.

—¡Ole, ole..... y ole!—exclamó Padilla.—¡Qué pico de oro!... Ahora sí que me parecerá el burro un caballo de alas, de esos que se llaman algo así como *hipócritos*. Venga, hombre, venga la cabalgadura; y no pongas tan mala cara, chaval; que aquí no hay más intención que la que se vé.

Así hablando, montó el sargento sobre el lomo del cuadrúpedo y púsose en marcha junto á la ventera, que parecía estar muy atenta á todo aquello, pero que, en realidad, tenía el pensamiento y el cuidado en otra parte. Los indivíduos que acompañaban á Padilla retuvieron un poco á Bastián con el pretexto de pedirle candela, pero, en verdad, para dejar que Remedios y Padilla se adelantaran; y de esta

suerte fueron los soldados y Bastián escoltando á larga distancia á la bella y á su galanteador, lo cual había puesto vinagre en el gesto del robusto y prudente Bastián Peluca.

Ha de suponer el lector, que Padilla no desperdició ni un instante: desde un principio empezó á batir la plaza, asediándola con todas las artes que le eran propicias en análogas ocasiones. Pero ocurría, que Remedios no lograba desterrar de su espíritu la preocupación que el Serrano le infundiera; y que mientras el sargento decía: «me muero por usté, salerosa»; ella pensaba: «Tobalo será de Teresa.» No quiere decir esto que la ventera fuera dejando incontestadas las volcánicas declaraciones de Padilla; pues entendiéndo ella, admirablemente, la aguja de marear, cuando era pertinente barría con metralla al atrevido conquistador de plazas fuertes.

Y hé aquí cuál era la faz del diálo-

go, á la media hora, ó poco menos, de comenzado entre la Venus montaráz y el Marte rufianesco:

—Güeno;—hablaba Remedios.—Lo que yo digo es que los melitares de la serranía deben de perseguir á los criminales y no á las mujeres.

—¿Y qué más criminales—arguyó Padilla, bajando la voz,—que esos ojos que tiene usté en la cara?... Lo mismo le doy yo á usté, so graciosa, mi corazón, que un tiro al primer bandolero que se presente. ¿Y usté vé los achares que yo tengo por hacer una captura gorda, para plantarme una charretera?... Pues más afán y más ánsia me hierven por *capturarla* á usté en la cárcel de este pechito.

Remedios soltó la carcajada, tan ruidosamente, que hasta al muleto sobre que marchaba hizo volver las orejas; y después de esto medió una larga pausa, que interrumpió la ventera como sigue:

—Oigasté, sargento Pailla.

—Oigo á mi reina.

—¿Es verdá lo que usté me dijo antes?

—¿Que la quiero á usté?.. Más que al pan;—contestó, haciendo un guiño y sonriendo maliciosamente.

—No es eso, hombre: digo si és cierto que van á dar un indulto pa los cabayistas.

—Más cierto que ese arroyo trae agua y que aquella adelfa es más pálida que los labios de usté, corazón. Se espera una amnistía, que así se llama: y por eso necesitaba yo ahora cojer á algún pájaro gordo, antes de esa gracia del gobierno: porque á mí nadie me quitaba el mérito de la captura, aunque luego pusieran en la calle al criminal y hasta le colgaran una venera. ¡Á mí qué!

Otra vez se interrumpió el diálogo, con pausa breve: Remedios pensaba, que si Padilla sorprendía á Cristoba-

lillo el Serrano en la venta y se lo llevaba preso, podía evitarse que el caballista partiese á Ronda y que raptara á Teresa; y como todo esto no ofrecía peligro grave para Tobalo, pues era segura la concesión de la anunciada amnistía, no podía darse mejor arbitrio para deshacer los planes amorosos del hombre que tan temerariamente la desdeñaba. Pero... ¿y si la idea del indulto no tomaba forma de realidad?... ¡Oh! Entonces moriría Tobalo, ejecutado en el patíbulo, por la infame delación de una mujer despechada. Había, pues, que obrar con prudencia.

—«¡Qué triste y qué pensativa está la luz de mis ojos!»—dijo Padilla, recitando los dos primeros versos de una copla rondeña.

—Pos mirosté: pensaba en el indulto ese y en la ventaja que tendría para usté la prisión de un cabayista; por ejemplo, el Serrano.

—Sí: ¿y qué quiere usté decir con eso?—preguntó Padilla, abriendo mucho los ojos y fijando la mirada en su interlocutora, para lo cual procuró aproximar su cabalgadura á la de Remedios.

—Ná: porque eso del perdón será filfa.

—Bueno; y aunque lo sea: ¿á usté qué le vá ni le viene?...

—Es verdá; contestó la hija de Zafra, mordiéndose el lábio inferior.

—Pero, vamos á ver, vamos á ver; —habló el sargento, frunciendo un tanto las cejas.—Usté no ha dicho eso á humo de paja, alma mía. Á usté le está rebullendo no sé qué idea, que no quiere soltar por miedo; que es la peor de las enfermedades. Yo no me explico el negocio, pero ya me voy escamando y le pido á usté por las once mil vírgenes (que no son pocas) que no saque más la puntita del pié, sino que lo muestre entero; y, si es preciso, hasta los cenojiles.

—Se vasté á caer del burro, si yo enseño eso.

—No me refiero, precisamente, á esa hermosura que guarda usté debajo de la falda ¡ay!—dijo guiñando el sargento.—Digo, que *desembuche* usté, por san Caralampio bendito, patrón de los mudos...... Vamos á ver.... Venga, niña, lo que sea...

—Pero... ¿y si es mentira lo del indulto?

—¡Y dale con el indulto!.. Yo le juro por la Constitución y le juro por la gloria de mis muertos, que esas son las noticias que corren; y la cosa es más segura y más verdá y más inmediata de lo que usté se figura. ¡Como que yo lo sé por mi primo, que es secretario de Calomarde, para lo que usté guste!

Esto último lo dijo Padilla, bajando la voz y mintiendo descaradamente, porque comprendió que la confidencia de Remedios dependía de la segu-

ridad que sobre la amnistía se le diese. Y, con efecto; la mentira produjo el apetecido resultado, pues Remedios habló de este modo:

—Está bien, sargento Pailla: pues... queriendo yo que usté se gane la charretela, le voy á decí una cosa, si no es mentira lo del perdón del gobierno.

—Si duda usté otra vez, me ofendo.

—No;—dijo Remedios, adquiriendo ya una absoluta confianza en las palabras del sargento y decidiéndose á hacer su delación.—Pues... el Serrano está aquí, cerca, en mi casa.

—¡Hola!...—exclamó el militar, guiñando nerviosamente.

—Sí, en mi casa: ¿usté ha estao arguna vé en la venta de la Parra?

—La conozco.

—Pos ayí mismito.

—¿En la venta?... ¿Pero usté?:..

—¿Cuántas veces ha dío su mercé en busca de la hija del ventero?

—¡Toma, toma!... ¡Si soy más burro

que éste que llevo debajo! ¡Como que le pregunté á usté su nombre y me dijo: «Remedios Zafra;» y yo no caí! ¡Usté és la hija de Zafra...! ¡Jesucrísto! (Un guiño de los más apretados.) Así decían: que era tan remona. ¿Y allí está el Serrano?... ¿Cuándo?... ¿Cómo?...

—No se metasté en jondura, que se le escapa er pájaro.

—¿Sí?

—Sa menesté que acuda su mercé pronto, porque si nó..., vuela.

—Ahora mismo;—contestó Padilla, tirando de las riendas y deteniendo el burro. Enseguida volvió el cuerpo, cuanto pudo, y gritó á los que venían detrás: «¡Eh, muchachos; hay que volver grupas!» Inmediatamente hizo andar al rocín, hasta ponerol al lado del muleto, que se había adelantado algunos pasos, y endilgó estas palabras á Remedios: «No por esto se ha de acabar aquí nuestra amistad. En contado que yo haga este servicio, si usté no

me ha engañado, he de ir á Setenil y he de buscarla, para decirle á usté quinientas cosas de cariño que se me quedan almacenadas en el pecho. Ya usté me entiende. (Y guiñó de nuevo.) Lo que es menester que todo salga á pedir de boca, y que el Serrano esté en la venta y que usté no se haya burlado de mí; ¡que no lo creo!»

En esto, llegaron cerca del jumento los soldados y Bastián, que tenía una cara de pocos amigos, capaz de poner los pelos de punta á cualquiera que no contase con la salvaguardia del carácter militar; y despidiéndose Padilla y los suyos, Remedios y el amostazado primo continuaron su viaje.

Pero fué sumamente curioso lo que aconteció en el ánimo de Remedios: apenas vió alejarse á los soldados, arrepintióse de lo hecho y sintió afán de detener á Padilla y de suplicarle que no fuese á la venta; pero el mal, ó el bien, estaba hecho y Remedios no en-

contró, para aquietarse, mejor recurso que las lágrimas.

V.

La diligencia real no caminaba de noche: los viajeros hopedábanse en las ventas que sembraban el camino, y el carromato quedaba á la puerta, separados que eran de él los brutos que lo arra traban. Obedecía esta precaución al temor de ser asaltados los viajeros, en plena obscuridad, por los terribles caballistas; y de ahí que el convoy que llegó á la venta de la Parra muy cerca del crepúsculo, fuese desalojado de gente y quedase solo con la vaca llena de bultos, pero con la lanza sin béstias, las béstias sin postillones y el pescante sin mayoral.

Cuando llegó la diligencia á la célebre venta de Zafra, á cosa de las

cinco de la tarde, dormía Cristóbal, en el pajar, á pierna suelta. Con motivo del mal tiempo, viajaba solo, en el interior del coche, un mocito de regular estatura, sin pelo de barba, pero con bozo de bigote. Llevaba larga pañosa; y cubríale el cabello, que peinaba con gran tupé, cocas y melenita, un sombrero gris de copa cilíndrica, que no tendría más altura de tres pulgadas. Vestía, debajo de la capa, una pelliza azul bordeada de piel, un chaleco de color *mahón*, bajo de escote, un pantalón de punto, sumamente estrecho, sujeto al zapato por una trabilla tirante, y una bufanda de lana, de color obscuro, con cenefa ó greca de color lila. Empuñaba el tal don Cosme Damián, que así se llamaba, el asa de un grande saco de noche, formado de moqueta, y una caña de Indias rematada en un puño de marfil, que representaba el cuerno simbólico de la abundancia.

En cuanto se detuvo la diligencia ante la parra de la venta, descendió don Cosme y entró á descansar, siguiendo á los conductores del vehículo. Y siendo aquel señorito el único viajero, y pareciendo persona de distinción y de alcurnia, claro es que Zafra se deshizo en cortesías, que le ofreció el mejor cuarto para pasar la noche y que le dió de comer buenas magras. Pero ¡oh caso estupendo, oh amarga coincidencia! Aquel lindo don Cosme no era otro que el prometido de Teresa, que se dirijía á Ronda para tomar en las suyas la blanca mano de tan gentil y adorable señorita. Todo ello se lo refirió el viajero á Zafra, mientras le servía la apetitosa merienda; adornando con lujo de detalles la noticia y dejando al ventero más frío que pellejo de difunto.

El mayoral y el delantero, luego que acomodaron á las caballerías en la cuadra y le dieron su pienso, acos-

táronse á dormir; y don Cosme, que traía un cansancio de mil demonios, porque eran ya seis los dias que, desde Granada, llevaba metido en diligencias y mesones, entró en el dormitorio que le señaló Zafra, y después de murmurar sus oraciones predilectas y de santiguarse devotamente, se despojó de las ropas exteriores y se acomodó en el lecho, donde á poco roncaba como un plebeyo cualquiera.

¡Y aquí de los apuros de Zafra! ¿Despertaba á Cristobal y le refería el fatal suceso? Era de temer, entonces, que el caballista se enredase á cachetes con el huésped. ¿Silenciaba á su amigo la presencia de don Cosme?... No; porque esto era hacerle traición, dando lugar á que fuesen en el mismo vehículo los dos rivales, con lo cual podría ser mayor el conflicto. En esta dolorosa disyuntiva, decidióse el ventero por lo más leal y propio de su excelente condición de amigo:

fué al pajar, despertó al Serrano y le contó lo que pasaba. ¡Figúrese el lector, ó la lectora, el salto que Tobalillo estuvo á punto de realizar y el restrego de ojos que se propinó para convencerse de que no soñaba! Inmediatamente después de la sorpresa, manifestóse la ira, en aquel temperamento vehemente; y si Zafra no sujeta á Cristobal, de seguro que este se lanza en busca de su rival y le dá una azotáina de padre y señor mio. El Cristobal atortolado, el Cristobal tristón é irresoluto, que en un principio del cuento vieron los ojos de los lectores, despareció como por encanto en aquel instante; pues recobró su histórica energía y su proverbial arrogancia y pareció como si creciese. Enteróse el Serrano de que el viajero dormía y de que, según la manifestación que el ventero hiciera, llevaba sus documentos preparados para contraer las soñadas nupcias con Teresa, apenas lle-

gase á Ronda, donde le aguardaban impacientes los tios de la novia.

Una idea terrible, luminosa, comprometida, para cuya práctica se había de menester una audacia sin límites, acudió al cerebro de Cristobal, que era rico en inventivas novelescas. Sonrió el joven, calmando como por encanto su furor, y dijo así:

—Está mu requetebién, señó Zafra; quédese la navaja en cierro y el señorito en su cama. Pero.... yo necesito el saco de noche de ese canayeja, y ahora mismito voy á robárselo mientras duerme.

—¡Por María Santísima!—exclamó el ventero.

—Descuida: si está dormío no le hago ni tanto así; ahora, ¡si despierta!...

—¡Por San Juan *Lepomuceno!*...

—¿Irás á tener miedo á los ochenta?....

—No, hombre, no; pero..... júrame por tu salú, y por la de Teresa, que

respetarás mi casa y que no matarás á ese cabayero. ¡Menúa cuerda me se liaba ar gasnate!... ¡Por María Santísima, Tobalo!....

Cristobal, que se había quitado los zapatos, para que nadie le sintiese, bajó del pajar, llegó al patio, empujó suavemente la puerta, entró en la taberna, donde dormían envueltos en mantas, y sobre sacos llenos, los mayorales y el zagal; acercóse al cuarto donde don Cosme descansaba, y en el que chisporroteaba una mariposa falta de aceite; deslizóse con cautela de ladrón; asió el saco de noche y regresó al pajar, sin dar muestras del menor azoramiento. Ahora bien: cuenta el narrador de estos hechos, que Cristobal cerró fuertemente los ojos, dentro del cuarto de don Cosme, para no ver á éste; pues si lo vé hay, de seguro, tragedia. También refiere, que, cuando Cristobal examinó el contenido de la maleta y leyó los papeles que

en ella iban, volvió, de la misma manera que antes, á la estancia donde don Cosme dormitaba y hurtóle las ropas y el sombrero.

Veinte minutos después, no diré corría, volaba sobre un caballo andaluz, conocedor de aquellos terrenos, el propio Cristobal, vestido con el traje de don Cosme y llevando en el arzón el maletín hurtado. ¡Qué listeza la de aquél muchacho! Sabía llevar la ropa, como se dice vulgarmente: si con el marsellés parecía un terjénal, con la pelliza y el sombrero de copa cilíndrica, de que pendían por detrás dos borlas pequeñas, semejaba un usía de cuna hidalga.

VI

El *quid pro quo* y la intriga fácil, nutrían todas las comedias y todos los cuentos de antaño. ¿Qué mucho que

la narración presente, cuyo asunto es de ayer, contenga también estos inocentes convencionalismos? Esta ligerísima consideración viene aquí, á lo que verán mis lectores (si los tengo). Y para no anticipar noticias, relatemos los hechos brevemente, y entonces se percatarán las personas que esto lean, del *quid pro quo*, que es inocente; pero que no deja de tener su sal y pimienta.

Media noche iba por filo—como dice el maestro de maestros—cuando resonaron fuertes y alarmantes golpes en la puerta de la venta de Zafra. Los señores fusileros despacháronse á su gusto, sobre la puerta, con las culatas de las armas de fuego, y sábese que armaron un estrépito de siete mil suelas en aquella hora intempestiva.

Padilla, antes de anunciarse con tales golpes y con las consabidas palabras terroríficas «abrid á la justicia»,

distribuyó su pelotón en derredor de la venta, con el fin de evitar la probable huida del Serrano, á quien el sargento pensaba cojer calentito en su cama.

Nadie oyó los golpes en un principio, por que á todos les embargaba el sueño más profundo y sordo de que hay noticias: pero cuando arreció aquella tempestad, fueron despabilándose los habitantes de la casa, y, á poco, pusiéronse en alarma con aquél ruido. Zafra supuso que los miqueletes habrían tenido soplo de la estancia de Cristobal en el mesón y regocijóse, interiormente, de la oportuna evasión de su amigo.

Inmediatamente franqueó Zafra la entrada al sargento y á dos de sus secuaces, que le seguían; pues los demás habían quedado de centinela, con la escopeta cargada hasta la boca. El tío Zafra sostenía en la mano derecha un candil de mecha humeante y poco

fúlgida; pero Padilla tenía bastante luz para llevar á feliz término la soñada captura del bandido.

Ni siquiera dió las buenas noches el pícaro y descortés sargento: á boca de jarro lanzó esta atrevida pregunta:

—¿Dónde se esconde ese pillo ladrón de Cristobal?....—Y como el ventero no respondiese, agregó:—Vamos á ver, Zafra: ahora mismo nos lleva usté al cuarto donde duerme ese malhechor, ó se da usté preso por encubrirlo.

Agolpáronse detrás de Zafra los mayorales y el postillón de la diligencia, quienes tenían los ojos abiertos, en señal de la admiración que aquello les producía.

—Una poquita é cachaza;—respondió, por fin, el dueño de la venta, adquiriendo el necesario dominio de sí mismo.—¿Ze pué sabé, señó sargento, qué *jeringoza* es esta que su mercé me está contando?... ¡Por que aquí, ni hay

ladrones, ni malhechores, ni Serranos de apóo; sino gente de güen vivir y hombres cabales dende que salieron al mundo.

—¡Eh! Poca gramática parda, y á responder enseguida: ¿qué gente hay en la venta? ¿qué viajeros han venido en el coche? ¿qué dormitorios hay ocupados?.... Y al hacer estas preguntas, el sargento miró á los suyos y guiñó significativamente, como diciendo: «¡Vaya tres preguntitas!»

—Preguntasté más que la dortrina, mi amo; pero allá vá la rimpuesta: aquí no hay más que yo y esta gente y un caballero que está durmiendo.

—¿Y nada más?....

—¡Ah!...—añadió con sorna el tio Zafra.—Y *Pichilín*, el perro.

—¡Cuidadito con las bromas, ventero de los demonios! ¡Mire usté que yo soy..... lo que soy! ¿Quién más se halla en la casa?...

—Naide, hombre, naide; y si miento que me jágan tiriya.

—Está bien;—dijo el sargento, con marcial resolución.—Pues vamos á reconocer la venta, que es lo práctico. Tú, Zaragoza, de guardia en esta puerta; y al que intente salir, «fuego». Tú, Navarro, conmigo. Usté, tio Zafra, delante con el candil. ¡¡Arr!!

Y á esta voz imperativa penetraron todos en el interior y llegaron, primeramente, al cuarto donde se hospedaba don Cosme Damián, quien se había sentado en el borde del lecho y no las tenía todas consigo. Allí comenzó el trabajo investigador de Padilla y allí dióse el triste caso de encontrarse el viajero sin sus vestidos ni su maleta; pero, por contra, mejor dicho, por coincidencia terrible, ó por obra de la fatalidad, si don Cosme se hallaba en ropas menores, parecían corresponderle, en cambio, ciertas prendas que había colgadas en inmediata y tosca percha. Estas prendas de vestir eran, el marsellés, el chaleco flo

reado, el pantalón de armillas, el sombrero calañés, la manta, la canana, y las botas, de que el Serranito se había despojado y que el ventero guardara en la pieza donde, más tarde, diera hospitalidad á don Cosme.

—¿Cómo es eso?—dijo don Cosme, irguiéndose altivo.—Me han robado mis ropas y mi equipage, donde traía yo cincuenta onzas y un aderezo.

—Mentira é jeso;—contestó, con fingida indignación, el tio Zafra.—En mi casa no se roba á naide; y tenga su mercé cudiaito con lo que dice. La ropa que traía era esta, y aquí pan y dimpué.... gloria.

Abrió desmesuradamente los ojos el huésped, y dijo, poniéndose en pié, á costa de no pocos tiritones que le producían el frio y la escasa ropa:

—O yo estoy soñando, ó aquí se hace una infame comedia conmigo.

—Vamos por partes:—añadió el sargento, imponiendo silencio á don Cos-

me.—¿Usté por qué niega que ese traje le pertenece?

—¡Buena es esa!... Porque yo no visto de majo, señor mio: yo soy don Cosme Damián del Mazo, hidalgo por mi casa; y mis trebejos son de persona de alcurnia, no de terne de romance.

—Baje usté el gallo, don Mazo;—repuso el sargento. Y dirijéndose al ventero, agregó:—Ya oye usté lo que el declarante dice: que aquí le han robado onzas y traje y que estas prendas no son las suyas.

Zafra comprendió que, si daba la razón al viajero, iba á resultar cómplice del hurto realizado por Cristobal, ó, por lo menos, á cargar su casa con el sambenito de «cueva de ladrones,» amén de descubrir la protección que á Cristobal diera; y, entonces, exclamó descaradamente:

—Zargento Pailla: este cabayero está dío der cacúmen, por no decí otra

cosa. En mi casa no se desbalija á naide, y cá uno tiene lo que trae; y el señorito no traía más ropa que la puesta; y la prueba es, que no tiene otros trapos que ponerse.

Padilla, que conocía á Salomón, de nombre, y que gustaba de resolver las dudas con hechos decisivos, puso á contribución su propia sabiduría y dijo, después de sonreir, satisfecho de su talento:

—Ahora mismo se va á ver esto: pruébese usté esas prendas, *Critobal.* (Y recalcó este nombre.)

—¿Cristobal yo?... Don Cosme Damián del Mazo y Valenzuela soy.

—Parece que lo de Cristobal le ha picado á usté en mal sitio.

—¿Que dice usté?...

«Es astuto;» pensó el militar, juzgando habilidad lo que era efecto de una sinceridad puesta á prueba.

Don Cosme resistióse á vestir el traje del Serrano, pero lo hizo, al ca-

bo, con la esperanza de que tal operación hablaría elocuentemente en su favor. Mas ¡oh lógica consecuencia! Por lo mismo que á Cristobal le caían las prendas de don Cosme como cortadas para su hechura, veníanle al huésped las ropas del bandido que ni pintadas: es más, sentábanle admirablemente, y parecían mudos testigos que le condenaban.

—¡Hola, amiguito, el del Mazo!;—dijo con sorna Padilla, guiñando satisfecho.—¿Con que no era tuya esta sastrería?...

—¡Por vida de!..—contestó don Cosme, golpeando el suelo con los piés y lanzando miradas furibundas sobre Zafra, que puso el candil en una silla y salió del cuarto.

—¿Todavía vas á negar que eres Cristobalillo el Serrano?

—¡Jesús! — gritó don Cosme, poniéndose la palma de la mano derecha en la frente.—Esto es una burla

que no he de consentir. Mi tío es presidente de la real Chancillería de Granada y á él se lo contaré todo y dará á la torpeza de usté su merecido.

—¡Ja, ja, ja!...—rió el sargento.—Es inútil que te defiendas con comedias. ¿Á que no puedes identificar tu persona? Venga el pasaporte.

—¿No oye usté que me han robado el saco de viaje, con las onzas y los papeles? ¡Ah!... ¡Qué estulto soy!—dijo repentinamente don Cosme.—Hay medios de probar que yo no traía puesta semejante ropa de caballista: interrogue usté á los mayorales y al postillón que me han acompañado.

¡Pobre don Cosme! Ya Zafra había platicado con los conductores del vehículo, y estos dijeron que no se habían fijado en el traje del viajero, por cuanto venía envuelto en una manta ó capa; y que la forma del sombrero no la recordaban ni poco ni mucho.

La desesperación de don Cosme; sus naturales excusas; sus pésies y sus lamentos, sirvieron para afirmar á Padilla en la creencia de que había aprehendido al terrible Cristobal; y ya no hubo razón ni prueba verbal ni súplica de don Cosme que le hiciesen desistir de llevarle á Málaga, para someterlo á la justicia histórica.

«Yo sé que seré reintegrado á mi libertad y á mi buen nombre;—pensaba don Cosme.—Yo sé que se reconocerá el error que contra mí se padece; pero, mientras tanto, me esperan en Ronda y la boda se aplaza.»

«Yo sé—pensaba el ventero—que de aquí á cuatro dias volverá este caballerito á ser don Conme Damián; pero, entre tanto, se lleva Cristobal á Teresa y deja á aquél en ayunas.»

Resignado don Cosme con tamaño contratiempo, empezó á escribir cartas á Ronda y Granada, más bien porque el sargento conociese sus verda-

deros nombre y posición, en vista de su correspondencia, que por comunicarse con los deudos; pero Padilla entendía que todo aquello era un refinamiento de la truhanería del supuesto Cristobal, y decíase «que él no caía en la trampa;» cuando, realmente, lo que estaba haciendo era pasarse de listo.

VII

Á la hora poética del *Angelus*; cuando empezaban á tomar cuerpo las sombras de la noche, llegó Cristóballillo á Ronda y contrató hospedaje en el famoso *Parador del Yunquerano*.

Las campanas gemían oraciones pausadas y melancólicas; la ciudad histórica envolvíase en crespones, á cada instante más densos, y el soplo de la serranía helaba cuanto se oponía á su invisible ataque.

Luego que el Serrano acomodó su caballería en la posada, y dijo en ella, llamarse don Cosme Damián del Mazo y Valenzuela (nombre que había aprendido en los documentos que el saco de viage contenía) salió á la calle, atravesó el añoso puente que une á la ciudad vieja con la moderna población, y se internó por las estrechas y medrosas vias de traza moruna, que descienden hacia el fondo del espantable y magnífico Tajo.

Penetró en una casuca, que conservaba aún, en la fachada, vestigios de arcos de herradura y melladas franjas de azulejos árabes; y dió en un tabuco donde moraba cierta mujer, nodriza de Teresa, de cuya bondadosa sirviente valíase desde Portugal nuestro héroe para comunicarse con la prenda de su alma. ¡Ya puede formar juicio el que esto lea, de la sorpresa que la buena mujer sufrió al reconocer á Cristobal disfrazado de

caballero veinticuatro, como ella decía.

Convinieron la nodriza (que desde ahora llamaremos María-Pepa) y el fingido Cosme, que aquélla visitaría muy de mañana á Teresita, para prevenirla de la presencia y del proyecto atrevidísimo de Cristobal; y, poco después, volvió el caballista al parador, no sin antes haber pasado repetidas veces por delante de la casa en que habitaba su novia, buscando consuelo en recrear la mirada, cuanto la obscuridad lo permitía, en las rejas y balcones, cerrados ya á macha y martillo.

Cuando regresó Cristobal al hospedaje, encerróse en su cuarto y volvió á examinar, uno por uno, los objetos que contenía el maletín de don Cosme. Repasó muchas veces la partida de bautismo del galán, para aprender de memoria los apellidos y los nombres de padres y abuelos; pues era necesario estar prevenido para corresponder á cualquier pregunta que so-

bre ello pudierásele dirijír. Además leyó, de cabo á rabo, el acta notarial levantada por ante el provisor de la diócesis granadina, en cuyo instrumento concedía la madre de don Cosme á su hijo, la más lata y eficaz licencia que fuese necesaria en derecho, para contraer matrimonio con la señorita doña Teresa García y Alarcón, de estado honesto.

Así que estuvo bien instruido Cristobal de todos los particulares contenidos en aquellos flamantes documentos públicos, pensó, y no sin motivo, que su natural tosco y dado á la libertad del campo y de la vida birlonga, podría, acaso, comprometerle durante el desempeño de su difícil papel de protaganista en la farsa; por lo cual comenzó á ensayar maneras finas y elegantes—de que él se reía mucho mientras las ensayaba—y dedicóse á recorrer las habitaciones, saludando á imaginarias personas, con-

toneándose como requería el frac azul que se había puesto, y haciendo, en fin, prodigiosos esfuerzos para aparentar una atildada conversación y unos hábitos suaves, qne estaban muy lejos de ser los en él acostumbrados.

Acabada esta prueba, cenó frugalmente y acostóse; pero no pudo dormir ni poco ni mucho, porque su mente, acostumbrada á aguardar peligros y á forjar travesuras, no estaba, sin embargo, muy tranquila con la idea de lo que iba á acontecer, al siguiente dia, en casa de Teresa; de donde se deduce que todo lo extraordinario desvela, aun cuando se tenga enjundia para disponerlo y desempeñarlo.

Pasó la noche, que á Cristobal le pareció más larga que soga tirada desde el puente al Tajo; y en cuanto las primeras claridades del dia comenzaron á filtrarse risueñamente por los resquicios de los balcones,

echóse del duro lecho nuestro héroe y empezó á lavarse y vestirse con toda pulcritud. Era tan prodigiosa la intuición del Serrano, para todo, que cualquiera que le viese ante el espejo ciñéndose el corbatín, le tomara por el petimetre que, con derroche de color y justeza de líneas, pintara el Goya de nuestro teatro: don Ramón de la Cruz.

Cuidó Cristobal de empingorotarse el cabello en forma de copete, como se hacía en el primer tercio del decimonono siglo, á imitación de los usos capilares de la corte de Felipe IV. Cargó de cabello las sienes, á modo de tufos despeinados; sujetó al corbatín un imperdible muy lindo, de que pendía una breve cadenita. Colgó de los bolsillos del chaleco, que era de color ocre, dos leontinas sumamente vistosas. Ciñó el ajustado pantalón de punto, aprisionándolo al zapato de charol por medio de una trabilla, pasada por

el arco que, en el *argot* zapateril, llámase enfranque. Y así que estuvo emperejilado y bello, miróse en un espejo deteriorado que brillaba en el hospedaje, y recreóse en su persona, con la misma complacencia que el mitológico Narciso.

De seguida proveyóse de todos los documentos que identificaban la persona de don Cosme Damián, encarnada en él por arte de *birli-birloque*; tomó el rico aderezo, que, como regalo nupcial, debía de entregar á su prometida; y seguro de sus ánimos y de su firmeza, encaminóse á casa de Teresita, cuando ya habían sonado las once de un dia tan frio como despejado.

Puede, quien tenga interés en la presente historia, hacer cálculos sobre la febril excitación que padecía Teresa, impuesta ya con habilidoso secreto, por su ex-nodriza, de la audacia de su adorado Cristobal. Enten-

día que el medio escogitado, si bien peligroso, era oportunísimo en aquellas circunstancias, pues no había otro más á mano para librarse del sacrificio á que sus tios y tutores la destinaban. Pero.... ¿saldría todo á pedir de boca? ¿No vendría algún acontecimiento imprevisto á echar á rodar tan precioso engaño? ¿No lograría el legítimo don Cosme Damián que la trama se deshilase y que todo viniese, como castillo de naipes, al reverendo suelo? ¡Ay!... Estas dudas crueles, juntas con el afán de tener cerca, siquiera fuese con disfráz, al amadísimo doncel á quien había jurado cariño y constancia perdurables, tenían á Teresa más exaltada que melancólica. Atisbaba, de cuando en cuando, con trabajoso disimulo, por los cristales de la reja, al objeto de ver llegar á su tormento adorado, y palidecía cada vez que sonaba la campanilla de la puerta.

Á las once hallábanse en la casa, Teresita, su tia doña Piedad y María-Pepa. El tio, que había salido á oir misa, después de ingerir abundante colación, no debía de regresar hasta las doce de la tarde, según en él era costumbre. Y, por fin, llegó Cristobal al domicílio de su preciosísima novia, y ésta le vió, á través de los cristales de la reja; de que, á poco, se desvanece sin sentido: oyó, seguidamente, el tintineo de la campana, y creció su palidez: doña Piedad, en cambio, ni se apercibió de la llegada del falso don Cosme, ni oyó la campanilla; verdad que era sorda, de las más absolutas é incorregibles.

Extraordinario dominio de su respectiva voluntad necesitaron los dos amantes, para no descubrirse; pero la necesidad hace maestros en todos los ramos de la continencia; y Teresa y Cristobal representaron su papel á maravilla, si bien por lo bajo, y bur-

lando la falta de oido de doña Piedad, pudieron dirijirse tal cual requiebro y alguna que otra frase de amor volcánico, dispuesto á vomitar lava y fuego cuando hubiese cráter (léase ocasión) que lo permitiera.

Ni doña Piedad ni don Abundio (que así se llamaba el tio) se habían dignado participar á su pupila y sobrina la próxima llegada (que ellos esperaban con impaciencia) de don Cosme Damián; bien que tampoco le habían dicho que el expediente matrimonial estaba incoado y que, en cuanto se presentase el novio, se habría de consumar la boda, para evitar por este medio, empleado subrepticiamente, que pudieran reproducirse algún dia los inconcebibles amores de Teresa con aquel joven, fugitivo y aventurero, que los tios no llegaron á ver jamás, pero de cuya influencia perniciosa, dentro del pecho de la cándida tortolilla, tuvieron evidentes noticias y muestras.

No hay que decir que doña Piedad recibió á Cristobal, digo, á Cosme con los mayores transportes de alegría; y que no queriendo esperar la vuelta de su hermano don Abundio, encargó á María-Pepa que fuese á llamarlo á la botica, donde, indudablemente, se hallaba el tutor, engolfado en su matinal tertulia.

Cristobal entregó á Teresa el magnífico aderezo; y observó doña Piedad, con regocijo interno, que la novia ponía excelente cara admirando las ricas joyas de que se componía; mas subió de punto su complacencia cuando vió que la, hasta entonces, malhumorada y recalcitrante sobrina, colocábase las arracadas y el collar, la pulsera y el broche, revelando que eran prendas de su mayor gusto.

«Esta picaruela—pensaba doña Piedad—ha de cambiar totalmente; bien que, cuando aguardaba un tipejo encojido, hállase con un galán apuesto

y mil veces simpático y con un regalo de boda que para sí lo quisiera la reina doña Cristina.»

Obediente al recado, siguió don Abundio á María-Pepa, como el acero al imán; y cuando llegó á su casa y estrechó la mano del futuro esposo de su sobrina, experimentó la satisfacción de quien vé, en la marcha de un útil plan preconcebido, el principio del deseado fin.

Después de los saludos y de no pocas preguntas, que pusieron en un brete á nuestro Cristobal, retiráronse éste y don Abundio á una pieza contígua y allí hablaron lo que sigue:

DON ABUNDIO.—Ha de saber usted, señor mío, que todo está preparado, y que el enlace puede efectuarse en breve.

CRISTOBAL.—Eso, mismamente, es lo que yo deseo.

DON ABUNDIO. (*Para su capote.*)—¿Mismamente?

CRISTOBAL.—Yo tengo que largarme mañana, sin falta, á Algeciras con mi esposa, por cuestiones de una importancia.... *artisonante.*

DON ABUNDIO. *(Comentando* in pectore *el léxico de don Cosme Damián.)* ¡Mismamente!... ¡Artisonante!.... *(Dirijiéndose á su interlocutor.)* Pues bien, caballerito: esta noche puede verificarse el acto. Vengan sus documentos y corro á llevárselos al señor vicario. ¡Supongo que todo vendrá en regla!....

CRISTOBAL.—Por las cuatro puntas.

DON ABUNDIO.—*(Para sí.)* ¡Qué puntas serán esas!...

CRISTOBAL.—*(Cobrando ánimo.)* Tio: no hay que dejar enfriar esto, por que como la niña pueda, roe el lazo. ¡Ha puesto una cara al verme!... Parecía que estaba diciendo con los ojos: «mar rayo te parta, charrán.»

DON ABUNDIO.—*(Con las manos en la cabeza.)* ¡Jesucristo!... ¡Qué había de decir mi sobrina tal atrocidad!... ¡Pues

si tiene una educación perfecta...; perfecta!... ,

CRISTOBAL.—Bueno, tio: *najencia*, si no quiere usté que lo perdamos tó.

DON ABUNDIO.—*(Abriendo desmensuradamente los ojos.)* ¿Y eso de najencia, qué quiere decir?....

CRISTOBAL. —*(Aparte, como en las comedias.)* (¡Ya descubrió el paño.) Mire usté tio: no se asombre su mercé de mis cosas; por que soy muy bromista y digo, á lo mejor, lo que me se antoja. *Najencia* es...., «salú y suerte.»

DON ABUNDIO.—¡Ya, ya..! Pues, nada; siga la broma. Nos vamos á reir mucho.

CRISTOBAL. —*(Con intención.)* ¿Que si nos vamos á reir?... Lo que es yo... ya estoy riyendo. *(Lanza una carcajada nerviosa, y don Abundio márchase hacia la iglesia mayor, celebrando, en su pensamiento, que el futuro de Teresita sea de tan alegre natural.)*

*
* *

¿Que se celebró la boda?... ¿Que partieron los cónyuges. henchidos de alegría?... ¿Que algunos dias más adelante se descubrió la farsa?... Claro que sí. No era de esperar otra cosa.

Al mes siguiente, decretó Fernando VII. el indulto que aguardaban los caballistas y salteadores.

Pero ¡ay!... que si Cristobal quedaba libre de las penas que le habían sido impuestas, no podía volver del voluntario destierro donde se constituyó con Teresa, por que en su patria le esperaba el brazo secular de la justicia, para arrojarle en obscura prisión, por los delitos que suponía el haber tomado otro nombre, usurpándolo, y el haber robado un saco con cincuenta peluconas, un aderezo

y varios papeles; *ainda mais* de otros delitillos que la escrutadora mirada fiscal iba desentrañando en los hechos, sometidos ya á la opinión legal del inflexible promotor del partido.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

POST SCRIPTUM

Son de lamentar algunas erratas en este libro. ¿Y qué obra no las tiene?... —preguntará el lector.

Pues..., ahí es nada: en las páginas X, XI y XIII del prólogo, se han deslizado una *locusión* y una *escasés* (¡eche usted eses!) que trastornan.

En la página 31 se lee «seguiriya», (cuando habla el narrador) y debiera estar compuesta dicha palabreja con letra cursiva; única forma en que un escritor honrado puede hacer uso de vocablos corrompidos.

En la página 74, hallarán mis lectores una «conceja» en cuya segunda sílaba debe ser sustituida la c por una s.

En la página 90 (línea primera) dice «perdias»; y es claro que entre la i y la a, falta una d, para que pueda leerse «perdidas».

Hay algunas otras erratas; pero son inocentes, y absuelvo de ellas á mis apreciables tipógrafos.

OBRAS

DE

Ramón A. Urbano

GIRONES

Poesías precedidas de un prólogo
por **D. Juan Valera**

2.ª edición — 2 pesetas

FORTALEZA

Novela de costumbres populares

2.ª edición — 3 pesetas

HUMO

Colección de poesías

2.ª edición — 2 pesetas

MOISÉS

Novela de costumbres modernas

2'50 pesetas

MARAVILLA

Zarzuela en un acto

1 peseta



